
EUCARISTÍA
MISTERIO DE AMOR
LAUDA SION SALVATOREM
ECCE. PANIS. ANGELORUM.
Mons. Tihamér Tóth

Mons. Tihamer Toth
Obispo de Veszoprém (Hungría)

EUCARISTÍA

Resumen adaptado por
Alberto Zuñiga Croxatto

Este libro fue traducido del original húngaro por
el M.I. Sr. Dr. D. Antonio Sancho, Magistral de Mallorca

ÍNDICE

NOTA DEL EDITOR

Ofrecemos a los lectores un resumen adaptado de esta preciosa obra sobre la EUCARISTÍA de Mons. Tihamer Toth, escrita con motivo de la celebración Congreso Eucarístico Internacional de Budapest de 1938.

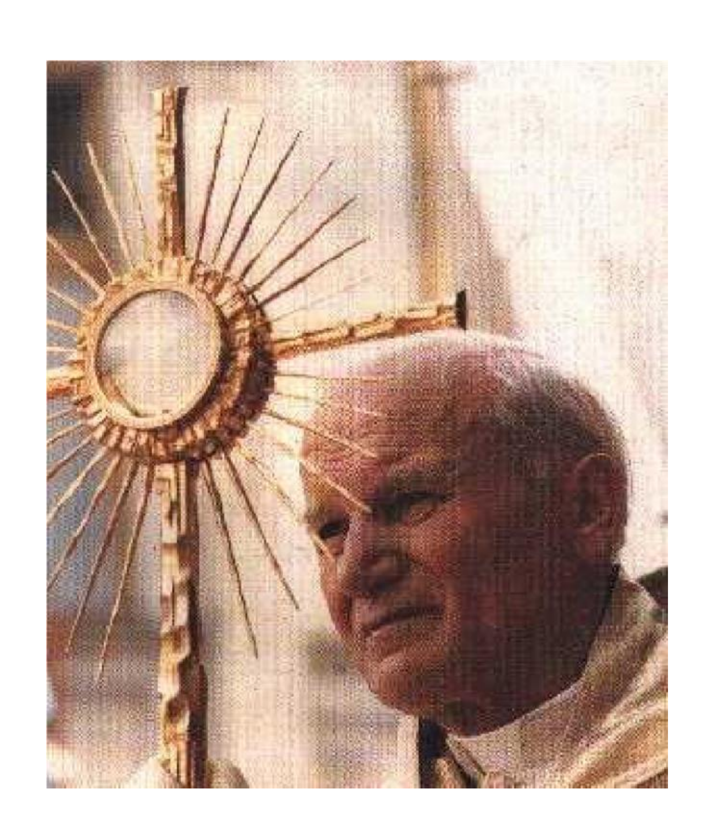
A modo de actualización y enriquecimiento, se han intercalado a lo largo del libro y en relación con el tema tratado, retazos de la Carta Encíclica «LA IGLESIA VIVE DE LA EUCARISTÍA», escrita por Juan Pablo II y publicada el 17 de abril, Jueves Santo, del año 2003, vigésimo quinto de su Pontificado y Año del Rosario. Su Santidad explicó la finalidad: «Con la presente carta encíclica deseo volver a despertar este asombro eucarístico en continuidad con la herencia jubilar que he querido dejar a la Iglesia con la carta apostólica *Novo millennio ineunte* y con su coronación mariana *Rosarium Virginis Mariae*. Contemplar el rostro de Cristo, y contemplarlo con María, es el programa que he indicado a la Iglesia en el alba del tercer milenio, invitándola a remar mar adentro en las aguas de la historia con el entusiasmo de la nueva evangelización. Contemplar a Cristo implica saber reconocerle dondequiera que él se manifieste, en sus múltiples presencias, pero sobre todo en el Sacramento vivo de su cuerpo y de su sangre. La Iglesia vive del Cristo eucarístico, de él se alimenta y por él es iluminada. La Eucaristía es misterio de fe y, al mismo tiempo, misterio de luz».

En la conclusión el Papa Juan Pablo II nos transmite una experiencia personal: «Desde hace más de medio siglo, cada día, a partir de aquel 2 de noviembre de 1946, en que celebré mi primera misa, (...) mi fe ha podido reconocer en el pan y en el vino consagrados al divino Caminante que un día se puso al lado de los dos discípulos de Emaús para abrirles los ojos a la luz y el corazón a la esperanza».

«Despertar este asombro eucarístico» en el alma es lo que produce la lectura de este libro de Tihamer Toth. Hagan la prueba y lo comprobarán.

INTRODUCCIÓN

HOMENAJE A LA EUCARISTÍA



CAPÍTULO PRIMERO

LA IGLESIA RINDE HOMENAJE PERMANENTE A LA EUCARISTÍA

Tened en vosotros los mismos sentimientos que Cristo Jesús, quien teniendo la misma naturaleza de Dios, no reputó como trofeo el ser igual a Dios, sino que se anonadó a sí mismo, tomando la naturaleza de siervo, haciéndose semejante a los hombres. Y reducido a la condición de hombre, se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios le ensalzó sobre todas las cosas, y le dio un nombre sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra y en los infiernos; y toda lengua proclame que Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre.

(Carta a los Filipenses 2, 5-11)

En una de las salas del Vaticano, en la *Camera Della Signatura*, se puede ver una magnífica pintura de Rafael: la “Disputa”. Representa la glorificación de la Santísima Eucaristía. El artista contaba veinticinco años cuando pintó el cuadro. En realidad el título no concuerda propiamente con lo que representa, porque en él nadie disputa ni discute. Aparecen el cielo y la tierra profesando su homenaje a la Santa Hostia que está en el centro del cuadro. San Ambrosio, San Agustín, Santo Tomás de Aquino, San Buenaventura, el Papa Sixto IV, Dante y los demás... todos cantan alabanzas a Cristo, quien preside en el ostensorio.

El cuadro, pintado hace más de cuatrocientos años, acusa ya el paso del tiempo, pues aparecen algo pálidos los rostros de algunos ángeles y santos. Mas la fe viva y ardorosa que allí se representa no ha palidecido en la Iglesia, permanece viva en su brillo original. Nunca disminuirá la adoración humilde, la alabanza y el homenaje que la Iglesia tributa a la Santísima Eucaristía. Prueba de ello es la adoración silenciosa que muchos fieles tributan en las iglesias delante del Santísimo Sacramento.

Pero la Iglesia no se contenta con esta adoración silenciosa. En ciertas fiestas saca a la calle la Eucaristía para tributarla un homenaje público,

como queriendo manifestar ante el mundo el amor que siente hacia ella. Y así como se restaura una pintura cuando pasa el tiempo para que sus colores vuelvan a su brillo original, también es necesario renovar de tiempo en tiempo la fe y el amor hacia el Santísimo Sacramento. Es la celebración anual, alegre y festiva de la profesión del Corpus.

Y cada dos años la Iglesia organiza un homenaje todavía mayor, en el ámbito mundial o continental. Es el Congreso Eucarístico Internacional. En él recibe Cristo Sacramentado el homenaje del mundo entero. La humanidad se vuelve hacia el Padre celestial y le expresa el amor que siente por su Hijo. La fe se robustece y las almas reavivan su amor a Jesús Sacramentado. Ésta la finalidad también de este libro, renovar el amor y la fe en la Santa Eucaristía.

La luz de la lamparita que parpadea al lado del Sagrario está indicando que Cristo mora oculto en medio de nosotros, que su corazón divino no cesa de latir por nosotros.

En esta pequeña Hostia está presente Jesucristo, como declara el Concilio de Trento, "verdadera, real y substancialmente".

"Verdaderamente". No como un símbolo. No es como, por ejemplo, la fotografía de tu madre que con tanto cariño acostumbras a mirar. Porque la fotografía no es más que una imagen, y no tu misma madre. Mas Cristo está presente de veras en el Santísimo Sacramento, presente con su cuerpo y su sangre, con su alma y su divinidad; está presente todo Cristo.

"Realmente". No es una fantasía ni un sueño, algo así como cuando una madre ve en sueños a su hijo que no hace mucho falleció, y se pone a conversar con él. No. Nosotros no nos dejamos llevar de la imaginación; Cristo está en verdad realmente presente.

"Substancialmente". No está presente tan sólo su virtud o su gracia, como en los demás Sacramentos, sino corporalmente el mismo Cristo, así como estuvo presente en el pesebre de Belén, tal como pendía del árbol de la cruz y está ahora sentado a la diestra del Padre.

En la pequeña y blanca Hostia del Santísimo Sacramento está presente todo el inmenso amor del Corazón de Jesús, el mismo Cristo viviente. Y si esto es realmente así, ¿quién se atreverá a tildar de exagerado cualquier homenaje de fe y amor que tributemos a la Eucaristía? De ahí el esplendor y brillo con que se celebran los Congresos Eucarísticos Internacionales.

La suntuosidad y la magnificencia, los vestidos de gala, los desfiles, las recepciones y los vítores con que el pueblo tributa en algunas ocasiones a algunos personajes señalados, ¿no son manifestaciones exteriores del

respeto y amor que se les tiene? Si nadie se extraña de ello, sino que se considera natural, tampoco es lícito escandalizarse del entusiasmo y amor, del fausto y del brillo con que los creyentes saludan de vez en cuando a la Santísima Eucaristía. Porque en ella saludamos a Jesucristo. No celebramos la llegada de un rey terrenal, sino del "Rey de los reyes y Señor de los señores" (Apocalipsis 19,16), sin el cual "nada se ha hecho de cuanto existe." (Juan 1,3)

Si el Hijo de Dios en su vida terrena aceptó voluntariamente, por amor a nosotros, la humillación y la pobreza, no hay que deducir de esto que debamos mantenerle humillado por siempre. Cristo fue humillado y sufrió la pobreza durante treinta y tres años, pero después ya no. En el Santísimo Sacramento no está presente tan sólo el Cristo pobre que se humilla a sí mismo, sino también el Cristo que triunfa de la muerte, el Cristo que ha ascendido glorioso al cielo y que está sentado a la diestra del Padre, el que vendrá a juzgar a vivos y muertos. Y nosotros le rendimos culto en la Santísima Eucaristía. ¿No leemos en la Sagrada Escritura que Dios "le ensalzó sobre todas las cocas y le dio nombre sobre todo nombre, a fin de que al Nombre de Jesús toda rodilla se doble y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre"? (Filip. 2,9-11)

Si Cristo está realmente presente en el Santísimo Sacramento, como en verdad lo está, ciertamente Él debe ser el centro de nuestra vida, y a él debemos dirigir toda nuestra veneración, alabanza y amor. Porque la doctrina del Santísimo Sacramento, junto a la de la Trinidad augusta, es la doctrina más excelsa del cristianismo. Lo que confesamos de la Santísima Eucaristía contradice hasta tal punto a cuanto experimentan nuestros sentidos, que nunca podríamos creerlo por la palabra de un hombre... mas lo creemos fiados en la palabra de Cristo.

¡Glorificado seas por siempre, Cristo bendito de la Eucaristía! A Ti te alabamos, te glorificamos y damos gracias.

De la carta encíclica "La Iglesia vive de la Eucaristía" (puntos 47-48):

47. Quien lee el relato de la institución eucarística en los Evangelios sinópticos queda impresionado por la sencillez y, al mismo tiempo, la «gravedad», con la cual Jesús, la tarde de la Última Cena, instituye el gran Sacramento. Hay un episodio que, en cierto sentido, hace de preludio: la *unción de Betania*. Una mujer, que Juan identifica con María, hermana de Lázaro, derrama sobre la cabeza de Jesús un frasco de *perfume precioso*, provocando en los discípulos –en particular en Judas (cf. *Mt* 26, 8)– una reacción de protesta, como si este gesto fuera un « derroche » intolerable, considerando las exigencias de los pobres. Pero la valoración de Jesús es

muy diferente. Sin quitar nada al deber de la caridad hacia los necesitados, a los que se han de dedicar siempre los discípulos –«pobres tendréis siempre con vosotros» (*Mt* 26, 11)–, Él se fija en el acontecimiento inminente de su muerte y sepultura, y aprecia la unción que se le hace como anticipación del honor que su cuerpo merece también después de la muerte, por estar indisolublemente unido al misterio de su persona.

En los Evangelios sinópticos, el relato continúa con el encargo que Jesús da a los discípulos de *preparar cuidadosamente la «sala grande»*, necesaria para celebrar la cena pascual (cf. *Mc* 14, 15; *Lc* 22, 12), y con la narración de la institución de la Eucaristía. Dejando entrever, al menos en parte, el esquema de los *ritos hebreos* de la cena pascual hasta el canto del Hallel (cf. *Mt* 26, 30), el relato, aún con las variantes de las diversas tradiciones, muestra de manera tan concisa como solemne las palabras pronunciadas por Cristo sobre el pan y sobre el vino, asumidos por Él como expresión concreta de su cuerpo entregado y su sangre derramada. Todos estos detalles son recordados por los evangelistas a la luz de una praxis de la «fracción del pan» bien consolidada ya en la Iglesia primitiva. Pero el acontecimiento del Jueves Santo, desde la historia misma que Jesús vivió, deja ver los rasgos de una «sensibilidad» litúrgica, articulada sobre la tradición veterotestamentaria y preparada para remodelarse en la celebración cristiana, en sintonía con el nuevo contenido de la Pascua.

48. Como la mujer de la unción en Betania, *la Iglesia no ha tenido miedo de «derrochar»*, dedicando sus mejores recursos para expresar su reverente asombro *ante el don inconmensurable de la Eucaristía*. No menos que aquellos primeros discípulos encargados de preparar la «sala grande», la Iglesia se ha sentido impulsada a lo largo de los siglos y en las diversas culturas a celebrar la Eucaristía en un contexto digno de tan gran Misterio. *La liturgia cristiana* ha nacido en continuidad con las palabras y gestos de Jesús y desarrollando la herencia ritual del judaísmo. Y, en efecto, nada será bastante para expresar de modo adecuado la acogida del don de sí mismo que el Esposo divino hace continuamente a la Iglesia Esposa, poniendo al alcance de todas las generaciones de creyentes el Sacrificio ofrecido una vez por todas sobre la Cruz, y haciéndose alimento para todos los fieles. Aunque la lógica del «convite» inspire familiaridad, la Iglesia no ha cedido nunca a la tentación de banalizar esta «cordialidad» con su Esposo, olvidando que Él es también su Dios y que el «banquete» sigue siendo siempre, después de todo, un banquete sacrificial, marcado por la sangre derramada en el Gólgota. *El banquete eucarístico es verdaderamente un banquete «sagrado»*, en el que la sencillez de los signos contiene el abismo de la santidad de Dios: *«O Sacrum convivium, in quo Christus sumitur!»* El pan que se parte en nuestros altares, ofrecido a nuestra condición de pere-

grinos en camino por las sendas del mundo, es *«panis angelorum»*, pan de los ángeles, al cual no es posible acercarse si no es con la humildad del centurión del Evangelio: «Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo» (*Mt* 8, 8).

PARTE PRIMERA

EL DOGMA DE LA EUCARISTÍA

¿Qué es lo que creemos sobre la Santísima Eucaristía?



CAPÍTULO II

“ÉSTE ES MI CUERPO” - “ÉSTA ES MI SANGRE”

“Yo soy el pan de vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron. Éste es el pan bajado del cielo para que quien lo coma, no muera. Yo soy el pan vivo, el que bajó del cielo. Quien coma de este pan vivirá para siempre y el pan que yo daré es mi misma carne para la vida del mundo. Comenzaron entonces los judíos a discutir unos con otros diciendo: ¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?

Entonces Jesús les dijo: En verdad, en verdad os digo, que si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y Yo le resucitaré en el último día. Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida.

El que come mi carne, y bebe mi sangre, mora en mí y Yo en él. Así como vive el Padre que me envió, y Yo vivo por el Padre, también aquél que me coma, vivirá por mí.

Este es el pan que ha bajado del cielo, no como aquel que comieron vuestros padres y murieron. El que come de este pan, vivirá para siempre.

(Evangelio de San Juan 6, 48-59.)

Cuando todo parece perdido entonces suena la hora de Dios; y cuando todos los intentos humanos para resolver los problemas más acuciantes se atascan en un callejón sin salida, entonces es el momento de orar con más fervor y confianza. Y nunca lo haremos mejor que delante del Santísimo Sacramento: allí donde —según nuestra fe—, bajo las especies de pan y de vino, está presente en medio de nosotros el mismo Jesucristo.

No dudamos de la presencia del Salvador en la Eucaristía.

Ciertamente no comprendemos cómo es posible, mas esto no es suficiente motivo para dudar. ¿Acaso comprendemos cómo fue posible que Cristo, deteniéndose ante la tumba de Lázaro que hacía cuatro días había

fallecido, pronunciase unas breves palabras —Lázaro, sal fuera— y el muerto resucitase? ¿Lo comprendes tú? Pues fue también el mismo Cristo el que dijo sobre el pan: *Este es mi cuerpo*; y fue el mismo Cristo quien dijo a sus apóstoles: *Haced esto en memoria mía*.

¿Que es algo increíble? Sí, lo es... ¡para el incrédulo! El que no cree en la divinidad de Cristo, naturalmente tampoco cree en la Eucaristía. Mas quien cree que Cristo es Dios, aunque no llegue a comprenderlo, aceptará con fe humilde como verdad lo que Jesucristo prometió con solemnes palabras y después realizó.

Realmente este dogma de fe es tan inaudito, rebasa tanto nuestra razón, que no podríamos creerlo por la palabra de nadie; no podemos aceptarlo sino porque es el mismo Dios quien nos lo dice.

Señor mío; si Tú lo dices, es verdad. Cómo pueda serlo, no me es dado concebirlo con mi mezquina y débil razón humana, pero creo y confieso que *es así*, porque Tú lo has dicho.

Pero ¿es completamente cierto que Jesucristo enseñó lo que nosotros creemos del Santísimo Sacramento? Esta es la cuestión decisiva a la cual contestaremos en el presente capítulo.

Si examinamos detenidamente las palabras con las cuales el Señor prometió e instituyó la santísima Eucaristía, necesariamente sacaremos esta consecuencia: Realmente es así, Nuestro Señor Jesucristo hizo en verdad un sacrificio inconcebiblemente grande, se dio a sí mismo en el Sacramento del altar, para poder permanecer entre nosotros hasta la consumación de los siglos.

I

JESUCRISTO PROMETE LA SANTÍSIMA EUCARISTÍA

Vayamos en espíritu a Cafarnaúm, donde gran una gran multitud rodea al Señor.

Un día antes el Señor había obrado un milagro portentoso: sació el hambre de cinco mil hombres con cinco panes y dos peces. “*Me da compasión esta multitud, porque hace ya tres días que están conmigo, y no tienen qué comer.”* (Marcos 8,2) Y para que no muriesen de hambre les hizo un milagro.

¡De qué forma tan magistral preparó Jesús psicológicamente con este milagro a la gente para que pudiese acoger el discurso que iba a pronunciar al día siguiente!

Quiso comunicar a la muchedumbre cosas inauditas y que parecerían increíbles a los hombres. "*Me da compasión esta multitud*", dirá de nuevo; pero ya no se compadece de ellos porque sus cuerpos estén hambrientos, sino porque sus almas perecen de hambre en el gran desierto de la vida.

El Señor empieza su discurso con cierto aire de reproche, porque ve que el pueblo se acerca a Él buscando su propio interés material: espera de Él una nueva multiplicación de panes, el milagro del día anterior. "*Vosotros me buscáis porque os he dado de comer hasta hartaros."* (San Juan 6,26)

Pero inmediatamente les anuncia una gran noticia: "*Trabajad, no por el alimento que perece, sino por el que perdura hasta la vida eterna y que os dará el Hijo del hombre.*" (Juan 6,27)

La gente está intrigada; ¿a qué clase de alimento se refiere? Y Jesús les dice sin rodeos: "*Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo... el pan que Yo daré es mi misma carne para la vida del mundo.*" (Juan 6,51-52)

"¡Para la vida del mundo!" Es decir, bajo la especie de pan os daré aquel cuerpo que padecerá en el árbol de la cruz por la redención del mundo.

¿Cómo hemos de interpretar estas palabras? ¿Al pie de la letra o en sentido simbólico? ¿Hemos de entenderlas como que se está refiriendo a su enseñanza, a su doctrina? ¿Tal vez quería decir el Señor: Yo os doy mi doctrina, quien la siga alcanzará la vida eterna?

Cuán lejos estuvo de Él este pensamiento se echa de ver fácilmente por lo que sigue.

Los oyentes *interpretaron sus palabras al pie de la letra* —así como las interpreta la Iglesia—, y se originó una gran discusión:

"*¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?"* (Juan 6,53)

Parece como si estuviésemos oyendo a los incrédulos modernos: ¿Cómo os imagináis semejante cosa? ¿Que esta pequeña Hostia sea el Cristo vivo?

El Señor observa el escándalo que ha producido con sus palabras, oye la discusión... ¿y qué hace? Si hubiese querido que sus palabras no se tomasen en sentido literal, necesariamente se habría explicado mejor: No discutáis, que no es esto lo que he querido expresar.

Pero no hizo corrección alguna. Al contrario, repitió con más fuerza lo que había dicho. *“En verdad, en verdad os digo, que si no comiereis la carne del Hijo del hombre y, no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros.”* (Juan 6,54) Y como remate, para que no quede ni asomo de duda, añade: *“Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida.*” (Juan 6,56)

“Sí no comiereis la carne del Hijo del hombre...” ¿Qué dice aquí el Señor? ¿Ha leído acaso a Homero o a Tolstoi?

Y Tolstoi dijo que el alma clama por Dios como pía el polluelo caído del nido llamando a su madre.

Y Cristo lo corrobora y todavía va más lejos. No solamente habéis de anhelar uniros con Dios sino que habéis de comerle. Yo he asumido carne mortal precisamente para poder serviros de alimento.

Desde que el hombre existe siente la quemazón de este deseo: unirse con Dios... pues bien, ahora se cumple este afán. “*Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo.”* (Juan 6,51) Es un pan bueno y sabroso, lleno de delicias, que reúne de un modo prodigioso todos los sabores, conforme a la necesidad de cada cual. Quien está henchido de orgullo encuentra en él la humildad. Quien se ve atormentado por la sensualidad halla en él el amor de un corazón puro. Quien se siente afligido saborea en él la más íntima alegría. Quien está desalentado cobra nuevas fuerzas contra la tentación. ¡Oh Cristo, Tú eres el pan vivo!

La impresión producida por las palabras de Cristo fue impresionante. No era ya tan sólo el pueblo quien discutía, sino que hasta vacilaron muchos de sus discípulos. *“¡Dura es esta doctrina! Y ¿quién puede escucharla?”* (Juan 6,61) Esto dijeron, y empezaron a abandonarle.

¡Y, sin embargo, no era dura la doctrina! ¡Cuán fácilmente podrían haberla entendido! *Les habría bastado con saber un poco de la naturaleza y las leyes del amor*.

He ahí la ley básica del amor: estar juntos, ser uno, vivir el uno por el otro.

Estar juntos. ¡Qué cosa más triste para quienes se aman de veras: despedirse... separarse! Cualquier cosa estarían dispuestos a hacer con tal de no tenerse que separar. El hombre no puede lograr lo que tanto anhela. Pero Cristo sí pudo. *He ahí que yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos* (Mateo 28,20).

Mas el amor no se contenta con la mera presencia. Quiere más: *la unión*. Él en mí y yo en él. Esto tampoco puede lograrlo el hombre. Pero lo

puede Cristo. Por esto desaparece la materia del pan en la Santísima Eucaristía y ocupa su puesto Cristo glorificado, para poder así realizar nuestros anhelos más secretos: yo en Él y Él en mí.

¿Qué hace, pues, el que comulga? ¿Entra en una relación tan cálida con Cristo como el amigo con el amigo? No; su relación es más profunda todavía. ¿Cómo el esposo con la esposa? No; su relación es más profunda aún. ¿Cómo la madre con su hijo? No; más profunda todavía.

Esta unión llega al grado más dichoso el que *uno vive por medio del otro*. *"Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí"* (Gálatas, 2,20). Es decir, Cristo se convierte en el motor, el principio, el centro de mi vida. *"Quien me coma, vivirá por mí"* (Juan 6,58), dice el SEÑOR.

Es lo que pregonaba Nuestro Señor Jesucristo en su discurso de Cafarnaúm. Y es lo que sus oyentes no quisieron admitir, y por eso prefirieron abandonarle.

¡Cuánto le dolería al Señor! ¡Con qué tristeza los miraría alejarse Aquél que bajó a la tierra para salvarnos a todos! ¿No habría sido obvio y necesario que hubiese gritado a los que se alejaban: Volved; no es esto lo que he querido deciros; me habéis entendido mal?

No puede admitirse que en una cuestión tan importante y fundamental Cristo haya dejado en el error a sus apóstoles y por medio de ellos a millones y millones de fieles hasta la consumación de los siglos. Cristo no nos engañó nunca; y ¿lo habría hecho precisamente hablando sobre este dogma, el más importante? Si Cristo no está realmente presente en la Santísima Eucaristía, lo que nosotros hacemos en la santa misa, en la comunión, es idolatría, idolatría de la más espantosa. Y Cristo lo sabía... ¿habría consentido que nos equivocáramos sin proferir una sola palabra?

No corrige nada. No rectifica nada. Sino que se vuelve a sus más íntimos amigos, a los Doce, con estas palabras: *"¿Y vosotros también queréis marcharos?"* (Juan 6,68)

Como si, dijera: Sabéis cuánto os quiero; mas si vosotros tampoco creéis lo que digo, prefiero que os marchéis también vosotros; no rectifico nada de lo que os he dicho.

Dime, lector, ¿podía anunciarse el Santísimo Sacramento de un modo más decisivo y claro? ¿Era posible preparar de un modo más eficaz a los apóstoles para que cuando llegase el momento de instituir la Eucaristía no se sorprendieran ni fuesen recelosos e incrédulos?

De la carta encíclica "La Iglesia vive de la Eucaristía":

15. La representación sacramental en la Santa Misa del sacrificio de Cristo, coronado por su resurrección, implica una presencia muy especial que –citando las palabras de Pablo VI– «se llama “real”, no por exclusión, como si las otras no fueran “reales”, sino por antonomasia, porque es sustancial, ya que por ella ciertamente se hace presente Cristo, Dios y hombre, entero e íntegro». Se recuerda así la doctrina siempre válida del Concilio de Trento: «Por la consagración del pan y del vino se realiza la conversión de toda la sustancia del pan en la sustancia del cuerpo de Cristo Señor nuestro, y de toda la sustancia del vino en la sustancia de su sangre. Esta conversión, propia y convenientemente, fue llamada transustanciación por la santa Iglesia Católica». Verdaderamente la Eucaristía es *«mysterium fidei»*, misterio que supera nuestro pensamiento y puede ser acogido sólo en la fe, como a menudo recuerdan las catequesis patrísticas sobre este divino Sacramento. «No veas –exhorta san Cirilo de Jerusalén– en el pan y en el vino meros y naturales elementos, porque el Señor ha dicho expresamente que son su cuerpo y su sangre: la fe te lo asegura, aunque los sentidos te sugieran otra cosa».

«Adoro te devote, latens Deitas», seguiremos cantando con el Doctor Angélico. Ante este misterio de amor, la razón humana experimenta toda su limitación. Se comprende cómo, a lo largo de los siglos, esta verdad haya obligado a la teología a hacer arduos esfuerzos para entenderla.

Son esfuerzos loables, tanto más útiles y penetrantes cuanto mejor consiguen conjugar el ejercicio crítico del pensamiento con la «fe vivida» de la Iglesia, percibida especialmente en el «carisma de la verdad» del Magisterio y en la «comprensión interna de los misterios», a la que llegan sobre todo los santos. La línea fronteriza es la señalada por Pablo VI: «Toda explicación teológica que intente buscar alguna inteligencia de este misterio, debe mantener, para estar de acuerdo con la fe católica, que en la realidad misma, independiente de nuestro espíritu, el pan y el vino han dejado de existir después de la consagración, de suerte que el Cuerpo y la Sangre adorables de Cristo Jesús son los que están realmente delante de nosotros».

II

NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO INSTITUYE LA SANTÍSIMA EUCARISTÍA

Lo que el Señor había prometido en su discurso de Cafarnaúm lo instituyó después en la Última Cena, cuando en el momento conmovedor de la despedida, transformó el pan y el vino en su cuerpo y en su sangre. De

esta forma se pudo quedar con nosotros bajo estas especies hasta la consumación de los siglos.

Toda la doctrina católica referente a la Eucaristía se funda en estas tres breves frases del Señor: *"Este es mi cuerpo", "Ésta es mi sangre"* y "Haced esto en memoria mía". Estas tres frases forman una unidad y son el fundamento en que se apoya toda la doctrina de la Iglesia católica tocante a la Santísima Eucaristía.

Esta doctrina es algo inconcebible y sublime.

"Este es mi cuerpo", "Ésta es mi sangre". La forma exterior, el sabor, el olor, el peso del pan y del vino siguen iguales; en una palabra, permanecen sus especies, mas no permanece la sustancia: se han transformado en el cuerpo y la sangre de Jesucristo. Como Cristo goza ahora de la gloria en el cielo, y no se pueden separar en Él su cuerpo y su sangre, del mismo modo bajo cada una de las especies de pan y de vino está presente todo el mismo Cristo viviente con su cuerpo, con su alma, su divinidad y humanidad; está presente verdadera, real y substancialmente.

Y para que ello no ocurra una sola vez, el Señor manda en la

Última Cena: *"Haced esto en memoria mía."*

Cuando la VIRGEN MARÍA dijo al ángel: *"Hágase en mí según tu palabra"* (Lucas 1,38), Cristo descendió a la tierra, pero esto ocurrió tan sólo una vez. En cambio, desde que Jesús dijo *"haced esto en memoria mía"*, el sacerdote puede traerle a la tierra en cualquier momento, para que esté en medio de nosotros.

Me preguntas: ¿No se maravillaron los apóstoles al oír estas palabras que parecen tan increíbles? Ciertamente que se maravillarían, y ni siquiera las habrían creído de no haber sido preparados por el Señor con portentosos prodigiosos. En la multiplicación milagrosa de los panes vieron con qué docilidad obedece la materia a Jesucristo. Y cuando el Señor mandó al mar alborotado que se calmase, se dieron cuenta que la virtud de su palabra no está sujeta a las leyes de la materia. Lo mismo sucedió cuando en el monte Tabor se transfiguró ante sus ojos.

Así se comprende cómo los apóstoles humildemente creyeron en estas palabras: *"Este es mi cuerpo", "Ésta es mi sangre."* Hasta podía parecerles natural después de que Cristo iniciara sus milagros en las bodas de Caná transformando el agua en vino, que cerrara su paso por este mundo convirtiendo el pan y el vino en su cuerpo y en su sangre.

Pero ¿es realmente cierta esta doctrina del cristianismo?

Completamente cierta. Si me es lícito expresarme así, es la que ofrece más garantías de verdad. Porque no es un solo autor inspirado quien la refiere, sino cinco. San Juan describe la escena de la promesa; San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Pablo consignan la de la institución. Y si Cristo, el Hijo de Dios, dice sobre alguna cosa: “éste es mi cuerpo” y “ésta es mi sangre”, entonces aquello se transforma realmente en cuerpo y sangre de Cristo.

Con una sola salvedad: a no ser que Cristo quisieseis que sus palabras fuesen interpretadas simbólicamente y no al pie de la letra.

Sí; pero en tal caso habría escogido otras expresiones, otras palabras. O escogiendo las que escogió, tendría que haberlas aclarado.

Si no quería que se entendiera literalmente lo que dijo, habría tenido que añadir a manera de explicación: Pero entendedme bien, Yo sólo quiero decir que éste será el “memorial”, el “símbolo” de mi cuerpo, que “recibir este pan será como recibir mi cuerpo”.

Sí, tenía que haberlo dicho, en caso de que hubiese hablado simbólicamente. En otras ocasiones, al enseñar mediante parábolas, realmente explicó lo que significaban sus expresiones simbólicas. Pero ahora no insinúa ni en lo más mínimo que lo que ha dicho haya de entenderse en sentido simbólico.

Y por eso la Iglesia lo interpretó así también.

No es éste el lugar adecuado para pasar revista a los testimonios —escritos, pintados o grabados en piedra— que certifican la antigüedad y continuidad de la creencia de la Iglesia en la Santísima Eucaristía, ya que hay muchísimas y voluminosas obras que tratan de esta cuestión.

No obstante, juzgo oportuno mencionar unos pocos datos.

El más antiguo escrito cristiano que nos fue transmitido, además de los libros sagrados, por tanto el más antiguo monumento escrito de la fe de los primeros cristianos, pregona ya con toda claridad que aquellos fieles tenían la misma fe que nosotros respecto de la Eucaristía. El libro fue escrito en el siglo I; se titula *Didaché*. En el capítulo XIV del mismo leemos: “Reuníos en el día del Señor, romped el pan y celebrad la Eucaristía, habiendo antes confesado vuestros pecados para que vuestro sacrificio sea puro... Porque así dice el SEÑOR: *‘En todo lugar se sacrifica y se ofrece al Nombre mío una ofrenda pura’* (Malaquías 1,11)”

Tenemos también los múltiples testimonios de uno de los más antiguos escritores de la Iglesia, Tertuliano. Nació en él año 160, de modo que

bien podía conocer la doctrina cristiana más antigua respecto del Santísimo Sacramento.

¿Qué dice TERTULIANO? En uno de sus libros (*De oratione*, cap. 19) menciona una cosa interesante: En el primitivo cristianismo el ayuno era tan riguroso que en el tiempo prescrito los fieles no comían nada; nada en absoluto, nada en el sentido estricto de la palabra. De suerte que algunos ni siquiera se atrevían a comulgar para no romper el ayuno. Tertuliano instiga a estos tales a que vayan a comulgar, porque con la recepción del cuerpo del Señor (*"accepto corpore Domini"*) no quebrantan el ayuno. Por tanto, es del todo cierto que en el siglo II los cristianos consideraban a la Eucaristía como el cuerpo del Señor... lo mismo que hoy día nosotros.

En otro pasaje (*Ad uxorem,* cap. 4), TERTULIANO amonesta a los cristianos a que no contraigan matrimonio con paganos, porque se pregunta: ¿consentirá la parte pagana que el consorte cristiano se acerque "a ese banquete del Señor" ("*convivium Dominicum illud*")? En el capítulo IX del mismo libro describe con palabras entusiastas las bellezas del matrimonio cristiano: "¡Qué bella unión la de dos consortes creyentes que tienen una misma fe, un mismo anhelo, una misma manera de vivir!... Rezan juntos, se postran juntos y juntos ayunan... Van juntos al templo, se presentan juntos al banquete de Dios ("Comvivium Dei").

Es TERTULIANO quien escribe en otro libro (*De corona militum,* 3): "El Sacramento de la Eucaristía lo recibimos en las reuniones de mañana y solamente de mano de los superiores... con esmero procuramos que no caiga nada del cáliz o del pan al suelo." ¿Por qué este esmero? ¡Porque aquello es el cuerpo de Cristo!

Y también TERTULIANO dice en el libro *De resurrectione carnis* (cap. 8): "El cuerpo recibe el cuerpo y la sangre de Cristo para que también el alma se alimente de Dios."

¡Cuántos testimonios en un solo escritor! Y todas las citas son del siglo II.

Podríamos aducir más abundantes citas de otro escritor cristiano, SAN CIPRIANO, nacido en torno al año 200.

En uno de sus libros (*De lapsis, cap. 15*) pone algunos reparos al hecho de admitir nuevamente y con facilidad a los que titubearon en su fe y reciben el cuerpo del Señor, pues parece que llevan aún la mancha de la idolatría. Todavía no han aplacado a Dios —escribe en el capítulo XVI— y por ende "hacen violencia contra su cuerpo y su sangre, y pecan contra el Señor con la mano y con la boca, peor todavía que cuando renegaron de

Él”. En el capítulo XXV del mismo libro llama a la comunión “bebida santificada por la sangre del Señor” (“*Santificatus in Domini sanguine potus*”).

En una carta (6 Epist.) desaprueba que algunos sacerdotes reciban demasiado aprisa en el seno de la comunidad cristiana a los que apostataron durante las persecuciones. Escribe: “Cuando todavía no han hecho penitencia, ya son admitidos para comulgar, y así profanan la Eucaristía, es decir, el cuerpo santo del Señor”.

Ante testimonios tan claros y terminantes nosotros tampoco podemos hacer otra cosa que creer como creyó un gran teólogo de la Iglesia primitiva, SAN CIRILO DE JERUSALÉN, quién exclamó: “Puesto que Él mismo (Cristo) anunció y dijo del pan: *Éste es mi cuerpo*, ¿quién se atreve a dudar? Y ya que Él mismo dijo del vino: *ésta es mi sangre*, ¿quién podrá dudar jamás diciendo que aquello no es su sangre?”

* * *

Las últimas palabras que en la despedida dirigió CRISTO a sus apóstoles fueron éstas: *“Yo estaré siempre con vosotros hasta la consumación de los siglos.”* Esta promesa alentadora y reconfortante de Cristo, ¿dónde se cumple mejor que en la Santísima Eucaristía? En ella Jesús está realmente con nosotros, mora en medio de nosotros, de tal forma que podemos acudir a Él buscando reposo, podemos visitarle, podemos descargar sobre su corazón amoroso todos nuestros pesares... y —lo que es más— podemos recibirle y unirnos con Él.

Quizá alguno siga objetando aún con zozobra: “Pero ¡es tan increíble, tan inaudito! ¡Cristo realmente presente en el Santísimo Sacramento!”... A quien tenga todavía tales escrúpulos, yo le pregunto:

—Dime, hermano: ¿crees tú que Cristo ha existido?

—Claro que sí.

—¿Y crees que fue Dios?

—Claro que sí.

—¿Y que nos amaba?

—¡Y tanto!

—¿Y que con su poder divino puede hacer cuanto quiere?

—Lo creo.

—¿Y que dijo: “Éste es mi cuerpo”; “Ésta es mi sangre”?

—También.

—¿Entonces?... ¿qué más quieres? ¿No crees su palabra? ¿La palabra del Hijo de Dios?

¿No quieres repetir con SAN JUAN: “Y nosotros hemos conocido y creído en el amor que Dios nos tiene” (I Carta San Juan 4,16)?

¡Quiero, Señor, repetirlo! ¡Creo, Señor! Me postro ante Ti, Señor. Y con el corazón agradecido, rebosante de júbilo, te adoro, Salvador bendito, a Ti que vives en medio de nosotros en la Santísima Eucaristía.

Te adoro, mi Dios, devotamente,
oculto en ese cándido accidente:
A Ti mi corazón está rendido,
y contemplando en Ti, desfallecido.

La vista, el tacto, el gusto se equivoca;
el oído al asentimiento fiel provoca.
Creo firme y constante cuanto
dijo la verdad infalible de Dios Hijo.

En la cruz la Divinidad estaba oculta,
aquí aun la Humanidad, amor sepulta.
Uno y otro creyendo y confesando
piden lo que el ladrón pidió penando.

Como Tomás las llagas no percibo;
mas por Dios te confieso eterno y vivo.
Haz que a Ti crea siempre más constante,
en Ti espere, y te sea delicado amante.

¡Oh excelso memorial de tu tormento,
Pan vivo, que a los hombres da alimento!
Concédeme que mi alma de ti viva,
y tu dulce sabor siempre perciba.

Con tu Sangre, pelícano sagrado,
lávame de las manchas del pecado;
pues una sola gota es suficiente
para salvar al mundo delincuente.

Oh Jesús, que con velo ahora te miro;
Hágase lo que tanto yo suspiro.

Para que sea yo, al verte, claramente,
en la Gloría dichoso eternamente.

CAPÍTULO III

EL PRODIGIO DEL AMOR DIVINO

Jesús alzó la voz y dijo: Quien cree en Mí, no cree sólo en Mí, sino en Aquel que me ha enviado; y quien me ve a Mí, ve al que me envió.

Yo he venido como luz del mundo, para que ninguno que crea en Mí, quede en tinieblas. Y quien oyere mis palabras y no las guardare Yo no le juzgo; porque no he venido para juzgar al mundo, sino para salvarlo. Quien me rechaza y no recibe mi palabra, tiene quien le juzgue; la palabra que Yo he hablado, esa será la que lo condenará en el último día. Porque Yo no he hablado por Mí mismo, sino que el Padre que me envió, ése me mandó lo que había de decir y hablar. Y sé que su mandamiento es la vida eterna. Por consiguiente, lo que os hablo, lo hablo como el Padre me lo ha dicho.

Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, como hubiese amado a los suyos que estaban en el mundo, los, amó hasta el extremo.

(Evangelio de San Juan, 12,44; 13,1)

Cuando Leonardo de Vinci estaba pintando el célebre cuadro de la Última Cena, se cuenta que una vez que ya tenía terminados los rostros de los apóstoles y le faltaba el del Señor, que el artista empezó su trabajo, pero después desanimado dejó el pincel y dijo estas palabras: ¡La empresa es demasiado difícil! Un hombre mezquino y pecador como yo no puede reproducir dignamente al

Hijo de Dios en la cumbre de su amor"

Es la misma sensación que experimenta todo aquel que se pone a hablar sobre el don incomparable de la Última Cena, la Santísima Eucaristía.

El gran compositor RICARDO WAGNER escribió en cierta ocasión: "El saber que un día hubo entre nosotros un Redentor, será siempre el bien

más excelso de los hombres". Saber que un día estuvo entre nosotros, ya es un inapreciable tesoro. Entonces, ¿qué será saber que no solamente un día estuvo entre nosotros, sino que sigue estando en nuestra compañía aún ahora? Está aquí personalmente, con su cuerpo y su alma; está aquí el mismo Cristo vivo, el que un día pasó por la tierra. Porque así está Cristo en el Sacramento del altar.

Con justo título llamamos a la Santa Eucaristía "el prodigio del amor divino". No en vano comienza el apóstol SAN JUAN el relato de la Última Cena con estas palabras: *"Como hubiese amado a los suyos, que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo"*. Realmente la concepción y la institución de la Eucaristía se deben al amor divino del Corazón de Cristo. Solamente por su amor desmedido se explica que se sometiera a tan inaudita abnegación, y por este mismo amor se resuelven todas las objeciones que nos puedan presentar con respecto al Santísimo Sacramento.

I

POR AMOR SE SOMETIÓ A TAN INAUDITA ABNEGACIÓN

No es posible expresar con palabras humanas el amor de Cristo. ¿Nos puede sorprender esto, cuando nos faltan palabras para expresar la profundidad, grandeza y prontitud de sacrificio que yace en un corazón materno, que no deja de ser un corazón humano?

¡Y qué diferente es el amor humano del amor divino!

El amor humano es veleidoso, efímero, transitorio. A los padres lo que más les duele en su último trance antes de morir es tener que separarse de sus hijos, a quienes tanto aman. Si de ellos dependiese, no los abandonarían. No pueden hacerlo. Y por esto les dejan algún recuerdo —una imagen, un anillo— para que sus hijos no les olviden.

Sin embargo, los olvidan más pronto o más tarde. Porque es propio de todos nosotros olvidar con harta facilidad.

Así habríamos olvidado también al Señor, de no tener la Santísima Eucaristía. Imaginémonos por un momento que no tenemos el Santísimo Sacramento... ¿Qué queda entonces de Cristo? Un pálido recuerdo... Era, pues, que una vez... hace dos mil años, hubo una época feliz en que durante treinta y tres años el mismo Dios encarnado iba peregrinando por la tierra; obró milagros, enseñaba, curaba, murió, resucitó y subió a los cielos.

¿Qué sería de Cristo sin el Santísimo Sacramento? Quedaría de Él un frío recuerdo histórico, una imagen amada pero borrosa; llegaría a ser Él... el Cristo olvidado.

Pero Él no quiso serlo. El hombre también lucha contra el olvido, pero sin éxito, porque no tiene poder para vencerlo. Pero Cristo tenía poder divino para poder hacer lo que en vano quisieran hacer todos los que se despiden: *permanecer para siempre entre los seres queridos*.

¡Qué solución más genial le inspiró su amor infinito! Llegó la hora en que tenía que despedirse de nosotros. Quería dejar a alguien que le sustituyera. ¿A quién quiso dejar? A nadie, sino a sí mismo.

En adelante estará "sentado a la diestra del Padre"; y no obstante, se queda con nosotros; no simbólicamente, no como un recuerdo muerto, sino en su plena y viva realidad. Tal solución no podía darla sino el infinito amor de Dios, hermanado con la divina omnipotencia.

Nosotros los cristianos tenemos una ventaja con respecto a los contemporáneos de Cristo. Los que vivieron en aquel tiempo y tuvieron la suerte de acercarse a Él, la mayoría pudo tocar a lo más la orla de su túnica. En cambio todos nosotros podemos acercarnos a Él no para tocar su vestido, sino para encerrarle a Él mismo verdaderamente en nuestro pecho.

¡Tan inaudita es nuestra fe! Seguramente en esto pensaría aquel norteamericano, profesor de universidad, cuando dijo: "Hay algo que, considero grandioso y que me place mucho de la religión católica: el que satisface igualmente a un Cardenal Newman y a un cocinero."

Pues bien, de la Santísima Eucaristía podemos decir en verdad: que todos encuentran en ella las gracias que necesitan, bien sean doctos o sencillos. ¡Éste es el estilo de Dios! De ahí que nada hay más grandioso en este mundo que el amor infinito de Cristo, oculto en la diminuta Hostia. Porque es allí donde se cumple verdaderamente la frase de SAN PABLO: *"Me amó y se entregó a la muerte por mí"* (Gálatas 2,20).

Añadamos a ello *lo que ha costado a Cristo este amor*. Nunca lo recordaremos con la suficiente emoción y con el debido agradecimiento.

Señor mío, ¿has pensado a lo que te expones, entregándote de esta manera a ti mismo, dándote así a nosotros?

Ah, sí: todo lo sabías, veías y presentías... y, no obstante, ¡lo hiciste!

Sabías que desalmados ladrones forzarían los sagrarios y desparramarían por el suelo las blancas hostias... cometiendo tremendas profanaciones.

Adivinabas que habría algunos que, a pesar de estar en pecado mortal, comulgarían y no podrían causarte ultraje mayor.

¡Qué sacrificio, qué renuncias, qué paciencia supone, para Ti, Señor, este don insigne!

Para permanecer entre nosotros, tuviste que estar dispuesto a permanecer oculto, olvidado, abandonado, y desconocido..., y no retrocediste ante tal sacrificio.

Durante tu vida terrena por lo menos fuiste hombre... en la Hostia ni hombre pareces. En su vida terrena te seguía la muchedumbre... en la Hostia muchas veces nadie se te acerca. Velas todas las noches en el Sagrario.

¡Señor mío! ¿Qué haces Tú todo el día en la Santísima Eucaristía? ¿Qué haces en las noches silenciosas, oculto en la blanca Hostia?

Esto piensa el alma fiel y no halla otra respuesta que ésta: el Señor vigila e intercede por ti. Ora al Padre celestial, para que se apiade de ti y de todo el género humano. En el mundo se cometen incontables y espantosos pecados día tras día, y si Dios en su enojo no barre al hombre de la faz de la tierra, es porque Jesús expía por nosotros en la Santa Eucaristía.

¡Cuánto tenemos que agradecérselo! No encontramos otras palabras que las de SAN JUAN para explicarlo: *"Como hubiese amado a los suyos, que estaban en el mundo; los amó hasta el extremo"*.

De la carta encíclica "La Iglesia vive de la Eucaristía":

11. « El Señor Jesús, la noche en que fue entregado » (*1 Co* 11, 23), instituyó el Sacrificio eucarístico de su cuerpo y de su sangre. Las palabras del apóstol Pablo nos llevan a las circunstancias dramáticas en que nació la Eucaristía. En ella está inscrito de forma indeleble el acontecimiento de la pasión y muerte del Señor. No sólo lo evoca sino que lo hace sacramentalmente presente. Es el sacrificio de la Cruz que se perpetúa por los siglos. Esta verdad la expresan bien las palabras con las cuales, en el rito latino, el pueblo responde a la proclamación del « misterio de la fe » que hace el sacerdote: *« Anunciamos tu muerte, Señor »*.

La Iglesia ha recibido la Eucaristía de Cristo, su Señor, no sólo como un don entre otros muchos, aunque sea muy valioso, sino como *el don por excelencia*, porque es don de sí mismo, de su persona en su santa humanidad y, además, de su obra de salvación. Ésta no queda relegada al pasado, pues « todo lo que Cristo es y todo lo que hizo y padeció por los hombres participa de la eternidad divina y domina así todos los tiempos... ».

Cuando la Iglesia celebra la Eucaristía, memorial de la muerte y resurrección de su Señor, se hace realmente presente este acontecimiento

central de salvación y « se realiza la obra de nuestra redención ». Este sacrificio es tan decisivo para la salvación del género humano, que Jesucristo lo ha realizado y ha vuelto al Padre sólo *después de habernos dejado el medio para participar de él*, como si hubiéramos estado presentes. Así, todo fiel puede tomar parte en él, obteniendo frutos inagotablemente. Ésta es la fe de la que han vivido a lo largo de los siglos las generaciones cristianas. Ésta es la fe que el Magisterio de la Iglesia ha reiterado continuamente con gozosa gratitud por tan inestimable don. Deseo, una vez más, llamar la atención sobre esta verdad, poniéndome con vosotros, mis queridos hermanos y hermanas, en adoración delante de este Misterio: Misterio grande, Misterio de misericordia. ¿Qué más podía hacer Jesús por nosotros? Verdaderamente, en la Eucaristía nos muestra un amor que llega « hasta el extremo » (*Jn* 13, 1), un amor que no conoce medida.

II

EL AMOR DE JESÚS RESUELVE NUESTRAS OBJECIONES

¿Cómo no creer a quien *ama de esta manera*?

Le creo aunque no le comprenda.

Me esfuerzo con mi razón por comprender su don excelso; pero la respuesta definitiva que acalla todas las dudas, no puedo encontrarla sino en su amor infinito.

¿Sabes, lector, que objeción es la que suele presentarse con más frecuencia contra la Santa Eucaristía?: *el testimonio de nuestros sentidos*. "Nada veo ni siento en la Eucaristía" —dicen los incrédulos.

Y es verdad: *nada veo en la Eucaristía*. Pero ¿es ello una prueba contra su realidad y verdad?

El mundo está lleno de cosas que tampoco veo, y si las veo, muchas veces es incluso peor: porque las veo distintas de lo que son en realidad.

Sé, por ejemplo, que la Tierra rueda a una velocidad vertiginosa por el espacio... y mis sentidos nada me dicen de ello. Al contrario: tengo la impresión de que la Tierra esta parada debajo de mis pies.

En cambio, mis sentidos me dicen que el Sol se levanta cada mañana; y hasta veo, desde la cima de un monte, cómo va subiendo despacio... y no es verdad, porque el Sol no se levanta.

Cuando el cielo está encapotado, no veo el Sol. ¿Señal de que no existe? ¿Cómo no va a existir?... Soy yo que no lo veo porque la nube lo tapa a mis ojos. ¿No vienen a ser también como una nube las especies de

pan y vino que encubren al Cristo Eucarístico? No veo a Cristo, y Él está allí realmente.

Miro el campo en invierno: ¡cuán fría, dura, inmóvil, muerta parece la tierra!... y, no obstante, debajo de ella late la vida con una gran fuerza. Miro el bosque en invierno: árboles descarnados, secos, como muertos... y con todo están llenos de vida. Miro los hilos del teléfono que atraviesan la calle en todas las direcciones: ¡cuán fríos y mudos!... y, no obstante, vibran en ellos millones de palabras humanas, mensajes y acordes de música.

¿Dices que nada sientes en la Eucaristía? ¿Acaso sientes algo de los 20.000 kilogramos que en este momento pesan sobre ti y sobre todos los demás?

La Tierra está rodeada de una capa de aire con un grueso de unos 100 kilómetros. Ello significa que acá abajo en la tierra todos vivimos como en el fondo de un mar a 100 kilómetros de profundidad, sólo que por encima de nuestra cabeza no hay agua, sino aire. Pero este aire también tiene su peso, y un peso regular: un kilogramo por cada centímetro cuadrado. Sobre la superficie de un cuerpo humano hay una presión de unos 20.0000 kilogramos. Un autobús abarrotado de gente tiene poco más o menos un peso igual al que carga cada uno de nosotros día y noche, sin interrupción. ¿Sientes algo de este peso? Nada. Y ¿es así? Sí..., lo dice la ciencia.

En la Eucaristía está presente Cristo. ¿Lo sientes? No. Y ¿es así? Si... porque lo dice Cristo, que todo lo sabe y todo lo puede.

Si nuestro gusto no siente más que sabor de pan, y nuestros ojos no ven más que los accidentes del pan en el Santísimo Sacramento, no es cosa digna detenernos en lo que nuestros sentidos sienten, cuando la palabra de Dios nos lleva por otra parte; hemos de atenernos con fe firme a lo que dijo Dios; es a saber: que comemos su cuerpo, su carne en el Santísimo Sacramento. ¿Los que vieron a nuestro adorable Salvador durante su vida terrena, principalmente en el tiempo de su Pasión y muerte, pudieron creer acaso, según sus sentidos y su juicio humano, que Aquel que estaba siendo crucificado entre dos ladrones era el Creador de cielos y tierra, que era el Dios inmortal que reina eternamente?

Otros ponen otra dificultad.

En la Eucaristía está presente el Cristo vivo; y está en toda la sagrada Hostia con la misma plenitud e indivisibilidad que en cualquiera partícula de la misma. Y al romper la Hostia —como hace el celebrante antes de comulgar, primero en dos trozos y después en tres— no se divide el mismo Cristo: Él sigue siendo en cada partícula el Cristo íntegro, indiviso.

¿Que tú no lo comprendes? ¿Que es un imposible?

Que no lo comprendas, lo concedo. Pero sólo parece imposible a aquel que no cree que Jesucristo es Dios, Creador y Señor omnipotente del universo.

Coge un espejo redondo, del tamaño de la Hostia. ¿Qué ves en él? Tu cara, íntegramente, indivisa. Da un golpe al espejo de suerte que se rompa en tres trozos. Míralo de nuevo. ¿Qué ves? ¿Se ha roto también en tres trozos la imagen de tu cara? No. En cada uno de los pedazos esta tu cara, íntegramente y sin división.

—¡Muy interesante! —me dices—. Un buen símil.

¡Ah! No es más que un símil. Y como todo símil, también cojea. Cojea porque en el espejo no hay más que tu imagen, mientras que en la Eucaristía no está la imagen de Cristo, sino el mismo Cristo viviente. Y cojea, porque si bien en los fragmentos del espejo sigue habiendo la imagen de tu rostro, sin embargo, cuanto más pequeños trozos, más pequeña será la parte de rostro que en ellos se refleje, lo que no sucede con Cristo.

No obstante, aunque cojea el símil, nos sirve para que penetre algún tanto nuestro entendimiento en el misterio de la Santa Eucaristía.

El alma está presente en todo el cuerpo, en todas sus partes. Y no obstante, el ojo viene a ser el espejo del alma; en la mirada de una persona vemos el alma. De modo análogo Dios está presente en la Eucaristía y nos mira desde la sagrada Hostia.

Me preguntas: ¿Cómo cabe Dios en la pequeña Hostia? Y yo te contesto: ¿Por qué no preguntas cuando miras como cabe todo el templo en tus pequeños ojos? El Dios omnipotente, que dotó la naturaleza de fuerzas y leyes magníficas, ¿no tendrá medios para obrar otro milagro cuando se trata de dejarnos una prueba sublime de su amor?

¿Sigues con lo mismo? ¿Que “no lo comprendes”?

Claro que no. ¿Y no le crees, si te lo dice Cristo, aunque no lo comprendas? *¡Cuántas cosas no comprendes!*

Si comes un trozo de pan, éste se transforma luego en tu propio cuerpo. Lo admites; mas no sabes cómo el pan se transforma en los diferentes tejidos, en la sangre, en músculo, en hueso.

Conoces muy bien muchas cosas..., mas no sabes cómo se producen, ni comprendes por qué funcionan así.

¿No te cabe en la cabeza cómo es posible que un mismo cuerpo se dé al mismo tiempo una multitud de gente bajo los accidentes de una pequeña

migaja de pan? También cuando pronuncio una palabra, aunque sea una sola, llega a los oídos de millares de hombres y nadie la oye menos por oírla muchos. ¿Y te sorprendes que la palabra de Dios, el Verbo humanado, que pueda llegar a muchos?

Tiene razón SANTO TOMÁS DE AQUINO al cantar de esta manera:

"Lo que practicó en la cena,
repetirlo Cristo ordena
en memoria de su amor;
y en holocausto divino
consagramos pan y vino,
al ejemplo del Señor.

No en pedazos dividido,
ni incompleto ni partido,
todo se nos da a comer.
Y uno o mil su cuerpo tomen,
todo entero lo comen,
ni comido pierde el ser."

¿Hemos resuelto todas las objeciones? Ni mucho menos. Nuestro mezquino entendimiento puede escudriñar, puede razonar... pero la respuesta que acalle todas las dudas no puede encontrarse sino *en el amor infinito de Cristo.*

Por mucho que cavilemos sobre la Santísima Eucaristía, seguirá siendo un misterio sublime de nuestra fe. Seguirá siendo inefable, como el mismo Dios.

Entonces, ¿por qué creemos en la Eucaristía?

La respuesta es ésta: Creemos porque el Señor nos amó hasta el extremo, nos amó hasta el fin.

El amor es capaz de todo, aun de lo imposible. *"Me amó y se entregó a sí mismo por mí"* (Gálatas 2,20). Jesucristo hizo por nosotros lo imposible. Le ofende quien no quiere creerlo.

Es hermoso el caso de Daniel O'Connell, el gran héroe de la libertad irlandesa. En un corredor del parlamento inglés estaba hablando con varios diputados escoceses que no eran católicos. Uno de ellos atacó con crudeza la fe en la Santísima Eucaristía: ¿Cómo puede ser tan imbécil un hombre que llegue a creer que en ella está presente Cristo? O'CONNELL, con voz tranquila y fe firme respondió: —Pues arregle usted sus cuentas con el

mismo Jesucristo. Pídale responsabilidades a Él, porque fue Él quien dijo que aquello era su cuerpo.

Acaso surge de nuevo la pregunta incrédula: ¿Cómo podría ocurrírsele al Señor un pensamiento tan extraño como el de alimentarnos con su cuerpo y su sangre? Otra vez hemos de acudir al amor para hallar la respuesta. ¿No hace lo mismo la madre? ¿No forma con su propio cuerpo, no alimenta con su propia sangre, a su hijo aun no nacido? Y ¿cómo va a consentir Jesucristo que un corazón humano le supere en amor, aunque sea el corazón materno?

"¡Oh, si el Señor me diera esta fe robusta, inconmovible, que no admite duda, respecto de la Santísima Eucaristía! ¡Si me la diera!"...

Esta fe la ofrece a todos, la brinda a todos... pero nosotros, ¿extendemos la mano para cogerla? Si no alargamos la mano, nunca tendremos fe.

Dios da también el aire; mas lo has de respirar... si no respiras, te ahogas.

Dios da la luz; mas debes de abrir los ojos; si no los abres, te quedas a obscuras.

Dios da el bocado de pan; mas lo has de comer... si no lo comes, te mueres de hambre.

Así también ofrece la Santísima Eucaristía y con ella la fe; mas tú has de recibirla... y si no la recibes, tu alma se debilitará, se pondrá anémica, enfermiza, y morirás. Nos lo advierte el SEÑOR: "Si no comiereis la carne del Hijo del hombre, y no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros" (Juan 6,54).

* * *

En una pequeña ciudad cerca de Roma, en Orvieto, hay una bella catedral; la hizo construir el Papa Urbano IV en memoria del milagro de Bolsena.

Es un milagro muy conocido. Durante la santa misa el celebrante tuvo un momento de duda sobre la presencia real de Cristo en la Eucaristía... Al llegar a la Consagración el vino del cáliz se transformó de un modo visible en sangre de color bermejo, empezó a bullir y se desparramó sobre el altar... Este es el milagro de Bolsena; y en su memoria se construyó la célebre catedral de Orvieto.

Pero, ¡cuántos y cuán innumerables milagros se obran en las almas por la Santísima Eucaristía! Después de recibir el Santísimo Sacramento las almas que parecían muertas comienzan a revivir, se rejuvenecen, se robustecen, progresan en la santidad; y se transforman en templos vivos del gran milagro de la Santísima Eucaristía.

Ciertamente, la Eucaristía es también la gran piedra de toque para la fe. También a nosotros nos coloca en un punto crucial. También a nosotros nos pregunta el SEÑOR lo que preguntó en Cafarnaúm a los discípulos asombrados: "*¿Y vosotros también queréis marcharos?*" (Juan 6,68).

¿Qué otra cosa podemos contestar al Señor, que lo que dijo SAN PEDRO: "*Señor, ¿a quién iremos? Tú solo tienes palabras de vida eterna?*

No lo comprendemos..., no lo comprendemos..., pero lo creemos. Lo creemos, Señor, con una fe firme, que nos hace postrarnos de rodillas ante tu presencia. *Creemos en tu amor*. Y nos amas de tal manera que no solamente abrazaste la muerte por amor a nosotros, sino que quisiste permanecer con nosotros aún después de ascender al cielo. No podemos contestar a tu amor sino con estas palabras: *¡Sea por siempre bendito y alabado el Santísimo Sacramento del altar!*

De la carta encíclica "La Iglesia vive de la Eucaristía":

59. «Ave, verum corpus natum de Maria Virgine!». Hace pocos años he celebrado el cincuentenario de mi sacerdocio. Hoy experimento la gracia de ofrecer a la Iglesia esta Encíclica sobre la Eucaristía, en el Jueves Santo de mi vigésimo quinto año de ministerio petrino. Lo hago con el corazón henchido de gratitud. Desde hace más de medio siglo, cada día, a partir de aquel 2 de noviembre de 1946 en que celebré mi primera Misa en la cripta de San Leonardo de la catedral del Wawel en Cracovia, mis ojos se han fijado en la hostia y el cáliz en los que, en cierto modo, el tiempo y el espacio se han «concentrado» y se ha representado de manera viviente el drama del Gólgota, desvelando su misteriosa «contemporaneidad». Cada día, mi fe ha podido reconocer en el pan y en el vino consagrados al divino Caminante que un día se puso al lado de los dos discípulos de Emaús para abrirles los ojos a la luz y el corazón a la esperanza (cf. Lc 24, 3.35).

Dejadme, mis queridos hermanos y hermanas que, con íntima emoción, en vuestra compañía y para confortar vuestra fe, os dé testimonio de fe en la Santísima Eucaristía. «Ave, verum corpus natum de Maria Virgine, / vere passum, immolatum, in cruce pro homine!». Aquí está el tesoro de la Iglesia, el corazón del mundo, la prenda del fin al que todo hombre, aunque sea inconscientemente, aspira. Misterio grande, que ciertamente nos supera y pone a dura prueba la capacidad de nuestra mente de ir más allá de las

apariencias. Aquí fallan nuestros sentidos –«visus, tactus, gustus in te fallitur», se dice en el himno Adoro te devote–, pero nos basta sólo la fe, enraizada en las palabras de Cristo y que los Apóstoles nos han transmitido. Dejadme que, como Pedro al final del discurso eucarístico en el Evangelio de Juan, yo le repita a Cristo, en nombre de toda la Iglesia y en nombre de todos vosotros: «Señor, ¿a dónde vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna» (Jn 6, 68).

CAPÍTULO IV

“MANJAR DE LOS PEREGRINOS”

Elías tuvo miedo y huyó para salvar su vida. AI llegar a Bersabá de Judá, dejó allí a su criado.

Caminó por el desierto todo un día y se sentó bajo un árbol. Allí deseó la muerte y se dijo: «Ya basta, Señor. Toma mi vida, pues yo voy a morir como mis padres». Después se acostó y se quedó dormido debajo del árbol.

Un ángel vino a tocar a Elías y lo despertó diciendo: «Levántate y come». Elías miró y vio a su cabecera un pan cocido sobre piedras calientes, y un jarro de agua. Después que comió y bebió, se volvió a acostar. Pero por segunda vez el ángel del Señor lo despertó diciendo: «Levántate y come, porque te queda por andar un lago camino».

Se levantó, pues, para comer y beber, y con la fuerza que le dio aquella comida caminó cuarenta días y cuarenta noches hasta llegar al monte de Dios, el Horeb o Sinaí.

(Libro I de dos Reyes, 19, 3-8)

La Sagrada Escritura consigna este aleccionador episodio del profeta Elías.

Jezabel, reina de los judíos, idolatra, busca por todas partes al gran profeta. Éste se ve obligado a huir, y termina desalentado tras una carrera fatigosa; se sienta en el desierto debajo de un enebro y dice a Dios: “*Ya basta, Señor, toma mi vida, pues voy a morir como mis padres”*.

Pero entonces el ángel del Señor le toca y le apremia a que tome pan y agua: *“Levántate y come, porque te queda por andar un largo camino”*. Y Elías comió y cobró tales fuerzas con aquel alimento que pudo peregrinar cuarenta días por el desierto...

Nosotros nos sentimos muchas veces también sin fuerzas.

¡Cuántas veces se apodera de nosotros el desaliento en medio de las vicisitudes de la vida! ¡Cuántas veces nos cerca la tentación! Hemos de

caminar no cuarenta días por el desierto, sino toda la vida. Pero no recibimos de manos de un ángel el pan que nos reconforta, sino que recibimos del mismo Jesucristo “el pan de los ángeles”, el mismo cuerpo del Señor.

¿De dónde sacar fuerzas en semejantes situaciones? Del cuerpo y la sangre de Cristo. No en vano llama SANTO TOMAS DE AQUINO a la Santísima Eucaristía: “Manjar de los peregrinos”. El que la recibe con frecuencia, encuentra en ella las energías suficientes para alcanzar la victoria en todos los trances difíciles de la vida.

¿Te quejas de que no encuentras la paz? La Santísima Eucaristía es paz en la guerra. ¿Te quejas de que no logras la victoria en la lucha contra tu egoísmo? La Santísima Eucaristía es victoria en la lucha. ¿Te sientes pobre y necesitado de ayuda? *La Santísima Eucaristía es ayuda en la necesidad.* ¿Tienes miedo a la muerte a medida que se acerca? La Santísima Eucaristía es vida en la muerte.

Quien medite este cuádruple efecto de la Eucaristía comprenderá porque Santo Tomás de Aquino llama a este sacramento “manjar de los peregrinos”.

De la carta encíclica “La Iglesia vive de la Eucaristía”:

60. En el alba de este tercer milenio todos nosotros, hijos de la Iglesia, estamos llamados a caminar en la vida cristiana con un renovado impulso. Como he escrito en la Carta apostólica *Novo millennio ineunte,* no se trata de «inventar un nuevo programa. El programa ya existe. Es el de siempre, recogido por el Evangelio y la Tradición viva. Se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en él la vida trinitaria y transformar con él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste». La realización de este programa de un nuevo vigor de la vida cristiana pasa por la Eucaristía.

Todo compromiso de santidad, toda acción orientada a realizar la misión de la Iglesia, toda puesta en práctica de planes pastorales, ha de sacar del Misterio eucarístico la fuerza necesaria y se ha de ordenar a él como a su culmen. En la Eucaristía tenemos a Jesús, tenemos su sacrificio redentor, tenemos su resurrección, tenemos el don del Espíritu Santo, tenemos la adoración, la obediencia y el amor al Padre. Si descuidáramos la Eucaristía, ¿cómo podríamos remediar nuestra indigencia?

I

PAZ EN LA GUERRA

La Santa Eucaristía es paz en la guerra.

Toda nuestra vida terrena es lucha y apremio continuos.

Beethoven escogió para la "Missa solemnis" —una de sus obras más sublimes— este encabezamiento: "Imploración de paz exterior e interior". Y en el año 1822, cuando compuso dicha obra, en Europa había ninguna guerra. Por tanto, no pensaba en las guerras cuando pedía la paz al Señor. Fue más bien un grito de liberación, un deseo de verse libre de los innumerables males, pesares, tentaciones y tempestades que oprimen esta vida terrena.

No es tan sólo Beethoven quien se siente así; lo siente también quienquiera que piense en serio. Dolorosamente sentimos el abismo que hay entre el ideal y la realidad, entre la justicia y la injusticia, entre el bien y el mal, entre la virtud y el pecado... en una palabra: entre el reino de Dios y este mundo.

El hombre moderno ha llegado a conquistar casi el mundo entero: disfruta de todo, menos de paz. Disfrutamos de un gran desarrollo científico, de una sofisticada tecnología, de una poderosa industria; pero, ¿de qué nos sirven todas estas cosas, si no tenemos paz, tranquilidad, virtud?

Un escritor francés, no cristiano, traza al final de una de sus novelas un cuadro representativo de la humanidad actual: Un tren expreso corre a gran velocidad... Los pasajeros están todos ebrios. . Borrachos también están el maquinista y el copiloto de la locomotora; riñen entre los dos y uno derriba al otro, y pierden el conocimiento. La locomotora corre sin parar. Los pasajeros no notan nada: se ríen, beben, vociferan, y el tren corre locamente..., atraviesa puentes, viaductos, túneles, estaciones sin pararse... ¿Cómo terminará todo?

Uno de las más celebres psiquiatras de nuestra época, J. G.

JUNG, después de una larga práctica médica, llegó a esta convicción: "De todos mis pacientes que han rebasado la mitad de la vida, es decir, los treinta y cinco años de edad, no hay uno cuyo principal problema no sea el religioso. En último término están enfermos por haber perdido aquello que la fe religiosa aporta, y sólo podrán sanar cuando recobren sus convicciones religiosas."

Mas quien cree con fe viva en la Santísima Eucaristía no solamente tiene una sólida convicción religiosa, sino que ha encontrado su más firme cimiento, y con ello ha encontrado la paz *en medio del desasosiego y de las luchas de la vida*.

La humanidad ha perdido algo esencial y corre desesperada gritando: ¡Socorro! Ayúdenme a buscarlo. Algo importante he perdido...

Algo se ha perdido; y por eso se resquebraja la vida de familia. Algo importante se ha perdido; y por eso fracasan los matrimonios y la educación de los niños... si es que se aceptan todavía.

Algo importante se ha perdido... y por eso pesa sobre las personas un sentimiento espantoso de vacío, de falta de sentido de la vida, como un nubarrón oscuro que se cierne en el horizonte; desde entonces todos están enfermos. Se ha perdido algo importante...

Vamos a los consultorios de los psiquiatras... pero no recobramos la paz. Pagamos adivinos, quirománticos, astrólogos... mas no recobramos la tranquilidad. Corremos de una parte a otra, de Nietzsche a Tagore, de Tagore a Laotse; llamamos a los espíritus en las sesiones espiritistas, tomamos a grandes dosis de tranquilizantes... mas no recobramos la paz. Hemos perdido algo importante... Hemos perdido "aquello que sólo la fe religiosa proporciona"; hemos perdido el sosiego del alma.

Mi mirada se clava en la Santísima Eucaristía. ¡Qué bendito silencio, que tranquilidad y paz la envuelven! Es como si hasta en lo exterior quisiera decirnos que hemos de caminar con el alma serena y alegre, aunque nuestra vida esté sembrada de sacrificios.

Nuestro Señor Jesucristo escogió por materia del Santo Sacramento el pan y el vino. Y la humanidad, desde los tiempos más remotos asoció al vino dos ideas: el concepto del sacrificio y el de la alegría. Así es el vino ya consagrado de la Santa Eucaristía: quien lo recibe, recibe fuerza y conformidad, no solamente para soportar los sacrificios y luchas de la vida, sino para abrazarlos con alegría, y así saborear, aun en medio de las luchas, la auténtica paz.

De ahí que cuando en la santa misa llega al momento de la comunión, el celebrante se inclina ante el Señor, presente en el altar, y dándose un golpe en el pecho, con suma humildad dice: "Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, ten piedad de nosotros"; y por segunda vez: "Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, ten piedad de nosotros"; y a la tercera termina de esta manera: "Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, *danos la paz*".

De la carta encíclica “La Iglesia vive de la Eucaristía”:

20. Muchos son los problemas que oscurecen el horizonte de nuestro tiempo. Baste pensar en la urgencia de trabajar por la paz, de poner premisas sólidas de justicia y solidaridad en las relaciones entre los pueblos, de defender la vida humana desde su concepción hasta su término natural. Y ¿qué decir, además, de las tantas contradicciones de un mundo «globalizado», donde los más débiles, los más pequeños y los más pobres parecen tener bien poco que esperar? En este mundo es donde tiene que brillar la esperanza cristiana. También por eso el Señor ha querido quedarse con nosotros en la Eucaristía, grabando en esta presencia sacrificial y convival la promesa de una humanidad renovada por su amor. Es significativo que el Evangelio de Juan, allí donde los Sinópticos narran la institución de la Eucaristía, propone, ilustrando así su sentido profundo, el relato del «lavatorio de los pies», en el cual Jesús se hace maestro de comunión y servicio (cf. *Jn* 13, 1-20). El apóstol Pablo, por su parte, califica como «indigno» de una comunidad cristiana que se participe en la Cena del Señor, si se hace en un contexto de división e indiferencia hacia los pobres (Cf. *1 Co* 11, 17.22.27.34).

II

VICTORIA EN LA LUCHA

“La vida del hombre sobre la tierra es una perpetua guerra” (Job, 7,1), dice la Sagrada Escritura. ¿Y quién no lo ha sentido alguna vez en su propia vida?

¡Cuántas dificultades y cuántas luchas para defender el alma, para que pueda madurar y progresar en la santidad! ¡Cuántas luchas con el sinnúmero de enemigos exteriores e interiores! Lucha con los enemigos de fuera: con los hombres de mala voluntad, con la incomprensión, con la calumnia, con el contagio del mal ejemplo... Lucha con los enemigos interiores: con nosotros mismos, con nuestra naturaleza propensa al mal, con nuestra débil voluntad, con nuestros desalientos, con nuestras malas inclinaciones, con nuestra precipitación y nuestra ligereza...

¿Nos puede sorprender entonces que también nosotros prorrumpamos desesperados exclamando como el profeta ELÍAS: *“Ya basta Señor, toma ya de una vez mi vida, pues voy a morir como mis padres”?* ¿Nos puede extrañar que también nosotros prorrumpamos como SAN PABLO: *“¡Desdichado de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?*” (Rom. 7,24).

¿Quién me librará? ¿Quién me conducirá a la victoria? El mismo SAN PABLO contesta: *“Solamente la gracia de Dios por los méritos de Jesucristo Nuestro Señor”* (Rom. 7, 25)

¡Ah, sí! Nos libra Nuestro Señor Jesucristo cuando le recibimos en la Sagrada Comunión. ¡Cuántas almas que sufrían sin esperanza, que se debatían desesperadas por la conciencia de sus pecados, han experimentado en sí mismas esta gran verdad: de que realmente la Santísima Eucaristía es victoria en la lucha!

Y esto aunque nos parezcan exiguos los efectos de la comunión frecuente, como aparentemente le ocurría a un capitán de navío:

“Hacía oración; comulgaba con frecuencia y, a pesar de todo, fácilmente montaba en cólera, por tener un carácter muy vehemente. ¡Cuántos reproches se hacía por este motivo! ¡Cuántas veces había intentado dominarse pero en vano!

Un día, en que estaba charlando con sus oficiales, uno de ellos le dijo:

—Hay algo que no entiendo, mi capitán. Es usted católico, comulga con frecuencia y, a pesar de todo, se deja llevar de la ira en ciertos momentos.

Ante esto, el capitán sólo dijo:

—Ah! Si no comulgara con tanta frecuencia... tened por seguro que ya os habría echado a todos al mar.

¡Cuántas veces nos encontramos en la vida con hombres así, aquellos que tienen que sostener una gran lucha contra sus malas inclinaciones! ¡Cuántas veces nos llenan de admiración aquellas personas que, agobiadas por las desgracias, sin solución humana a la vista, saben mantenerse firmes, no se desalientan y siguen luchando! ¿Cuál es su secreto?

Les pasa algo parecido al asedio que sufrió Verdún en la guerra. Los alemanes atacaron la fortaleza con una fuerza formidable, y a pesar de todo no pudieron tomarla. La cercaron, cortaron todos los caminos... y la fortaleza resistió. Resistió, porque tenía un corredor subterráneo que la unía con su nación, y este último hilo la salvó.

Por muy desesperada que parezca la vida, aunque nos cubran montones de ruinas y nos cierren todos los caminos, basta que nos quede un refugio: nuestra fe, el último lazo que nos une con Cristo-Eucaristía... entonces nos sostendremos a pesar de todo y experimentaremos en nuestra propia persona que realmente la Santísima Eucaristía es *triunfo en la lucha*.

III

AYUDA EN LA NECESIDAD

Si hay alguien que pueda conocer la toda la amargura del sufrimiento humano, no puede ser otro que Nuestro Señor Jesucristo. Él cargó con la cruz y sintió una sed abrasadora en el árbol de la cruz. No obstante rechazó la bebida refrescante que se le ofrecía porque en ella había sustancias que le hubiesen calmado el dolor y le hubiesen disminuido su nivel de conciencia, prefiriendo estar totalmente consciente hasta el fin en su Pasión.

¿Cómo entonces Jesucristo no se va a compadecer de nuestras necesidades y miserias? *Si nos postramos ante Él presente en el Santísimo Sacramento, estemos seguros que alcanzaremos la fortaleza que necesitamos, nos sentiremos seguros y protegidos, aunque en torno a nosotros brame se desencadene un terrible huracán.*

Postrados, en actitud humilde. Como aquel montañero que después de una subida muy fatigosa logró escalar una cumbre muy alta. Tan entusiasmado estaba, que sin preocuparse del furioso viento, se irguió en el sitio más alto. El guía se dio cuenta del peligro que corría y le gritó al instante: "¡De rodillas inmediatamente! Aquí solamente puede el hombre estar seguro cuando está postrado de rodillas.".

Sí. ¡De rodillas ante la Santísima Eucaristía! Entonces bien puede desencadenarse en torno a nosotros el más furioso vendaval de la vida: ¡no podrá arrastrarnos!

Si pudiésemos echar una mirada en lo profundo de las almas que más sufren y luchan, aquellas que parece que yacen bajo ruinas, que no sienten el calor del sol, ni oyen el trino del pájaro, ni perciben el perfume de las flores... incluso en esta situación, podrían mantenerse en paz, con tal de no perder la fe, si permaneciesen postradas ante el Santísimo Sacramento.

Porque algunas veces se necesita más valentía para vivir que para morir. Y ¿quién nos puede infundir esta valentía sobrehumana, esta ayuda eficaz? Sólo Jesucristo-Eucaristía.

¿Dónde está la fuente sanadora para los millones y millones de enfermos del alma que pueblan la tierra? Aquí; en la Santísima Eucaristía. De esta fuente brota la fuerza del amor de Cristo, para asistirnos cuando nos sentimos necesitados de ayuda.

Es sabido que en la Sagrada Escritura *el símbolo del sufrimiento es el cáliz*. *"¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber?"*, preguntó el Señor a los dos hermanos y apóstoles (Mateo 20,22).

¡El cáliz del dolor! ¡La copa del sufrimiento! Muchas veces apenas podemos sostener con nuestras manos temblorosas el cáliz en que están reunidos nuestros males, toda la amargura de nuestras lágrimas y enfermedades... vamos levantándolo de mal grado para probarlo... nos quejamos de que resulta difícil, harto difícil.

Y... de repente nos parece sentir que una mano vigorosa, la mano de Cristo, coge nuestra mano débil y va levantando el cáliz. Nuestra mirada se posa en el rostro de Cristo. ¡Oh, como resplandece aquel rostro cuando levanta valientemente el cáliz ante el Padre celestial! Ya no es tan solo mi cáliz... El cáliz ha crecido inmensamente. Contiene, sí, todas las amarguras de mi pequeño cáliz, pero contiene también todos los pesares, dolores, tristezas y sacrificios del mundo; contiene todas las lágrimas, todas las gotas de sudor y de sangre de Cristo, todas sus oraciones, alegrías y triunfos. No hay queja humana, no hay dolor en la tierra que no esté en aquel cáliz. Está en él también el mío, pero me resulta fácil ahora sostener el cáliz, porque sostiene mi mano temblorosa la mano divina de Cristo.

En cuanto se mezcla el pequeño cáliz de nuestras amarguras con el cáliz inmenso del Cristo Sacramentado, al instante nos parecen más fáciles las luchas de esta vida.

Cuando los atletas en las olimpiadas ya no eran capaces de soportar el esfuerzo, pasaban por la "meta sudans" y sentían que su cuerpo se refrescaba con el agua fría con que se les rociaba. Lo mismo nos pasa a nosotros. Cuando apenas tenemos fuerzas para resistir las pruebas que tiene la vida, podemos proseguir la lucha porque *nos reaniman las gotas reconfortantes de la sangre preciosa de Cristo.*

No nos desalentemos, aunque Cristo nos lleve por un camino lleno de sufrimientos, y nos pregunte: "¿Puedes beber este cáliz?" No nos asustemos. Arrodillémonos ante el Santísimo Sacramento y digámosle: "Tú sabes, Señor, que puedo beberlo... Es decir, que quisiera beberlo... quizás ni siquiera quisiera beberlo. Más Tú enséñame, para que así pueda hacerlo, para que quiera hacerlo, para que lo beba con amor. Confórtame con tu cuerpo y sangre que diste por mí, para que siguiendo tu ejemplo también yo beba con el alma dócil el cáliz de la amargura en el momento y en el lugar en que la Providencia paternal de Dios quiera ofrecérmelo. Concédeme que el Santísimo Sacramento sea realmente para mí *ayuda en la necesidad*.

De la carta encíclica "La Iglesia vive de la Eucaristía":

56. María, con toda su vida junto a Cristo y no solamente en el Calvario, hizo suya la *dimensión sacrificial de la Eucaristía*. Cuando llevó al niño Jesús al templo de Jerusalén «para presentarle al Señor» (*Lc* 2, 22), oyó anunciar al anciano Simeón que aquel niño sería « señal de contradicción» y también que una «espada» traspasaría su propia alma (cf. *Lc* 2, 34.35). Se preanunciaba así el drama del Hijo crucificado y, en cierto modo, se prefiguraba el *«stabat Mater»* de la Virgen al pie de la Cruz. Preparándose día a día para el Calvario, María vive una especie de «Eucaristía anticipada» se podría decir, una «comunión espiritual» de deseo y ofrecimiento, que culminará en la unión con el Hijo en la pasión y se manifestará después, en el período postpascual, en su participación en la celebración eucarística, presidida por los Apóstoles, como «memorial» de la pasión.

¿Cómo imaginar los sentimientos de María al escuchar de la boca de Pedro, Juan, Santiago y los otros Apóstoles, las palabras de la Última Cena: «Éste es mi cuerpo que es entregado por vosotros» (*Lc* 22, 19)? Aquel cuerpo entregado como sacrificio y presente en los signos sacramentales, ¡era el mismo cuerpo concebido en su seno! Recibir la Eucaristía debía significar para María como si acogiera de nuevo en su seno el corazón que había latido al unísono con el suyo y revivir lo que había experimentado en primera persona al pie de la Cruz.

IV

VIDA EN LA MUERTE

Dondequiera que se pose nuestra mirada, ve el rostro de la muerte.

El suelo que pisamos se formó de seres que murieron hace millares de años. Mueren nuestros padres, nuestros amigos, nuestros conocidos... *un día también yo tendré que irme* y pasar por la gran puerta obscura que se llama "morir".

A pesar de lo que hagamos, por más que no queramos, llegamos un día al cementerio. Tú y yo. Quizá hasta que se nos erija un monumento funerario. Con brillantes letras de oro se grabará en él nuestro nombre para que la gente lo pueda leer al pasar. Al principio se detendrán algunos delante de nuestra tumba, y leyendo nuestro nombre recordarán lo que hicimos en nuestra vida. Pero a los pocos años la lluvia habrá borrado las letras, después de algunos decenios el tiempo habrá desdibujado el grabado en la piedra... ¡No importa! Porque entonces, ¿a quién podrá interesar nuestro nombre, nuestra vida? No habrán pasado treinta o cuarenta años

desde nuestra muerte... y ya nadie se interesará por nosotros, ¡Absolutamente nadie en este mundo!

Meditando en estas cosas podría apoderarse de nosotros una negra melancolía, y abatidos nos rendiríamos al destino inevitable..., si..., si no tuviésemos a Cristo, si no tuviésemos la Santísima Eucaristía. Pero desde que Cristo pasó por la tierra y pronunció sus admirables palabras sobre la fuerza del Santísimo Sacramento, ya no puede quebrantarnos el pensamiento de la muerte.

¿Cuáles son esas palabras? *"Quien come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el último día"* (Juan 6,55).

¡Palabras grandiosas, palabras santas, palabras de vida! Las pronunció CRISTO que pasó triunfalmente por la puerta de la muerte para resucitar en la vida eterna. Desde entonces la Iglesia ve en la sagrada comunión la *prenda de la resurrección*; no ha de perecer definitivamente el cuerpo humano que recibió a Cristo Sacramentado, el cual es semilla, siembra de vida eterna.

Así se comprende el esmero y solicitud de la Iglesia por urgir la recepción del Santísimo Sacramento cuando peligra la vida. Debemos de ayunar un tiempo antes de comulgar. Pero se hace excepción a esta regla para el enfermo que ha de recibir el santo Viático; puede comulgar aunque antes haya comido. ¿Por qué? Porque es necesario que comulgue. Es necesario que antes de morir, en los últimos momentos, tome una vez más el sacramento que para nosotros es fuente de inmortalidad, prenda de vida eterna.

¡Que inaudita crueldad manifiestan los familiares que privan al enfermo de esta "medicina de la inmortalidad", como suele llamársela según antigua expresión de la Iglesia! En cambio, ¡qué indecible alivio para el enfermo el no tener que sostener a solas la última lucha, sino acompañado del santo viático de la sagrada comunión!

"Hermano, tú que vas a morir, vivirás eternamente", parece decir la iglesia a su hijo que entra en el ocaso de la vida. Y puede decírselo. Nuestro Señor Jesucristo instituyó este sacramento precisamente en el ocaso del día, como simbolizando que su fuerza será ayuda victoriosa contra el ocaso de la vida.

En las torres de nuestras iglesias se alza el reloj que nos repite sin cesar: ¡Cuidado, la vida pasa! Pero en el interior está la Santísima Eucaristía, que pregona sin descanso: *"Quien come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el último día"*. (Juan 6,55)

El Santísimo Sacramento es memorial de la muerte de Cristo. Por consiguiente, todas las veces que me acuerde de la propia muerte pensaré en la muerte de Cristo, y ya no me espantaré de la mía.

Tantas veces he recibido el cuerpo de Aquel que venció a la muerte, que puedo tener la seguridad de vencerla también yo.

* * *

En el año 1937 unos exploradores rusos lograron pasar algunos meses en el Polo Norte, en el reino del "hielo eterno", o, como suele llamarse, en el reino de la "muerte eterna". Hasta entonces cundía la creencia de que en el clima glacial del Polo realmente no hay más que muerte, es decir, no hay planta ni animal que pueda vivir allí. Grande fue, sin embargo, la sorpresa de los exploradores al encontrar en el mismo Polo Norte una flor... ¿Y qué flor? Acá y allá debajo de la nieve eterna brota una especie de alga diminuta, del tamaño de la cabeza de un alfiler, de color azul. Quisieron descubrir la raíz de esa "flor", y entonces tuvieron una sorpresa aún mayor: fueron cavando siguiendo el tallo, llegaron excavando hasta nueve metros de profundidad, y todavía no dieron con el extremo de la raíz.

¡Qué ejemplo más alentador el de esta flor! Por todas partes te rodean el hielo y la muerte, y tú no te asustas, no retrocedes. Vas taladrando el suelo, subes desde la profundidad, del reino de la oscuridad y de la muerte, hacia afuera, hacia arriba, hacia la luz del sol. No te desalientas en el trabajo, y, sin embargo, por todas partes te circunda la muerte. Y llega un momento en que sales realmente de la cárcel de hielo, Dios sabe de cuantos metros de grueso, y te encuentras con la luz, con el sol, con la vida.

¿No hemos de buscar nosotros con la misma confianza —en medio del reino de la muerte— el rayo de sol de la vida eterna, a Jesús Sacramentado?

Si el enemigo coge prisionero al rey de una nación, ya tiene en su mano a todo el reino. Después de la santa comunión tenemos cautivo en nuestro corazón a Jesucristo, nuestro Rey: Él es la prenda de nuestra dichosa resurrección y de nuestra vida eterna.

"¡O, sacrum convivium!", exclama con justo titulo la Iglesia. "¡Oh, sagrado banquete!", en que recibimos a Cristo, en que celebramos la memoria de su Pasión y nuestra alma se llena de gracia y recibimos la prenda de la gloria futura!"

De esta forma, si antes de morir puedo recibir el Santísimo Sacramento, el lecho de muerte no será, para mí sino un campo de aviación en

miniatura: subo al avión, me despego de la tierra... me lanzo... hacia las alturas... hacia las orillas eternas.

Por tanto, la Santísima Eucaristía es realmente paz en la guerra, victoria en la lucha, ayuda en la necesidad y vida en la muerte.

Cuando Dante, en la "Divina Comedia", después de haber pasado por el infierno, el purgatorio y el cielo, llega cansado al final de su jornada, se postra de rodillas ante la Virgen Madre y le suplica que le dé su bendición para su último trecho del camino, a él, peregrino envejecido que tanto ha sufrido.

El poeta, cansado por la lucha de la vida, suplica a la Virgen que le ayude a ganar la última victoria, que le conduzca al hogar, al reino eterno de Dios; nosotros, sin embargo, al adorar la Santísima Eucaristía, al rezar delante de Jesús Sacramentado, al recibirle, recibimos del mismo Hijo de la Virgen Bendita las fuerzas para la guerra, para la lucha, para la perseverancia, para la última victoria.

Si el sol se apagase repentinamente, a los ocho minutos no habría luz en la tierra, empezaría a agonizar la vida, y a las veinticuatro horas estaríamos a 273 grados bajo cero; se extinguiría la vida por falta de luz.

"Yo soy la luz del mundo" (Juan 8,12), dice Jesús.

¡Salve, luz del mundo!

¡Salve, alimento de los peregrinos!

¡Salve, Santísima Eucaristía, que pacificas, que das la victoria, que ayudas en la necesidad, que das la vida en la muerte!

¡Salve, Jesús Sacramentado, expuesto ante nuestros ojos en el ostensorio!

En Ti tenemos puesta nuestra esperanza; Tú eres nuestra vida, nuestra salud y nuestro auxilio. Haz que estemos preparados, que tengamos una buena muerte, para que cuando nos llames de este mundo podamos estar contigo.

CAPÍTULO V

PAN DE VIDA

Puesto que hablo a personas inteligentes, juzgad vosotros mismos lo que os digo. El cáliz de bendición que bendecimos, ¿no es acaso la comunión de la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es la participación del cuerpo del Señor? Porque todos los que participamos del mismo pan, aunque muchos, venimos a ser un solo pan, un solo cuerpo.

(I Carta a los Corintios, 10,15-17)

Para la ciencia médica ha sido un gran adelanto el descubrimiento de las vitaminas y el hecho de poderlas poner al servicio de una alimentación sana y de la curación de las enfermedades. Como es obvio las vitaminas siempre han existido desde que hay vida en la tierra. Éramos nosotros quienes no las conocíamos. No sabíamos el papel decisivo que desempeñan en la conservación de la vida. Tampoco conocíamos la causa de muchas enfermedades. Ciertos enfermos, sin saber por qué, se debilitaban, perdían el ánimo, enflaquecían y se enfermaban. Hoy día ya sabemos que su alimentación era deficiente. No tomaban las suficientes vitaminas. Y si faltan éstas, entonces necesariamente el organismo se debilita y enferma.

SANTO TOMÁS, en uno de sus himnos eucarísticos, llama a la Santísima Eucaristía “panis vivus et vitalis”, *“pan vivo y vivificador”*. De haber escrito hoy el himno, quizá hubiese al Santísimo Sacramento “vitamina de la vida espiritual”, porque es el elemento constitutivo imprescindible para la vida del alma.

De ahí que por mucho que alimentemos nuestra mente de ciencia, de arte y de técnica, nuestra alma seguirá anémica, pálida, débil y enfermiza si nos falta el pan de vida, si nos falta la fuerza vital de la Santísima Eucaristía. Porque lo que es la vitamina para la vida del cuerpo, esto viene a ser para el alma e incluso para la comunidad la Santa Eucaristía.

I

LA EUCARISTÍA ES NECESARÍA PARA LA VIDA DEL INDIVIDUO

Es preocupante hoy día, según afirman los médicos, el *creciente número de personas que padecen de los nervios*. Fácilmente nos encontramos a cada paso con hombres angustiados y desesperados, en continuo desequilibrio interior.

¿Cuál es la causa? ¿Cómo han llegado al estado en que se encuentran? Sin duda alguna hay varias causas de orden económico, médico, ambiental y moral. Mas la causa más frecuente del desasosiego espiritual es la falta de fe religiosa. No se puede negar que también pueden perturbar el equilibrio espiritual los otros factores ya mencionados; mas si se encuentran con la fuerza de resistencia que posee un alma cimentada en Dios, estos factores son inoperantes.

Si no sabemos dar respuesta satisfactoria a las cuestiones más candentes de la vida —y el hombre descreído no puede darla —, ya tenemos forzosamente dudas y cavilaciones abrumadoras, que destruyen el equilibrio del espíritu: ¿Puede extrañarnos entonces que un hombre sano sucumba ante tales crisis? Aquella persona cuya alma es roída por la duda religiosa, tendrá síntomas enfermizos también en otros órdenes de la vida. Porque así como de la convicción religiosa brota fuerza espiritual, de modo análogo, de las cuestiones religiosas que no se les da respuesta, nace un sentimiento de inseguridad y de incertidumbre que influye en todo nuestro organismo.

Así se comprende que vaya creciendo el número de pensadores —incluso entre los incrédulos— que reconocen abiertamente *el valor de la convicción religiosa en punto a la salud del alma*. Por ejemplo, el gran filósofo de pedagogía, FECHNER, aunque vivía muy alejado del cristianismo, escribió: “Suprime la oración en el mundo, y parecerá que has roto el lazo que une a la humanidad con Dios; es lo mismo que si cortases toda comunicación entre el hijo y su padre.” Por consiguiente, el que enseña a rezar a la humanidad le está regalando el mayor tesoro del mundo.

Arquímedes pedía un punto de apoyo para su palanca... y decía que así sacaría el mundo de sus quicios. El hombre que se ha desgajado de Dios, en vano buscará el punto de reposo que le dé el sentimiento de una seguridad completa; en cambio, el alma que reza ante el Santísimo Sacramento ya ha encontrado ese punto fijo.

Puesto que entre la fe en Dios y la salud espiritual hay una conexión tan íntima, no debe sorprendernos que los trastornos psíquicos aumenten en proporciones alarmantes, ya que, día tras día, se aflojan los vínculos que nos unen con Dios. En cuanto empieza a menguar en la humanidad la convicción religiosa, *el desasosiego y la incertidumbre se apoderan del hombre*.

Fijémonos en el *campo social*. La fe religiosa es el vínculo que nos une a Dios, pero al mismo tiempo nos une entre nosotros y da fuerza de cohesión a la humanidad; cuando se rompe este vínculo, la comunidad se hace trizas, la vida empieza a atomizarse. La sociedad se descompone al desviarse por falsos derroteros; el arte se degrada, la vida humana pierde su objetivo. Porque el volver la espalda a Dios no puede tener sino efectos destructores tanto en la vida individual como en la social.

Si el hombre no quiere verse sumido en un estado de postración y de mezquindad, necesita *la fuerza de los ideales que le empujen hacia la altura*. Necesitamos de ideales que estén muy por encima de nosotros mismos.

El ideal más digno nos lo propone la fe; ella nos ofrece un objetivo tan sublime que es merecedor de una adhesión inquebrantable, la adhesión de todo nuestro ser y de todos nuestros sentimientos.

Nietzsche arrojó de su alma la fe cristiana, se quedó vacío y quiso rellenar este vacío recurriendo a un paradigma nuevo: el "Ubermensch", el *"superhombre"*. Pero este "superhombre" no es más que una sombra, nacido de la fantasía, al que nadie puede asirse... Nietzsche mismo acabó demente.

En el hombre que pierde la fe —y con ello el sentido de su vida— empieza una lucha extraordinariamente dolorosa, digna de compasión: se pone a buscar algo que nunca podrá encontrar fuera de Dios.

Sin Dios la vida pierde su objetivo; y una vida así no es posible vivirla con equilibrio y armonía espiritual. De ahí que el alma que ha perdido a Dios fácilmente se desequilibre psíquicamente. Así se comprende la aseveración del célebre psiquiatra JUNG: "En una tercera parte, aproximadamente, de mis pacientes no hay ninguna neurosis comprobable clínicamente; su enfermedad no consiste sino en la falta de objetivo y de sentido de su vida. Ésta es la principal causa de la neurosis en general (Cit. en *Shönere Zukunft*, pág. 675).

¿Qué ayuda puede prestarnos en este punto la Santa Eucaristía? Nos *protege contra la postración moral y nos invita a ascender a la altura de los grandes ideales.*

¿Puede haber algo más edificante, que más nos impulse a vivir una vida más digna que la Eucaristía? ¿Es posible decir cosa mayor que ésta: en el Santísimo Sacramento está presente nuestro Jesús? ¡Aquel Jesús, cuyo nombre despide fragancia, como bálsamo derramado, a cuya mención se ponen en fuga a todos los poderes del infierno y se sanan todos los enfermos! Pues en la Eucaristía está realmente presente el mismo Jesús.

¡Qué vida más pujante puedo esperar también yo, si recibo dignamente la Santa Eucaristía! Después de la comunión el Sagrado Corazón de Jesús late dentro de mí, la sangre del Salvador corre por mis venas y purifica mi corazón pecador de toda debilidad y mezquindad, para que no quede en él ni la más leve escoria, para que no tenga ni un solo latido que no sea por Dios y por su gloria.

Si el hombre moderno sufre de parálisis moral, de cojera espiritual, ¿adónde podrá acudir mejor que a la Santa Eucaristía para buscar remedio, para curar su alma?

Dice la SAGRADA ESCRITURA: *"Venid a comer de mi pan y a beber del vino que os tengo preparados"* (Prov. 9,5). *"Sedientos, venid todos a las aguas... Escuchadme con atención y alimentaos del buen manjar"* (Isaías 55,1-2).

En conclusión, el que recibe con frecuencia y devoción la Santa Eucaristía no tiene de qué temer, recibe la mejor vitamina del alma.

De la carta encíclica "La Iglesia vive de la Eucaristía":

16. La eficacia salvífica del sacrificio se realiza plenamente cuando se comulga recibiendo el cuerpo y la sangre del Señor. De por sí, el sacrificio eucarístico se orienta a la íntima unión de nosotros, los fieles, con Cristo mediante la comunión: le recibimos a Él mismo, que se ha ofrecido por nosotros; su cuerpo, que Él ha entregado por nosotros en la Cruz; su sangre, «derramada por muchos para perdón de los pecados» (*Mt* 26, 28). Recordemos sus palabras: «Lo mismo que el Padre, que vive, me ha enviado y yo vivo por el Padre, también el que me coma vivirá por mí» (*Jn* 6, 57). Jesús mismo nos asegura que esta unión, que Él pone en relación con la vida trinitaria, se realiza efectivamente. *La Eucaristía es verdadero banquete*, en el cual Cristo se ofrece como alimento. Cuando Jesús anuncia por primera vez esta comida, los oyentes se quedan asombrados y confusos, obligando al Maestro a recalcar la verdad objetiva de sus palabras: « En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros » (*Jn* 6, 53). No se trata de un alimento metafórico: « Mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida » (*Jn* 6, 55).

II

TAMBIÉN LA SOCIEDAD NECESITA LA EUCARISTÍA

La Eucaristía es pan de vida no solamente para el individuo, sino también para la sociedad, porque es “prenda de la gloria eterna” y “vinculo de la caridad”.

La Eucaristía es “prenda de la gloria eterna”. Y la fe en la vida eterna influye decisivamente en el progreso de la sociedad.

“Pero —objetan algunos—, el pensamiento del más allá hace al hombre inútil para este mundo. Si pienso en el más allá, lucho menos por esta vida terrena. Si pienso en el otro mundo, pierde su valor a mis ojos el mundo presente.”

No se necesita reflexionar mucho para ver cómo este razonamiento es falso, y que es verdad precisamente todo lo contrario. Para el cristiano la vida presente tiene enorme importancia, porque precisamente de ella depende la suerte de su vida eterna. Según nuestra fe solamente llegaremos a la plenitud de vida —lo que con otras palabras llamamos vida eterna o visión beatifica de Dios— si pasamos esta vida terrena lo más recta, honrada y santamente posible. ¿Puede darse más importancia a la vida terrena que cuando se nos enseña: “Tendrás que dar cuenta de todos tus momentos, de todas tus palabras, pues todo cuanto hagas tiene repercusiones en la eternidad?

Así es; si hay alguien que se toma más en serio esta vida terrena es precisamente el cristiano.

De la fe en el otro mundo brota también *la auténtica grandeza humana*. El cristiano sabe que su fin último no se cifra en los pocos años que le quedan de vida. Y ¡cuánto más imponente y consoladora es su vida por este motivo, que la de aquel que reduce su existencia a pensar miserablemente sólo en esta vida terrena, llena de luchas!

La fe en otro mundo y la vida activa en medio del mundo para nada se excluyen.

De la carta encíclica “La Iglesia vive de la Eucaristía”:

20. Una consecuencia significativa de la tensión escatológica propia de la Eucaristía es que da impulso a nuestro camino histórico, poniendo una semilla de viva esperanza en la dedicación cotidiana de cada uno a sus propias tareas. En efecto, aunque la visión cristiana fija su mirada en un

> «cielo nuevo» y una «tierra nueva» (*Ap* 21, 1), eso no debilita, sino que más bien *estimula nuestro sentido de responsabilidad respecto a la tierra presente*. Deseo recalcarlo con fuerza al principio del nuevo milenio, para que los cristianos se sientan más que nunca comprometidos a no descuidar los deberes de su ciudadanía terrenal. Es cometido suyo contribuir con la luz del Evangelio a la edificación de un mundo habitable y plenamente conforme al designio de Dios. (...)
>
> Anunciar la muerte del Señor «hasta que venga» (*1 Co* 11, 26), comporta para los que participan en la Eucaristía el compromiso de transformar su vida, para que toda ella llegue a ser en cierto modo «eucarística». Precisamente este fruto de transfiguración de la existencia y el compromiso de transformar el mundo según el Evangelio, hacen resplandecer la tensión escatológica de la celebración eucarística y de toda la vida cristiana: «¡Ven, Señor Jesús!» (*Ap* 22, 20).

Añadamos todavía la fuerza inestimable que la fe en el otro mundo representa *para soportar los sufrimientos de esta vida terrena*.

Hombre y sufrimiento son conceptos inseparables. Sufre el que cree en el más allá y sufre el que no cree. Pero ¡qué diferencia hay entre ambos!, ¡cómo del cielo a la tierra! Si creo en Dios y en su reino, si me conforta y me renueva la Eucaristía, prenda de la gloria eterna, entonces me infunde fuerzas el pensamiento de que en la gloria eterna —reino de justicia y de caridad— cesaran toda injusticia y todo desamor y recibirá su galardón la el amor perseverante con que hayamos vivido en esta vida terrena. Pero ¿qué será de mí, de dónde sacaré las fuerzas para los días del sufrimiento, de persecución o privación, si tengo la convicción de que no existe nada más allá de la muerte?

La Eucaristía aporta también otro valor inmenso para la sociedad: *la Eucaristía es vínculo de caridad.*

¿Cuál es el incentivo más frecuente que rige la actividad humana? *El egoísmo, el egoísmo grosero que no conoce el amor y que pisotea a todo el mundo.* De ahí que un hombre se adueñe de otro, que una nación se imponga otra nación, una raza a otra raza. Bajo la influencia de este egoísmo el amor propio degenera en avaricia desalmada; y bajo la misma influencia el patriotismo degenera en nacionalismo exacerbado, llevando a las naciones a una guerra económica tan cruel como escandalosa, a la explotación de unas naciones por otras.

Pues bien, ¿qué es lo contrario del egoísmo? El amor. ¿Y dónde encontramos el mayor amor? En Jesucristo. ¿Y cuándo más se manifiesta el amor en Jesucristo? Al instituir la Santísima Eucaristía. Así lo afirma San

Juan: *“Como hubiese amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin”* (Juan 23,1).

Por consiguiente, este sacramento es remedio singular contra el egoísmo y en él encontramos la fuerza de unión para la comunidad. Durante la santa misa, y en el momento de la sagrada comunión, desaparece todo orgullo y engreimiento humano, todo desprecio y desamor; con la misma humildad se arrodillan, uno al lado del otro, el rey y el vasallo, el rico y el pobre, el viejo y el joven, el hombre y la mujer. Y se realizan las palabras del beato EYMARD: “El Santísimo Sacramento comunica a todos un mismo rango y así establece la verdadera igualdad. Fuera del templo hay dignidades, más en la mesa de nuestro hermano primogénito, Jesús, todos somos hermanos.”

Así, pues, *la Santísima Eucaristía une a los pueblos y a la humanidad*. Blancos y negros, norteños y meridionales adoran al mismo Cristo en la santa misa y reciben al mismo Redentor en la sagrada comunión. Es la verdadera organización de las Naciones Unidas: ¡la hermandad de los millones y millones de hombres que se postran ante Jesucristo Sacramentado! Por medio de Él Dios se une con el hombre y el hombre con Dios, y también se unen las almas entre sí. Y los hombres así unidos dan cumplimiento a la súplica de SAN PABLO: *“Os ruego encarecidamente, hermanos míos, por el Nombre de Nuestro Señor Jesucristo... que no haya entre vosotros cismas ni divisiones, antes vivid perfectamente unidos en un mismo pensar y en un mismo sentir*” (Cor. 1,10).

El primitivo cristianismo se complacía en la imagen del pan amasado de muchos granos de trigo. En ella veía simbolizado el pensamiento de que la Eucaristía es realmente el vínculo del amor unitivo.

Después de los libros del Nuevo Testamento, el más antiguo monumento literario que tenemos del primitivo cristianismo es la *“Didaché”*. En ella encontramos la siguiente oración: “Así como este pan fraccionado estuvo esparcido por los montes y recogido se transformó en uno, de modo análogo sea reunida de todas las partes del mundo en tu reino tu comunidad, porque tuya es la gloria y el poder por medio de Jesucristo” (9, 4).

De la carta encíclica “La Iglesia vive de la Eucaristía”:

34. La Iglesia, mientras peregrina aquí en la tierra, está llamada a mantener y promover tanto la comunión con Dios trinitario como la comunión entre los fieles. Para ello, cuenta con la Palabra y los Sacramentos, sobre todo la Eucaristía, de la cual «vive y se desarrolla sin cesar», y en la cual, al mismo tiempo, se expresa a sí misma. No es casualidad que el tér-

mino *comunión* se haya convertido en uno de los nombres específicos de este sublime Sacramento.

40. La Eucaristía *crea comunión y educa a la comunión*. San Pablo escribía a los fieles de Corinto manifestando el gran contraste de sus divisiones en las asambleas eucarísticas con lo que estaban celebrando, la Cena del Señor. Consecuentemente, el Apóstol les invitaba a reflexionar sobre la verdadera realidad de la Eucaristía con el fin de hacerlos volver al espíritu de comunión fraterna (cf. *1 Co* 11, 17-34). San Agustín se hizo eco de esta exigencia de manera elocuente cuando, al recordar las palabras del Apóstol: «vosotros sois el cuerpo de Cristo, y sus miembros cada uno por su parte» (*1 Co* 12, 27), observaba: «Si vosotros sois el cuerpo y los miembros de Cristo, sobre la mesa del Señor está el misterio que sois vosotros mismos y recibís el misterio que sois vosotros». Y, de esta constatación, concluía: «Cristo el Señor [...] consagró en su mesa el misterio de nuestra paz y unidad. El que recibe el misterio de la unidad y no posee el vínculo de la paz, no recibe un misterio para provecho propio, sino un testimonio contra sí».

La Santa Eucaristía es nuestro verdadero pan de vida.

El aire consta de un ochenta por ciento de nitrógeno y de un veinte por ciento de oxígeno. Si falta el oxígeno, no hay vida. Si está en menor cantidad, los seres vivientes se asfixian y pierden el conocimiento. Tampoco en la atmósfera espiritual puede faltar el oxígeno de la fe religiosa. Si disminuye le falta al alma lo más importante y es imposible que la persona sea feliz; se siente mal, aunque muchas veces no sepa el porqué.

¿Qué es lo que le falta al hombre moderno para que no sea feliz? ¿Medios materiales? Tiene más qua en cualquier otra época. ¿Comodidad, salud, diversiones? Nunca las ha tenido con tanta abundancia. ¿Ciencia?, ¿técnica?, ¿arte? Aventaja en ello a todas las épocas.

Entonces, ¿qué le falta? El pan de vida, la Eucaristía. Y por esto no tienen paz ni las personas ni la sociedad ni los pueblos. ¡En cuántas cosas hemos buscado la paz! ¡Cuántas veces creíamos que habíamos encontrado la felicidad! Y hoy día está más lejos de nosotros que en cualquier otro tiempo. El hombre, desterrado del Paraíso, anda errante y desasosegado desde hace milenios por esta tierra, y no encuentra la paz. ¿Por qué? Porque este mundo no es capaz de dar aquella paz que anhelamos: la paz espiritual permanente, sin turbación alguna.

Mas CRISTO desde la Eucaristía nos dice: *“La paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy como os la da el mundo”* (Juan 14,27). ¡Ah!, es lo que nosotros necesitamos. Los que se llenen del espíritu de la Eucaristía serán hombres de buena voluntad. Y a estos tales se les ha prometido la paz:

“Gloría a Dios en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad” (Lucas 2, 4).

* * *

Un misionero estaba enseñando a unos niños árabes los principios de la fe cristiana. Se acercaba la Navidad, y el misionero mostró a los rapaces el cuadro bien conocido de todos nosotros: la Sagrada Familia buscando alojamiento en la noche. La Virgen María monta un jumento, San José guía el animal, llevándole cogido por la brida.

Los niños y niñas miran el cuadro, y uno dice: “¡Padre! El cuadro está mal. María va montada y José a pie. Tendría que ser al revés: el hombre debe ir montado, y la mujer a pie.”

El niño tenía razón... para los árabes es común que los hombres vayan cómodamente montados, y que la mujer, cargada con una cesta sobre la cabeza, vaya detrás caminando. La mujer entre ellos no se distingue mucho de una esclava; el hombre la compra pagando una dote, y ella ha de demostrar, mediante un trabajo laborioso, que el marido no ha malgastado el dinero.

—Tienes razón —contestó el misionero—. Vosotros lo consideráis así. Pero, ¿qué os parece? ¿Por qué obró de manera tan distinta San José y por qué era tan bueno para con María?

—Creo —contestó una niña—, porque María había de ser la Madre del Niño Jesús.

¡Cuán profunda y sabia fue la respuesta de esta niña! Realmente con la aparición de Jesús cambio la faz del mundo; no solamente fueron las mujeres las redimidas de su antiguo estado de humillación, sino que además toda la vida humana encontró un cauce distinto. El reino de Dios, fundado por Jesucristo, es el de la justicia. El reino de Dios es el reino del amor al prójimo. El reino de Dios es el reino de la pureza del corazón, de la sencillez y de la solidaridad. Y la Eucaristía es la fuerza que anima a este reino, el pan y el vino consagrados, el cuerpo y la sangre de Jesús. *“Te ruego para que todos sean uno, como Tú, Padre, estas en Mí y Yo en Ti.”* (Juan 27,21)

El reino de Dios ha llegado a los las almas que tributan culto a la Eucaristía, allí ha llegado el reino de Dios; y con el mismo ha llegado también aquello sin lo cual no hay una vida digna del hombre: ha llegado la unidad, el amor. Porque la Eucaristía es *vínculo de caridad*.

De la carta encíclica “La Iglesia vive de la Eucaristía”:

43. La aspiración a la meta de la unidad nos impulsa a dirigir la mirada a la Eucaristía, que es el supremo Sacramento de la unidad del Pueblo de Dios, al ser su expresión apropiada y su fuente insuperable. En la celebración del Sacrificio eucarístico la Iglesia eleva su plegaria a Dios, Padre de misericordia, para que conceda a sus hijos la plenitud del Espíritu Santo, de modo que lleguen a ser en Cristo un sólo un cuerpo y un sólo espíritu. Presentando esta súplica al Padre de la luz, de quien proviene «toda dádiva buena y todo don perfecto», la Iglesia cree en su eficacia, pues ora en unión con Cristo, su cabeza y esposo, que hace suya la súplica de la esposa uniéndola a la de su sacrificio redentor.

PARTE SEGUNDA

Cristo por nosotros



CAPÍTULO VI

¿QUÉ ES LA SANTA MISA?

El hijo honra a su padre, y el siervo honra a su señor: pues si yo soy vuestro padre, ¿dónde está la honra que me corresponde? Y si yo soy vuestro Señor, ¿dónde está la reverencia que me es debida?, dice el Señor de los ejércitos a vosotros, los sacerdotes que despreciáis mi Nombre, y decís: ¿En qué hemos despreciado tu Nombre?

Vosotros ofrecéis sobre mi altar un pan impuro; y después decís: ¿En qué te hemos ultrajado? En eso que decís: La mesa del Señor esta envilecida... ¿Quién hay entre vosotros que cierre de balde las puertas y encienda el fuego sobre mi altar?

Mi afecto ahora no es para vosotros, dice el Señor de los ejércitos, y me desagradan totalmente vuestras ofrendas. Desde donde sale el sol hasta el ocaso, en cambio, todas las naciones me respetan, y en todo el mundo se ofrece a mi Nombre el humo del incienso y una ofrenda pura. Porque grande es mi Nombre entre las naciones, dice el Señor de los ejércitos.

(MALAQUÍAS, 1, 6-7, 10- 11)

Recuerda, lector, la impresión que nos produce una bella catedral gótica, de aquellas que se construían con verdadero arte y una profunda convicción religiosa.

Nos paramos a la puerta del templo, y sin decir palabra abrimos nuestra alma y nos inundan impresiones santas. ¡Qué vuelo del espíritu en esas columnas que se lanzan hacia el cielo! ¡Qué trabajo! ¡Qué impulso! ¡Qué oración más fervorosa! ¿Para qué sirve todo ello? ¿Cuál es el fin que se pretende?

Nuestra mirada se detiene en medio del templo: en el grandioso crucifijo que cuelga del arco principal a la entrada del ábside. Si, ya se comprende. Para él se ha hecho todo. Todos los arcos, todas las columnas, todo

el arte, todo el magnífico templo es... para esta cruz, para Aquel que está pendiente de ella y se dio y se da todavía hoy en sacrificio por nosotros.

¡Qué fe profunda y qué arte más excelso los que produjeron estas rosas de piedra; estos ventanales de ensueño!... Y todo ello converge en una sola idea: en lo que representa el crucifijo que está en medio, y que pregona en son de triunfo el sacrificio de Nuestro Señor, el sacrificio que Jesús ofrendó a Dios en el árbol de la Cruz, y que desde entonces se repite a diario en nuestros templos y será siempre la adoración más hermosa, la única digna del Dios infinito.

Es lo primero que se destaca en la Eucaristía: el que en ella

Cristo se sacrifica nuevamente por amor a nosotros. Cuando Jesús, en la Última Cena, dando su sagrado cuerpo y su sangre preciosísima a los Apóstoles, les dijo: *“Este es mi cuerpo”*, *“Esta es mi sangre”*, y después añadió: *“Haced esto en memoria mía”*, entonces ofreció a su Padre un sacrificio que abolió el valor de todos los sacrificios anteriores o posteriores a él. Desde entonces no hay en la tierra más que un solo sacrificio que sea digno de Dios: el santo sacrificio de la misa, es decir, la renovación constante del sacrificio de la Cruz.

Examinemos, pues, si la santa misa *es realmente la renovación del sacrificio de la cruz*. Porque si lo es, entonces ya conocemos nuestro deber, ya sabemos *cómo hemos de participar en ella*.

I

LA SANTA MISA ES LA RENOVACIÓN DEL SACRIFICIO DE LA CRUZ

Desde que el hombre existe ha ofrecido siempre sacrificios. Mediante ellos reconoce la soberanía de Dios y el propio estado de pecado.

El hombre, mediante el sacrificio, reconoce la soberanía de Dios. Esa es la prueba palpable de que reconoce el dominio supremo y absoluto de la divinidad.

¿Cuál es el libro más antiguo de la historia humana? La Sagrada Escritura. Abramos sus primeras páginas. ¿Qué encontramos en ellas? ¿Cuáles son los primeros monumentos erigidos por el hombre? Dos altares: el de Caín y el de Abel, en donde ellos ofrecieron sus sacrificios al Señor.

Después encontramos la devastación causada por el diluvio. Noé sale del arca. ¿Qué hace? ¿cuál es su primera ocupación? Erige un altar para ofrecer su sacrificio al Señor.

Y siempre ocurre lo mismo. Estudiemos la historia de los pueblos antiguos: todas las veces que van a dar un paso decisivo o a tomar una resolución importante, lo primero que hacen es ofrecer un sacrificio. El altar siguió siendo durante milenios la construcción más significativa y trascendental de la humanidad.

Con el sacrificio el hombre no solamente reconocía la soberanía de Dios, *sino también su propio pecado*. Porque el hombre tiene conciencia de sus actos, se daba cuenta que es necesario ofrecer algún sacrificio en reparación de sus pecados. En el sacrificio era aniquilado lo que se ofrendaba. De ahí las grandes hogueras en que se consumían las diferentes materias del sacrificio. Estas materias eran productos de la tierra, o animales, o —es horroroso el decirlo siquiera—algunas veces los propios hijos.

¡Pobre hombre pecador! ¿Cuánto creías que podía valer a los ojos de Dios el sacrificio que le ofrecías, la degollación de corderos, la combustión de cereales y frutos? No era aquello la forma definitiva del sacrificio. Tampoco lo era el mismo sacrificio que se ofrecía en el Antiguo Testamento, pues no satisfacía lo que quería el SEÑOR por medio de Malaquías: *"Desde donde sale el sol hasta el ocaso es grande mi Nombre entre las naciones, y en todo el mundo se sacrifica y se ofrece a mi Nombre el humo del incienso y una ofrenda pura."* ¿Quién nos traerá esta ofrenda pura, perfecta, agradable a Dios?

Esta ofrenda perfecta la presentó Nuestro Señor Jesucristo en la Última Cena. Y en el momento mismo en que instituyó este sacrificio, quedaron abolidos y perdieron su valor todos los demás sacrificios. En adelante no debía haber más que un solo sacrificio agradable a Dios: la santa misa. Así la misa llegó a ser el corazón del cristianismo.

Que la santa misa es un sacrificio verdadero, está fuera de duda por el relato de la Última Cena.

En ella JESUCRISTO no dijo sencillamente que él daba su cuerpo y su sangre a sus fieles. Dijo mucho más. Fijémonos en sus palabras: *"Este es mi cuerpo, que por vosotros es entregado"* (Lucas 22,19). Y: *"Esta es mi sangre, que será el sello del nuevo testamento, la cuál será derramada por muchos para remisión de los pecados"* (Mateo 26,28).

Ponderemos bien esta expresión: "Por vosotros". Porque ella significa propiamente: Éste es mi cuerpo de sacrificio, ésta es mi sangre de sacri-

ficio. Y las palabras que la siguen —”Haced esto en memoria mía”— significan: Como recuerdo perenne de mi muerte dad a mis fieles, hasta la consumación de los tiempos mi cuerpo y mi sangre bajo las especies de pan y vino.

“Haced esto”, es decir, haced lo que yo acabo de hacer: en ello consiste el carácter de sacrificio de la Santa Eucaristía. *“En memoria mía”*; el significado de esta expresión es que el sacrificio eucarístico no es un acto que se pueda desligar de la muerte de cruz de Cristo, no es un sacrificio nuevo e independiente, sino la prolongación del sacrificio de la cruz ofrecido por Cristo, su continuación hasta la consumación de los tiempos. *“Haced esto en memoria mía”* significa: Vosotros tendríais que morir por vuestros pecados, mas yo me sacrifico en sustitución vuestra, muero por vosotros. Por vosotros, para que vosotros no os perdáis.

De modo que el sacrificio de la cruz y el sacrificio de la santa misa son en sustancia a una misma cosa. Una misma cosa, porque en ambos es uno mismo el que sacrifica y una misma la víctima sacrificada. El mismo Cristo que se sacrificó al Padre celestial en el altar de la cruz, se sacrifica también por manos de sus sacerdotes en la misa.

Y ¿qué es lo que hace de la Santa misa un tesoro inestimable? ¿Que el celebrante haga realmente lo mismo que hizo Jesucristo en la Última Cena? No. ¿El que fuese el Hijo de Dios quien dio poderes a los sacerdotes? Tampoco. Sino que aún hoy día es el mismo Cristo quien ofrece en cada misa el sacrificio que ofreció en aquella lejana noche de jueves Santo: *El mismo sacrificio hoy que entonces.*

¿Comprendes ya el profundo sentido de la prescripción de la Iglesia, al ordenar que en todos los altares haya un crucifijo? Sin crucifijo no es lícito celebrar. Ya comprendes por qué. Porque la Santa misa brota del Cristo crucificado; la Santa misa es la prolongación del sacrificio de la cruz, ofrecido directamente por el bien de nuestras almas.

Y no es solamente uno mismo quien sacrifica, sino que es una misma también la víctima: Jesucristo. En cada misa encuentro al Cristo que se sacrifica por mí; en todo altar en que se celebra late su tierno corazón reparador, tanto si el altar es el de una magnífica catedral, hecho de mármol blanco, como si es un pobre armatoste de madera de alguna pequeña iglesia de aldea. Cuando revestido de ornamentos preciosos y recamados de pedrería es el Papa quien celebra, se hace presente el mismo Cristo que cuando el sacerdote, prisionero de un campo de concentración comunista, aprovechando el pan negro de la comida y un poco de vino, usando a manera de cáliz una lata vacía de conservas, celebra con gran sigilo y da la

comunión a sus compañeros de cautiverio. Es uno mismo el que sacrifica y una misma es la víctima.

¿Qué diferencia hay, pues, entre el sacrificio de la cruz y el de la santa misa? La misa no es un sacrificio cruento como lo fue el de la cruz, porque el Cristo glorificado ya no puede padecer. Pero aunque no pueda padecer, el sacrificio de la misa ha de reproducir en cierta manera su muerte. Cristo no puede ya morir en verdad, no obstante muere en la santa misa en sentido místico: la consagración por separado del pan y del vino nos indica la separación del cuerpo y de la sangre de Cristo, y nos recuerda el momento en que el cuerpo y la sangre de Cristo se separaron realmente al morir en la cruz.

Ya comprendo en qué consiste la santa misa. Comprendo para que sirve, y comprendo que ha de ser algo perenne.

¿Para qué sirve la Santa misa?

Nosotros debemos adorar a Dios, mas no podemos hacerlo dignamente.

Nosotros debemos suplicar la ayuda de Dios, mas no sabemos cómo.

Nosotros debemos sacudirnos de la carga de nuestros pecados, mas no podemos.

Nosotros debemos desagraviar las ofensas que hacemos a Dios, pero no nos bastamos para hacerlo.

Viene Cristo, ora, y su oración es escuchada; suplica, y su palabra llega al cielo; se ofrece, y nos vemos libres del peso de nuestros pecados y desagravia la ofensa que hicimos a Dios.

En el altar hay un sacerdote que sacrifica y una víctima: el mismo Cordero de Dios que quita los pecados del mundo.

Y a este sacrificio converge todo, absolutamente todo. Por esto hay templo..., para que haya altar. Por esto hay sacerdotes..., por el altar. Por esto hay ceremonias, ornamentos y vasos sagrados..., con vistas al altar. Es decir, por Aquel que en el altar se sacrifica al Padre celestial. A Él le adoran millones de fieles, ante Él se postran y entonan el cántico del Apocalipsis: *“Al que está sentado en el trono, y al Cordero, bendición, y gloria, y potestad por los siglos de los siglos”* (Apocalipsis 5,13).

Sí, así se ha de adorar al Infinito; así como Cristo lo hizo sacrificándose en el Calvario por completo, sin reserva alguna y aplacando con la efusión de su sangre, en sustitución nuestra, a la Divina Majestad ofendida.

Y puesto que hoy día no existe más que un solo sacrificio digno de Dios, la santa misa, de ahí se deduce que la santa misa no ha de cesar nunca, sino que *ha continuar en el sentido estricto de la palabra*.

Conocemos la ley del Antiguo Testamento: ningún día podía pasar sin ofrecerse un sacrificio matutino y el vespertino. Dijo el SEÑOR a Moisés: “*El fuego ha de arder siempre en el altar, y el sacerdote cuidará de cebarle... Este es el fuego perpetuo que nunca debe faltar en el altar*” (Levítico 6,12-13).

La ley antigua fue abolida, y su incesante culto divino fue sustituido por el fuego de nuestros altares, que no se apaga nunca. Nosotros realizamos de veras la profecía de Malaquías. Dice el Señor por boca de este profeta (Malaquías 1,10-11), que en el futuro todos los pueblos, desde Levante hasta Poniente, ofrecerán siempre e incesantemente el sacrificio. Pero, ¿en qué religión se realiza literalmente lo dicho por el Señor? Sólo en la Iglesia católica. Es la única religión en que no cesa nunca, ni un solo momento, el sacrificio puro y santo ofrecido a Dios.

Y esto no es hueca palabrería, sino una realidad, al pie de la letra.

Cuando en nuestro país se celebran las últimas misas del día, cuando se pone el sol, entonces en otras latitudes rompe el alba y empiezan a celebrarse las misas. ¡Siempre resuena el *Kyrie, eleison*! ¡Siempre se oye el *Gloria*! ¡Siempre se repite el *Sanctus*! ¡Nunca cesa la transubstanciación, ni la comunión! La religión católica, con el culto incesante de Dios, realmente ha transformado en un único e inmenso templo toda la redondez de la tierra. Con justo título cantamos:

“Un día asumió carne mortal, y vino a nosotros como Niño; en el árbol de la cruz derramó su sangre en rescate nuestro. Ahora en el Gólgota del altar esta otra vez presente la sangre preciosísima; la víctima es el Cordero divino, el cuerpo de Cristo, el pan.”

De la carta encíclica “La Iglesia vive de la Eucaristía”:

> 12. Este aspecto de caridad universal del Sacramento eucarístico se funda en las palabras mismas del Salvador. Al instituirlo, no se limitó a decir «Éste es mi cuerpo», «Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre», sino que añadió «entregado por vosotros... derramada por vosotros» (*Lc* 22, 19-20). No afirmó solamente que lo que les daba de comer y beber era su cuerpo y su sangre, sino que manifestó *su valor sacrificial*, haciendo presente de modo sacramental su sacrificio, que cumpliría después en la cruz algunas horas más tarde, para la salvación de todos. «La misa es, a la vez e inseparablemente, el memorial sacrificial en que se perpetúa el sacrificio

de la cruz, y el banquete sagrado de la comunión en el Cuerpo y la Sangre del Señor».

La Iglesia vive continuamente del sacrificio redentor, y accede a él no solamente a través de un recuerdo lleno de fe, sino también en un contacto actual, puesto que *este sacrificio se hace presente*, perpetuándose sacramentalmente en cada comunidad que lo ofrece por manos del ministro consagrado. De este modo, la Eucaristía aplica a los hombres de hoy la reconciliación obtenida por Cristo una vez por todas para la humanidad de todos los tiempos. En efecto, «el sacrificio de Cristo y el sacrificio de la Eucaristía son, pues, *un único sacrificio*». Ya lo decía elocuentemente san Juan Crisóstomo: «Nosotros ofrecemos siempre el mismo Cordero, y no uno hoy y otro mañana, sino siempre el mismo. Por esta razón el sacrificio es siempre uno sólo [...]. También nosotros ofrecemos ahora aquella víctima, que se ofreció entonces y que jamás se consumirá».

La Misa hace presente el sacrificio de la Cruz, no se le añade y no lo multiplica. Lo que se repite es su celebración memorial, la «manifestación memorial» (*memorialis demonstratio*), por la cual el único y definitivo sacrificio redentor de Cristo se actualiza siempre en el tiempo. La naturaleza sacrificial del Misterio eucarístico no puede ser entendida, por tanto, como algo aparte, independiente de la Cruz o con una referencia solamente indirecta al sacrificio del Calvario.

II

CÓMO HEMOS DE ASISTIR A LA SANTA MISA

Quien pondere estas cosas con alma creyente, comprende claramente cómo ha de asistir a la Santa misa.

Es de lamentar que *muchos ni siquiera tengan idea de lo que ocurre en el altar*... Muchos... ¡y no negros ni zulúes, sino cristianos y católicos!

En el primitivo cristianismo se distinguían perfectamente las dos partes de la Santa misa. La primera era la llamada "misa de los catecúmenos", es decir, de aquellos que se preparaban para recibir el santo bautismo, pero que aún no estaban bautizados. Para ellos estaba oculto todavía el gran misterio de la Santa Eucaristía, no se les iniciaba aun en la esencia propiamente dicha del sacrificio, y por tal motivo, después del Evangelio y del sermón, antes de llegar a la ceremonia de la oblación, tenían que abandonar el templo. De modo que a la misa propiamente dicha no asistían más que los bautizados.

Esta segunda parte de la misa se denominaba *"misa de los fieles"*.

Hoy día esta distinción ya no existe. Hoy día todos pueden asistir a la santa misa, así los cristianos como los que no lo son; la Iglesia no oculta a nadie sus sublimes misterios; pero, ¿no es doloroso que precisamente entre los bautizados la santa misa sea para muchos un gran misterio? Están presentes en torno del altar del sacrificio durante la misa del domingo, pero en realidad *no se dan cuenta de lo que allí acontece*.

¿Qué es para nosotros la santa misa? El centro de la fe cristiana; el sacrificio de Jesucristo; el Calvario que se renueva todos los días.

Que desconozcan esta verdad los no católicos, es cosa de lamentar, más no es culpa nuestra; pero que no lo sepan muchos de los católicos, no tiene explicación.

¿Qué decir si, semana tras semana, un mes y otro mes dejan de asistir a la santa misa, porque en tal mes han de ir de excursión, en tal otro esquiar, en el tercero hace demasiado calor, en el cuarto porque llueve mucho...? Excusas nunca faltan.

¿Qué decir de aquellos que están en la misa siempre mirando el reloj para ver cuánto queda para que acabe?

¿Qué decir de las conversaciones superfluas que se tienen durante la misa, en el interior de la iglesia?

¿Qué idea tienen estas personas de la santa misa? ¿Saben realmente lo que significan? Si lo supieran, saltaría su corazón de gozo. *Si lo supieran, el termómetro de su amor subiría hasta los cuarenta grados. ¡Si supieran que en cada misa es el mismo Jesucristo, Señor y Redentor nuestro, quien se hace presente personalmente en medio de nosotros, en cuerpo y alma!* ¡Y se hace presente para sacrificarse nuevamente, a diario, por nosotros!

Es cierto que según las apariencias es un hombre, un sacerdote el que ofrece el sacrificio... pero en realidad no es así. El que sacrifica verdaderamente, el único que sacrifica es el mismo Cristo; el sacerdote no es más que un instrumento. Así como en la misa se repite el único y mismo sacrificio de la Cruz, y por tanto no tenemos más que una víctima, Cristo, no tenemos más que un solo sacerdote, Cristo. Así, pues, en la persona del celebrante visible está en la Santa misa Jesucristo, el Sacerdote invisible.

Seguramente lo que acabo de expresar no resulte una novedad para mis lectores. Pero temo que lo sea esto que voy a decir respecto del *papel que corresponde a los fieles en la santa misa*. El bautizado es miembro del Cuerpo Místico de Cristo. La Cabeza de este Cuerpo es nuestro Sumo Sacerdote; de ahí se sigue que también *los fieles son en cierta manera parti-*

cipes de este “sacerdocio real” (I Pedro 2,9), y que, cuando la Cabeza ofrece un sacrificio, los miembros también han de intervenir, han de participar en el sagrado acto.

¿Qué se deduce de esto con vistas a la vida cristiana? Que al decir “voy a misa”, vengo a afirmar: *Voy a ofrecer un sacrificio*. Que al decir “voy a misa”, estoy queriendo decir: Voy a al acto de culto más digno, el único digno de Dios, y en el cual yo, hombre mezquino, me levanto a la cumbre de mi dignidad cristiana, porque nunca es mayor el hombre que cuando se presenta ante el altar para ofrecer un sacrificio a Dios. Por tanto, la actitud del fiel en el santo sacrificio ha de ser activa, participando interiormente con la acción sublime que se desarrolla ante ellos en el altar.

Hemos de tomar parte activa en el sacrificio de Cristo. No basta que Cristo haya muerto por nosotros, que se haya sacrificado por nosotros. He de cooperar también yo. Todos hemos de cooperar. Porque hemos de transformar el sacrificio de Cristo en nuestro propio y personal sacrificio. Mediante el santo bautismo nos entroncamos íntimamente con Cristo, nos hicimos miembros de su Cuerpo místico. Pues bien, si Cristo, la Cabeza, se sacrifica al eterno Padre, entonces nos sacrifica también a nosotros, miembros de su Cuerpo. Por tanto, estamos unidos a Cristo también el tiempo que dura el sacrificio.

Debemos participar activamente, avivando en el alma deseos de entrega, de sacrificio y de abnegación propia, unidos a los sentimientos de Jesucristo, que se ofrece en sacrificio.

Cuando los primeros cristianos asistían a la santa misa, se colocaban en torno al altar, y con los ojos atentos miraban el Cordero del sacrificio que el celebrante tenía en la mano; con gran fervor seguían las ceremonias, contestaban a las oraciones del sacerdote, recibían el Cuerpo del Señor; y después, con el alma confortada y llena de paz, salían de las catacumbas para sostener los duros combates de la vida diaria y morir acaso en aras de su fe.

Participemos con espíritu de sacrificio en la santa misa. Porque el sacrificio visible ofrecido en la misa ha de expresar el sacrificio invisible de nuestra vida.

La santa misa es sacrificio verdadero en que Cristo mismo se sacrifica a sí mismo. Por tanto, será provechosa nuestra participación si también nosotros nos sacrificamos con Él.

¡Sacrificio expiatorio! Primeramente debemos al principio de la misa arrepentirnos profundamente de nuestros pecados: *"Yo confieso que he pecado mucho..."*, doliéndonos sinceramente de ellos.

¡Sacrificio de oblación! El celebrante eleva en la patena la blanca Hostia que será transubstanciada en cuerpo de Cristo. Mientras tanto, yo también coloco espiritualmente en la patena alguna mortificación, alguna prueba, renuncia o padecimiento de ese día.

¡Sacrificio en la elevación! Cristo se sacrifica por amor a mí. Miro un momento la Hostia levantada en alto, después miro el cáliz, y mientras tanto pronuncio en mi interior las palabras del apóstol Tomás: "Señor mío y Dios mío", y ofrezco en sacrificio mi mente, mi voluntad, mis sentimientos; toda mi persona.

Esto es participar activamente, con espíritu sacrificial, en el Santo sacrificio de la misa.

> De la carta encíclica "La Iglesia vive de la Eucaristía":
>
> 13. Por su íntima relación con el sacrificio del Gólgota, la Eucaristía es *sacrificio en sentido propio* y no sólo en sentido genérico, como si se tratara del mero ofrecimiento de Cristo a los fieles como alimento espiritual. En efecto, el don de su amor y de su obediencia hasta el extremo de dar la vida (cf. *Jn* 10, 17-18), es en primer lugar un don a su Padre. Ciertamente es un don en favor nuestro, más aún, de toda la humanidad, pero *don ante todo al Padre*: «sacrificio que el Padre aceptó, correspondiendo a esta donación total de su Hijo que se hizo "obediente hasta la muerte" (*Flp* 2, 8) con su entrega paternal, es decir, con el don de la vida nueva e inmortal en la resurrección».
>
> Al entregar su sacrificio a la Iglesia, Cristo ha querido además hacer suyo el sacrificio espiritual de la Iglesia, llamada a ofrecerse también a sí misma unida al sacrificio de Cristo. Por lo que concierne a todos los fieles, el Concilio Vaticano II enseña que «al participar en el sacrificio eucarístico, fuente y cima de la vida cristiana, ofrecen a Dios la Víctima divina y a sí mismos con ella».

* * *

Se guarda en Nápoles, en un frasco, la sangre de San Jenaro, obispo de Benevento, que murió mártir a principios del siglo IV. La sangre coagulada y seca se licua cada año en la fiesta del Santo. Millares y millares de personas acuden para ver bullir la sangre del insigne obispo.

Mas en el altar brota continuamente la sangre del Redentor, santa e inmortal, no una vez al año, sino en todas las misas que se celebran; no para servir de espectáculo a la mirada curiosa, sino para derramarse en gracias abundantes sobre nosotros todos los días.

¿Sabes ya qué es la santa misa? Un sangrar misterioso de las llagas de Cristo, una renovación incesante del sacrificio de la Cruz. ¿Sabes qué es la santa misa? Un diluvio de gracias que fluye de la cruz; un Gólgota siempre presente, Cristo que se sacrifica permanentemente por mí.

Nuestro "cristianismo" será más profundo y consciente, en la medida que comprendamos, apreciemos y amemos la santa misa.

Cual fuere tu misa, tal será tu fe.

Cual fuere tu misa, tal será tu moral.

Cual fuere tu misa, tal será tu vida.

Y cual fuere tu vida acá abajo, tal será allá arriba por toda la eternidad.

De la carta encíclica "La Iglesia vive de la Eucaristía":

> 10. No hay duda de que la *reforma litúrgica del Concilio* ha tenido grandes ventajas para una participación más consciente, activa y fructuosa de los fieles en el Santo Sacrificio del altar. En muchos lugares, además, *la adoración del Santísimo Sacramento* tiene cotidianamente una importancia destacada y se convierte en fuente inagotable de santidad. La participación devota de los fieles en la procesión eucarística en la solemnidad del Cuerpo y la Sangre de Cristo es una gracia de Dios, que cada año llena de gozo a quienes toman parte en ella. Y se podrían mencionar otros signos positivos de fe y amor eucarístico.
>
> Desgraciadamente, junto a estas luces, *no faltan sombras*.
>
> En efecto, hay sitios donde se constata un abandono casi total del culto de adoración eucarística. A esto se añaden, en diversos contextos eclesiales, ciertos abusos que contribuyen a oscurecer la recta fe y la doctrina católica sobre este admirable Sacramento. Se nota a veces una comprensión muy limitada del Misterio eucarístico. Privado de su valor sacrificial, se vive como si no tuviera otro significado y valor que el de un encuentro convival fraterno. Además, queda a veces oscurecida la necesidad del sacerdocio ministerial, que se funda en la sucesión apostólica, y la sacramentalidad de la Eucaristía se reduce únicamente a la eficacia del anuncio. También por eso, aquí y allá, surgen iniciativas ecuménicas que, aun siendo generosas en su intención, transigen con prácticas eucarísticas contrarias a la disciplina con la cual la Iglesia expresa su fe. ¿Cómo no mani-

festar profundo dolor por todo esto? La Eucaristía es un don demasiado grande para admitir ambigüedades y reducciones.

Confío en que esta Carta encíclica contribuya eficazmente a disipar las sombras de doctrinas y prácticas no aceptables, para que la Eucaristía siga resplandeciendo con todo el esplendor de su misterio.

CAPÍTULO VII

LOS FRUTOS DE LA SANTA MISA

Mientras cenaba, tomó Jesús el pan, lo bendijo y lo partió diciendo: Tomad y comed; esto es mi cuerpo.

Y tomando el cáliz, dio gracias, lo bendijo y se lo dio diciendo: Bebed todos de él, porque ésta es mi sangre, el sello del nueva Alianza, que será derramada por muchos para remisión de los pecados.

Os digo que ya no beberé más de este fruto de la vid hasta el día aquel en que lo beba con vosotros del nuevo en el reino de mi Padre.

(Evangelio de San Mateo 26, 26-29)

En bastantes países donde los católicos han sido una minoría han sufrido durante mucho tiempo leyes muy duras, injustas y discriminatorias. Así, por ejemplo, en Inglaterra se condenó en cierta ocasión a un católico a pagar quinientas monedas de oro por haber asistido a una misa católica. El condenado se fue a casa, escogió las quinientas monedas de oro más hermosas que tenía, y pagó la multa. El juez le preguntó maravillado por qué pagaba la multa precisamente con las monedas más hermosas. El condenado le contestó: “Consideraría una ofensa a Dios el no dar las más hermosas piezas de oro por la merced excelsa de una sola misa”.

¿Tanto vale una misa? ¿Realmente es un tesoro tan precioso? ¿Merece realmente la pena que en tierras de misión muchos convertidos tengan que caminar a pie durante varias horas e incluso días para poder asistir a una sola misa? ¡Tenemos tantas devociones y actos de culto con que poder rendir culto a Dios! Pero en cuanto a valor todas quedan muy a la zaga de la santa misa.

Tenemos letanías y procesiones; tenemos *Vía crucis*, romerías, novenas, devoción mariana y culto a los santos... todas son prácticas piadosas y bellas; mas todas ellas juntas no pueden compararse a una sola misa. Porque cada misa es la renovación del sacrificio de Nuestro Señor.

Jesucristo no se contentó con ofrecer una vez en el Calvario su sacrificio redentor; quiere prolongarlo, continuándolo hasta la consumación de los siglos.

Desde el momento en que se pronuncian sobre el pan y el vino las palabras de la Última Cena —las mismas palabras con que Jesucristo convirtió el pan y el vino en su cuerpo y su sangre—, está delante de nosotros en el altar el mismo Cristo, el que entre tormentos indecibles se entregó a la muerte por amor a nosotros. En la santa misa, pues, Jesucristo se ofrece nuevamente en sacrificio al Padre celestial por nosotros. Es la esencia de la santa misa.

Se comprende así la prescripción de la Iglesia de que todos los fieles, desde los siete años cumplidos, asistan bajo pena de pecado grave a la santa misa los domingos y días de fiesta, mientras les sea posible.

Se comprende que la Iglesia haya hecho obligatoria la asistencia a la santa misa. No es obligatorio ir a una romería. No es obligatoria tal o cual práctica de piedad. No es obligatorio rezar el santo rosario. Mas sí es obligatorio asistir a misa todos los domingos y días festivos de precepto.

Es necesario, pues, conocer la misa a fondo porque hemos de asistir a misa todas las semanas. Sólo así, iremos a misa con gozo, no porque este mandado, sino porque sabemos el valor que tiene y el bien que nos hace.

¿Cuál es el valor de la santa misa y cuáles son sus frutos? Este es el tema del presente capítulo. En los capítulos siguientes pasaremos revista a las distintas partes de la misa.

I

¿CUÁL ES EL VALOR DL LA MISA A LOS OJOS DE DIOS?

El fin primario del hombre es adorar y alabar a su creador y Señor.

¿Qué significa adorar a Dios? Significa reconocer su majestad infinita y a la vez la propia pequeñez; reconocer que dependemos por completo de Dios. “Yo soy el Alfa y la Omega: el principio y el fin de todas las cosas, dice el Señor Dios, el que es, el que era y el que ha de venir, el todopoderoso” (Apocalipsis 1,8). “Yo soy el que soy” (Éxodo 3,14), dice el SEÑOR; y nosotros, pobres criaturas, nada somos en comparación con Él.

Pero si es tan inmensa la distancia que nos separa de Dios, ¿cómo podemos rendirle el homenaje que merece, la adoración que se le debe? Por nosotros mismos poco podemos hacer. Pero viene en nuestro auxilio la

santa misa, la única adoración digna de Dios. Una sola misa tributa a Dios mayor homenaje y respeto que las oraciones de todas los santos del cielo; porque en la santa misa no son ángeles los que dan gloria a Dios, sino su Hijo Unigénito quien le rinde una adoración de valor infinito. Por eso dice el celebrante levantado la hostia sobre el cáliz: "Por Él, con Él y en Él, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria, a ti Dios Padre omnipotente, por los siglos."

Lo que decimos de la adoración, podemos aplicarlo también a la acción de gracias. ¡Por cuántas cosas debemos dar gracias a Dios! Mediante la santa misa rendimos a Dios el debido tributo de gratitud. "Demos gracias a Dios Nuestro Señor", dice el celebrante en la introducción del prefacio. "Porque es justo y necesario...", tal es la respuesta. Y entonces el celebrante empieza el prefacio: "En verdad es justo y necesario, es nuestro deber darte gracias en todo tiempo y lugar, Señor Dios, Padre todopoderoso, Dios eterno, por Jesucristo Nuestro Señor..."

Además, por la santa misa damos la debida reparación al Dios ofendido.

Que tenemos motivos sobrados de darle reparación, es un hecho que sentimos dolorosamente.

¿A cuánto monta lo que le debemos reparar? Cada hombre tiene una enorme deuda para con Dios. Es lo que afirma una parábola propuesta por Jesús: "El reino de los cielos es semejante a un rey que quiso tomar cuentas a sus criados. Y habiendo empezado a tomarlas le fue presentado uno que le debía diez mil talentos" (Mateo 18, 23-24). Diez mil talentos equivalen a una cantidad enorme de dinero. ¡Una suma fabulosa! ¡Y ésta es nuestra deuda, nuestra enorme deuda para con Dios, amontonada a fuerza de pecar!

¿Qué dice el deudor espantado? "Entonces el criado, arrojándose a sus pies, le rogaba diciendo: ten un poco de paciencia y te lo pagaré todo" (Mateo 18, 26).

¡Pobre mendigo! ¿Lo pagarás todo? Pero, ¿de dónde? ¿Cómo vas a pagarlo?

¿Cómo? Con la santa misa. En ella podemos postrarnos de veras ante nuestro Padre celestial y decirle: Estamos en deuda, Padre nuestro, pero te lo pagaremos todo. ¿Por qué medio? Mediante tu Hijo que se sacrifica por nosotros.

Con lluvia de fuego castigó Dios a Sodoma y Gomorra. Y lo que se pecaba en esas ciudades era bien poco en comparación con los pecados es-

pantosos que se cometen actualmente en el mundo. Pero Jesucristo en la misa implora al Padre que no aniquile a la humanidad pecadora.

Finalmente la santa misa es el sacrificio impetratorio más eficaz. Al hombre le cuesta mucho tener que pedir a otro hombre, y si se resuelve a hacerlo, no puede estar seguro del resultado. En cambio mucho más fácil y más eficaz nos resultará pedírselo a Dios, y no por nuestro propio valimiento, sino por mediación de Nuestro Señor Jesucristo.

Es lo que hacemos en la santa misa; siempre que le pedimos algo a Dios, lo hacemos siempre con estas palabras: "Por Jesucristo Nuestro Señor, tu Hijo".

"Pero podría preguntar alguno: ¿no fue suficiente la Pasión de Cristo, acaecida sólo una vez, para redimirnos y alcanzarnos todas las gracias que necesitamos? Y si es suficiente, ¿para qué sirve la santa misa?

Sí, fue suficiente. Cristo nos redimió de una vez para siempre en la cruz y satisfizo por nuestros pecados; y la santa misa no es un sacrificio independiente, un sacrificio nuevo, sino la renovación misteriosa del sacrificio uno y único de la santa cruz, ante nuestra vista. Por tanto, el que asiste a misa, es como si hubiese estado en el Calvario cuando se desarrolló allí la tragedia más sublime del mundo.

Pero, ¿para qué sirve entonces asistir a misa? Para participar personalmente de las gracias que nos obtiene la sangre derramada por Cristo, y participar de su fuerza y de sus frutos.

De la carta encíclica "La Iglesia vive de la Eucaristía":

> 8. Cuando pienso en la Eucaristía, mirando mi vida de sacerdote, de Obispo y de Sucesor de Pedro, me resulta espontáneo recordar tantos momentos y lugares en los que he tenido la gracia de celebrarla. Recuerdo la iglesia parroquial de Niegowic donde desempeñé mi primer encargo pastoral, la colegiata de San Florián en Cracovia, la catedral del Wawel, la basílica de San Pedro y muchas basílicas e iglesias de Roma y del mundo entero. He podido celebrar la Santa Misa en capillas situadas en senderos de montaña, a orillas de los lagos, en las riberas del mar; la he celebrado sobre altares construidos en estadios, en las plazas de las ciudades... Estos escenarios tan variados de mis celebraciones eucarísticas me hacen experimentar intensamente su carácter universal y, por así decir, cósmico. ¡Sí, cósmico! Porque también cuando se celebra sobre el pequeño altar de una iglesia en el campo, la Eucaristía se celebra, en cierto sentido, sobre el altar del mundo. Ella une el cielo y la tierra. Abarca e impregna toda la creación. El Hijo de Dios se ha hecho hombre, para reconducir todo lo creado, en un supremo acto de alabanza, a Aquél que lo hizo de la nada. De este modo,

> Él, el sumo y eterno Sacerdote, entrando en el santuario eterno mediante la sangre de su Cruz, devuelve al Creador y Padre toda la creación redimida. Lo hace a través del ministerio sacerdotal de la Iglesia y para gloria de la Santísima Trinidad. Verdaderamente, éste es el mysterium fidei que se realiza en la Eucaristía: el mundo nacido de las manos de Dios creador retorna a Él redimido por Cristo.

II

¿CUÁLES SON LOS FRUTOS DE LA MISA?

Mediante la Santa misa recibimos gracias inmensas que purifican nuestra alma, la hermosean y santifican.

Fijémonos primero en *la fuerza purificadora de la santa misa.*

En la santa misa me apropio personalmente de la Redención de Cristo. El sacrificio de la cruz fue el sacrificio redentor, y la Santa misa me lo aplica. Cristo ofreció en la Cruz su sacrificio para la redención de toda la humanidad; y dio satisfacción por los pecados de todos los hombres; mas ha de ser cada hombre en particular quien se aplique a sí mismo esta satisfacción. Dios no quiere llenar el cielo de hombres contra su voluntad, sin preguntarles siquiera; nosotros hemos de cooperar con la voluntad divina, para que la gracia de la redención se aplique a nuestra propia persona. El sacrificio de la redención se renueva ante nosotros en cada misa precisamente para que podamos alcanzar la gracia que nos ha obtenido a cada persona en particular.

Quien participa activamente de la santa misa puede lograr la cancelación de sus pecados veniales y la disminución de la pena en el purgatorio. Si bien la misa no borra los pecados graves, sin embargo puede conseguirnos la gracia de la contrición, comunicarnos conciencia plena de su gravedad y movernos a buscar la absolución en el sacramento de la penitencia.

Añádase a ello que la Santa misa *nos abre todo un arsenal de gracias: nos proporciona abundancia de gracia adyuvante y santificante*, para poder vencer más fácilmente las tentaciones, y santificar cada vez más nuestra alma, hermoseándola a imagen de Dios. De suerte que la asistencia frecuente a la santa misa es el mejor medio para hacernos santos.

"¿No bastaría con asistir a misa sólo una vez? ¿No es de valor infinito el sacrificio Jesucristo? ¿Para qué debo asistir con frecuencia a la misa?"

Sí: la misa es de valor infinito, pero yo soy finito, un hombre mezquino. De ese tesoro infinito no puede mi ser limitado recibir más que cierta cantidad. También el sol aparece todos los días. Y en veinticuatro horas irradia tanto calor que la tierra podría vivir del mismo durante milenios, si fuese capaz de recibirlo todo. Mas no puede. Tampoco yo puedo sacar de la santa misa tanta gracia como necesito para toda mi vida. Por esto he de recurrir con frecuencia a esta fuente de gracia. Iré los domingos, por obligación, y si me es posible también los días laborables, por amor y devoción. ¡Sería catastrófico que el sol no alumbrase más que una sola vez a la semana!

Un incrédulo en cierta ocasión se dirigió con estas palabras a un creyente:

—¿Usted es católico?

—Sí.

—¿Va a misa todos los días?

—No. No tengo tiempo. No es obligatorio; sólo voy los domingos y en las fiestas de guardar.

El incrédulo prosiguió:

—Dígame usted: ¿Cree usted de veras que en la misa está presente Jesucristo, el Redentor que murió por usted en la cruz?

—Claro que lo creo.

—Pues yo si lo creyera, asistiría a misa todos los días.

Por tanto, el católico que no pueda asistir a misa todos los días, no faltará por lo menos los domingos, y cuando se le ofreciere la ocasión, tratará de asistir los días laborables.

Queda todavía otro valor de la santa misa: *su influencia social*.

Recordemos la misa parroquial de un domingo. ¡Qué hermandad, que amor irradia la misa, cuando los pequeños y los grandes de la parroquia, los sabios y los analfabetos, los pobres y los ricos, como miembros diferentes de un mismo cuerpo rinden su homenaje ante el trono del Dios!

Hizo bien la Iglesia en prescribir la asistencia a la Santa misa por lo menos una vez a la semana. Lo hizo, sobre todo, por el siguiente motivo: porque hay cristianos superficiales y frívolos que no se preocupan de su propia alma y se olvidan de los tesoros espirituales que nos aporta la santa misa. El que nunca se expone al sol, acaba enfermándose y debilitándose; y el que deja de asistir a la santa misa, termina enfermo del alma.

De la carta encíclica “La Iglesia vive de la Eucaristía”:

> 32. Toda esto demuestra lo doloroso y fuera de lo normal que resulta la situación de una comunidad cristiana que, aún pudiendo ser, por número y variedad de fieles, una parroquia, carece sin embargo de un sacerdote que la guíe. En efecto, la parroquia es una comunidad de bautizados que expresan y confirman su identidad principalmente por la celebración del Sacrificio eucarístico. Pero esto requiere la presencia de un presbítero, el único a quien compete ofrecer la Eucaristía *in persona Christi*. Cuando la comunidad no tiene sacerdote, ciertamente se ha de paliar de alguna manera, con el fin de que continúen las celebraciones dominicales y, así, los religiosos y los laicos que animan la oración de sus hermanos y hermanas ejercen de modo loable el sacerdocio común de todos los fieles, basado en la gracia del Bautismo. Pero dichas soluciones han de ser consideradas únicamente provisionales, mientras la comunidad está a la espera de un sacerdote.
>
> El hecho de que estas celebraciones sean incompletas desde el punto de vista sacramental ha de impulsar ante todo a toda la comunidad a pedir con mayor fervor que el Señor «envíe obreros a su mies» (*Mt* 9, 38); y debe estimularla también a llevar a cabo una adecuada pastoral vocacional, sin ceder a la tentación de buscar soluciones que comporten una reducción de las cualidades morales y formativas requeridas para los candidatos al sacerdocio.

III

¿CÓMO OBTENER LOS FRUTOS DE LA SANTA MISA?

Oigo la objeción: Yo voy con frecuencia a misa, mas no siento sus efectos. Asisto regularmente a la misa los domingos, voy muchas veces aun en días laborables, pero no experimento provecho alguno. ¿Cuál puede ser la causa? Puede ser doble: O no te preparas bien para la santa misa, o no la oyes como es debido.

Antes de todo *hemos de ir a misa con la debida preparación*, así como la vida terrena de Nuestro Señor Jesucristo fue propiamente una gran preparación para el sacrificio del Calvario.

Por tanto, el que acude a la misa sin tomar conciencia seria del acontecimiento que va a presenciar, el que se acostumbra a llegar tarde y después apenas presta atención a lo que allí se celebra, que no se sorprenda de que no le aproveche espiritualmente.

De ahí que debamos llegar puntuales —no sólo por mera educación— y mejor todavía, llegar un rato antes. *Así tendremos tiempo de medi-*

tar el acontecimiento sin igual del que vamos a participar, avivando en nuestra alma la fe en el sacrificio sublime que se va a consumar en el altar.

El aprovechamiento espiritual depende en gran parte de nuestra fe. Cuanto mayor sea, mayor será nuestra atención y fervor. De lo contrario, nuestra alma permanecerá fría como una piedra.

Condición de la buena preparación es la pureza del alma. Cuanto más limpia tengamos el alma cuando asistimos al sacrificio del Cristo, con tanta mayor intensidad podremos unirnos al mismo y obtener más abundantes gracias. Es una de las razones por las que no sacan el mismo fruto todos los que asisten a una misma misa. ¿Por qué?

Diez personas van a sacar agua a una misma fuente, y las diez tienen cántaros diferentes. Aunque la fuente ofrezca su agua a todas con la misma abundancia, la que tenga un cántaro pequeño, se llevará menos agua; y si alguna lo tiene lleno de barro, apenas podrá recoger agua... Es por demás que se esté media hora allí, junto a la fuente que mana con profusión.

Y si tanta importancia tiene la preparación, ¡cuánto más decisiva será la forma de participar de la Santa misa! El resultado dependerá de que sepamos o no *participar activamente en la misa*.

El que muchos fieles no saquen provecho alguno de la Santa misa obedece a que ellos no hacen más que "oírla", es decir, están sentados allí pasivos e inactivos, y después de media hora, como quien ha cumplido un deber, se vuelven a casa. Y mientras están en misa miran al altar, miran al celebrante... y es todavía el caso mejor. Después miran la techumbre del templo, para ver si es bueno o no el fresco allí pintado. Y miran al vecino, y observan qué traje viste. Miran a los que llegan tarde y que pasan haciendo ruido entre las filas. Se levantan cuando se levantan todos sin saber por qué... En ocasiones se agachan y miran por debajo del banco, como si hubiesen perdido algo... ¡Es el momento de la Elevación! Salen después de la iglesia sin que un solo pensamiento fervoroso de amor a Cristo haya cruzado por su mente; sin la más leve conciencia de que han sido espectadores del más sublime acontecimiento que ocurre en el mundo. Se parecen estas personas a los soldados romanos que hubieron de guardar la cruz; por encima de sus cabezas se desarrollaba el drama más grande de la historia universal; y ellos ni se enteraron, y se sentaron a jugar a los dados para distraerse.

¿Dónde está la falta? No en la mala voluntad —-porque entonces ni siquiera irían a misa— sino en una falta dolorosa. *No conocen las diferentes partes de la misa* y no saben seguir los actos del celebrante en el altar.

Si supieran hacerlo, ellos mismos se sorprenderían de las muchas gracias que obtendrían y de la emoción que sentirían.

* * *

El apóstol SAN PABLO en su *Carta a los Efesios* habla de la longitud, la altura y la profundidad del amor de Dios. De muchas maneras podemos experimentar el amor de Dios, más nunca podremos sentirlo con mayor intensidad que en la santa misa.

Además, la participación activa en la misa nos obliga a llevar una vida presidida por el sacrificio durante el resto del día.

La misa no es un asunto particular del celebrante; no es una función de teatro, en la que basta con prestar atención desde la butaca. La misa no es tan solo una hermosa práctica piadosa a la que se debemos asistir los domingos, sin ninguna otra repercusión en la vida. La misa y la vida han de fundirse. Con el torrente de gracias que brota de la santa misa hemos de regar la vida diaria.

Quien vive así la santa misa rinde a Dios el culto más grande que se le debe y consigue para su alma las gracias más valiosas. No reza sólo con los labios, sino con su vida las alabanzas del canto:

¡Oh Dios, que estás en el altar oculto bajo la especie de pan, bajo la blancura de la Hostia inmaculada! Aunque no pueda verte con los ojos corporales, te adoro en verdad, te confieso como Creador y Señor mío. Y te suplico que tengas piedad y perdones todos mis pecados.

De la carta encíclica “La Iglesia vive de la Eucaristía”:

> 57. «Haced esto en recuerdo mío» (Lc 22, 19). En el «memorial» del Calvario está presente todo lo que Cristo ha llevado a cabo en su pasión y muerte. Por tanto, no falta lo que Cristo ha realizado también con su Madre para beneficio nuestro. En efecto, le confía al discípulo predilecto y, en él, le entrega a cada uno de nosotros: «¡He aquí a tu hijo!». Igualmente dice también a todos nosotros: «¡He aquí a tu madre!» (cf. Jn 19, 26.27).
>
> Vivir en la Eucaristía el memorial de la muerte de Cristo implica también recibir continuamente este don. Significa tomar con nosotros –a ejemplo de Juan– a quien una vez nos fue entregada como Madre. Significa asumir, al mismo tiempo, el compromiso de conformarnos a Cristo, aprendiendo de su Madre y dejándonos acompañar por ella. María está presente con la Iglesia, y como Madre de la Iglesia, en todas nuestras celebraciones eucarísticas. Así como Iglesia y Eucaristía son un binomio inseparable, lo mismo se puede decir del binomio María y Eucaristía. Por eso, el recuerdo

de María en la celebración eucarística es unánime, ya desde la antigüedad, en las Iglesias de Oriente y Occidente.

CAPÍTULO VIII

LAS DIFERENTES PARTES DE LA SANTA MISA (I)

Aquellos que acogieron su palabra fueron bautizados e incorporados a la Iglesia en aquel día, cerca de tres mil personas. Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunicación, en la fracción del pan y en la oración. Y toda la gente estaba sobrecogida de un respetuoso temor, porque eran muchos los prodigios y milagros que hacían los apóstoles en Jerusalén, de suerte que todos estaban llenos de espanto.

Todos los creyentes vivían unidos y tenían todas las cosas en común, vendían sus posesiones y bienes y los repartían entre todos, según la necesidad de cada uno. Todos los días perseveraban en el templo, unidos con un mismo espíritu, partían el pan en las casas y comían juntos con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios, y teniendo a su favor todo el pueblo. Y el Señor iba añadiendo cada día a su Iglesia a los que habían de salvarse.

(Hechos de los Apóstoles 2,41-47)

En la Última Cena Nuestro Señor Jesucristo no solamente ofreció su cuerpo y su sangre como alimento a los apóstoles, sino que además les mando: *“Haced esto en memoria mía”* (Lucas 22,29).

Como si dijera: “Vosotros, mis apóstoles, acabáis de recibir el gran don que prometí en la sinagoga de Cafarnaúm. Pero allí hice la promesa no solamente a vosotros, sino a toda la muchedumbre que me escuchaba, y en ella a todos los hombres: *“Si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros”* (Juan 6,54). Ahora quiero que este alimento de vida eterna puedan recibirlo mis discípulos en todos los tiempos. Por esto os otorgo la facultad de poder hacer vosotros y vuestros sucesores lo que acabo de hacer yo, y así de verdad se hará realidad que *“yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos”* (Mateo 28,20).

Es decir, les confirió poderes para repetir el misterio de la Santísima Eucaristía, para ofrecer el santo sacrificio de la misa.

De la carta encíclica “La Iglesia vive de la Eucaristía”:

29. La expresión, usada repetidamente por el Concilio Vaticano II, según la cual el sacerdote ordenado «realiza como representante de Cristo el Sacrificio eucarístico», estaba ya bien arraigada en la enseñanza pontificia. Como he tenido ocasión de aclarar en otra ocasión, *in persona Christi* «quiere decir más que “en nombre”, o también, “en vez” de Cristo. In “persona”: es decir, en la identificación específica, sacramental con el “sumo y eterno Sacerdote”, que es el autor y el sujeto principal de su propio sacrificio, en el que, en verdad, no puede ser sustituido por nadie». El ministerio de los sacerdotes, en virtud del sacramento del Orden, en la economía de salvación querida por Cristo, manifiesta que la Eucaristía celebrada por ellos *es un don que supera radicalmente la potestad de la asamblea* y es insustituible en cualquier caso para unir válidamente la consagración eucarística al sacrificio de la Cruz y a la Última Cena.

La asamblea que se reúne para celebrar la Eucaristía necesita absolutamente, para que sea realmente asamblea eucarística, un sacerdote ordenado que la presida. Por otra parte, la comunidad no está capacitada para darse por sí sola el ministro ordenado. Éste es un don que *recibe a través de la sucesión episcopal que se remonta a los Apóstoles*. Es el Obispo quien establece un nuevo presbítero, mediante el sacramento del Orden, otorgándole el poder de consagrar la Eucaristía. Pues « el Misterio eucarístico no puede ser celebrado en ninguna comunidad si no es por un sacerdote ordenado, como ha enseñado expresamente el Concilio Lateranense IV.

Todos sabemos cómo se hace presente en medio de nosotros la Eucaristía: en la Santa misa, en el momento de la consagración. Este momento es el centro de nuestra vida de fe, la perla más preciosa que tenemos.

Pero el más hermoso diamante se hermosea todavía más con un precioso engarce. Es lo que ha hecho la Iglesia con su diamante de valor infinito. La transubstanciación sólo dura unos momentos. Y para que este momento resalte con mayor esplendor, la Iglesia en el decurso de los siglos le da un engarce precioso, le pone un marco espléndido, antes y después, lleno de oraciones, lecturas y ceremonias. Son las diferentes partes de la misa, las cuales debemos conocer y comprender para que nuestra participación redunde en mayor provecho nuestro.

I

EL SIMBOLISMO DE LOS OBJETOS

Antes de empezar el estudio de las diferentes partes de la misa fijémonos un momento en el mismo altar. Ya antes de empezar el santo sacri-

ficio, el altar nos está pregonando que vivamos una vida de sacrificio y abnegación.

Lo primero que nos llama la atención es el crucifijo colocado en medio del altar. No es lícito celebrar en un altar en que falte el *crucifijo*.

Es natural. ¿Qué es la santa misa? Renovación del sacrificio del Calvario, repetición de aquel momento conmovedor en que fue levantado el árbol de la cruz. Por esto desde la cruz del altar mira Cristo a todos los celebrantes y a todos los fieles que asisten a la misa. Como si dijera: He ahí cómo me sacrifico por ti... ¿Y tú? ¿Estás dispuesto a sacrificarte por amor a mí?

¿Qué más vemos en el altar? *Velas*. Tiene que haber por lo menos dos cirios encendidos. Un hermoso simbolismo encierran. ¡Arde el blanco cirio, el pabilo va derritiendo y consumiendo la cera! La llama va consumiendo al cirio hasta que lo consume del todo.

Podríamos decir: el cirio se sacrifica a la mayor gloria de Dios ¿Puede haber lugar más digno que el altar para que ardan los cirios? ¿Que el altar donde se sacrifica un día y otro día por nuestro amor el Hijo de Dios? El cirio blanco simboliza el cuerpo inmaculado de Cristo clavado en la Cruz. En su corazón flamea el fuego: la llama del amor, la llama del sacrificio de Quien se da a sí mismo por amor a nosotros. Es el amor ardiente del corazón de Cristo el que consume su vida.

¿Qué más hay alrededor del altar? *Flores*. Se despliegan con lozanía durante un día o dos..., después inclinan sus corolas y se marchitan... Cómo si nos dijesen: Miradnos, nosotras nos desgastamos por servir al Señor; ¿sabes tú hacer otro tanto por amor a Cristo, que da su vida por ti? Es lo que más importa: que lleguemos a consumir en cada misa lo que hay en nosotros de frivolidad, de superficialidad, de vanidad y pecado.

Del santo sacrificio, como de una inagotable mina de diamantes, hemos de sacar un gran espíritu de sacrificio, amor a la vida abnegada, y las fuerzas que se requieren para vivir así.

El amor exige amor, el sacrificio exige sacrificio. En esto pensaba SAN PABLO al escribir a los colosenses las siguientes líneas: *"Me gozo de mis padecimientos por vosotros y completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia"* (Col. 1,24). Por esto exige la Iglesia a sus sacerdotes una vida de sacrificio, porque son ellos son los encargados de renovar diariamente el santo sacrificio de Cristo. Les exige que renuncien a la vida de familia. Les exige una vida de

oración, que recen diariamente el breviario. Les exige también el sacrificio de ciertas alegrías terrenas que en sí mismas no son pecaminosas.

¡Qué pensamientos nos vienen simplemente al contemplar el altar, incluso antes de empezar la santa misa!

II

LA SANTA MISA EN EL CRISTIANISMO PRIMITIVO

Para comprender la misa en su forma actual conviene recordar el modo como se celebraba en la antigüedad.

Según la Sagrada Escritura la celebración del santo sacrificio de la misa *ya a principios del cristianismo era patrimonio común de los fieles*.

¿Cómo se explica este hecho?

Quizás no andemos lejos de la verdad si suponemos que los apóstoles recibieron directamente del Señor algunas órdenes concretas. En los *Hechos de los Apóstoles* leemos que después de la Resurrección Jesús se apareció durante cuarenta días a sus discípulos y les habló del reino de Dios (H.A. 1,3). Ciertamente que entre otras cosas les hablaría de cómo celebrar el "memorial" de su Pasión, algo que tanta trascendencia tendría para construir este reino.

Así se explica que poco después de la Ascensión fuese práctica común de los fieles el santo sacrificio: *"Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunicación, en la fracción del pan, y en la oración." "Unidos con un mismo espíritu, partían el pan en las casas y comían juntos con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios..."* (Hechos de los Apóstoles 1, 42,46)

Y fue ésta una costumbre general no solamente en Jerusalén, sino también en las otras comunidades. Sabemos, por ejemplo, que cuando Pablo y Lucas llegaron a Tróade, el primer día de la semana, por lo tanto en domingo, los fieles se reunieron para la fracción del pan (Hech. Ap. 20,7).

Y ello era no solamente algo constante en la vida de los primeros cristianos, sino el único acto de culto, para el cual se reunían al principio en casas particulares, después durante las persecuciones en los cementerios y en los corredores subterráneos de las catacumbas y más tarde en los primeros templos cristianos.

No se hablaba todavía de "misa" ni de "comunión" ni tampoco se conocían muchas de las ceremonias que tenemos actualmente en la santa

misa. Mas existía lo esencial: la transubstanciación del pan y del vino en el cuerpo y sangre de Jesucristo, y su distribución a los fieles.

Inmediatamente después de la Ascensión los cristianos acostumbraron a reunirse "en memoria" del Señor. De modo que la Santa misa era desde el principio conmemoración de la muerte de Cristo. Precisamente, por tal motivo la Iglesia procuraba copiar fielmente los hechos de la Última Cena. Al estilo de la cena pascual, se celebraban primero ágapes, banquetes de caridad, y después seguía la consagración del pan y del vino.

Es muy natural que se agregasen pronto a la sagrada acción ciertas oraciones: antes una preparación, después una acción de gracias. El núcleo más antiguo de la misa actual, su centro, es el *canon*. Lo precedía la llamada antemisa, que consistía en la lectura y explicación de textos bíblicos.

Respecto del modo de desarrollarse la sagrada acción en la primitiva Iglesia, tenemos un dato preciso del siglo II, *escrito por el mártir San Justino*. No podemos leer sin emoción la más antigua descripción de la misa. He ahí cómo la describe: "El día del sol todos los que habitan en las ciudades o en los campos se reúnen en un mismo lugar. Se leen, cuando el tiempo lo permite, memorias de los apóstoles o los escritos de los profetas. Después el lector se detiene y el presidente toma la palabra para hacer una exhortación e invita a seguir los hermosos ejemplos que han sido citados (es el sermón actual). Todos se levantan enseguida y se recitan oraciones. En fin..., al acabarse la oración, se trae pan, vino y agua; el presidente ora (es el prefacio actual) y da gracias (el canon de ahora) todo el tiempo que puede; el pueblo responde con la aclamación: Amén. Se distribuye a cada uno su parte de los elementos bendecidos y se envía a los ausentes por medio de los diáconos" (Just., Apología 1,6).

He ahí la forma primitiva de la santa misa. Tendría que recorrer un largo camino para llegar a ser, con el decurso de los siglos, la obra maestra y sublime que es en la actualidad. Si estéticamente es una obra maestra la estructuración de la santa misa, ¿qué diremos cuando la contemplamos con los ojos de la fe?

> De la carta encíclica "La Iglesia vive de la Eucaristía":
>
> 49. En el contexto de este elevado sentido del misterio, se entiende cómo la fe de la Iglesia en el Misterio eucarístico se haya expresado en la historia no sólo mediante la exigencia de una actitud interior de devoción, sino también *a través de una serie de expresiones externas*, orientadas a evocar y subrayar la magnitud del acontecimiento que se celebra. De aquí nace el proceso que ha llevado progresivamente a establecer *una especial*

reglamentación de la liturgia eucarística, en el respeto de las diversas tradiciones eclesiales legítimamente constituidas. También sobre esta base se ha ido creando un rico patrimonio de arte. La arquitectura, la escultura, la pintura, la música, dejándose guiar por el misterio cristiano, han encontrado en la Eucaristía, directa o indirectamente, un motivo de gran inspiración.

Así ha ocurrido, por ejemplo, con la arquitectura, que, de las primeras sedes eucarísticas en las *«domus»* de las familias cristianas, ha dado paso, en cuanto el contexto histórico lo ha permitido, a las solemnes *basílicas* de los primeros siglos, a las imponentes *catedrales* de la Edad Media, hasta las *iglesias*, pequeñas o grandes, que han constelado poco a poco las tierras donde ha llegado el cristianismo.

Las formas de los altares y tabernáculos se han desarrollado dentro de los espacios de las sedes litúrgicas siguiendo en cada caso, no sólo motivos de inspiración estética, sino también las exigencias de una apropiada comprensión del Misterio. Igualmente se puede decir de la *música sacra*, y basta pensar para ello en las inspiradas melodías gregorianas y en los numerosos, y a menudo insignes, autores que se han afirmado con los textos litúrgicos de la Santa Misa. Y, ¿acaso no se observa una enorme cantidad de *producciones artísticas*, desde el fruto de una buena artesanía hasta verdaderas obras de arte, en el sector de los objetos y ornamentos utilizados para la celebración eucarística?

Se puede decir así que la Eucaristía, a la vez que ha plasmado la Iglesia y la espiritualidad, ha tenido una fuerte incidencia en la «cultura», especialmente en el ámbito estético.

III

LA MISA DE LOS CATECUMENOS HASTA EL "GLORIA"

Las ceremonias de la misa actual son fusión de dos actos cultuales. Las dos partes que les corresponden tienen aún nombres distintos; la primera se llama "misa de los catecúmenos", la segunda "misa de los fieles".

"La misa de los catecúmenos". La denominación evoca por sí misma el ambiente del primitivo cristianismo. A esta parte de la misa podían asistir no solamente los bautizados; sino también los que se preparaban para abrazar el cristianismo y que, por consiguiente, eran todavía paganos. Llegaba hasta la predicación que seguía al Evangelio. Entonces el diácono invitaba a los no bautizados a que saliesen; y sólo después de partir ellos empezaba la misa propiamente dicha: "la misa de los fieles". La línea divisoria y la antigua independencia de las partes se distinguen aún hoy día. La

primera parte, la misa de los catecúmenos, no es otra cosa que la instrucción religiosa de los asistentes, su ilustración mediante la Sagrada Escritura y el sermón. Los principales elementos de esta parte aún hoy día son las dos lecturas de la Sagrada Escritura (la Epístola y el Evangelio) y la predicación que sigue a la lectura del Evangelio, que hoy día no se hace siempre en este punto de la misa, pero que en la Iglesia primitiva tenía aquí su puesto fijo.

Es muy interesante constatar *la historia y el desarrollo de esta parte preparatoria*.

Cuando la creatura se presenta ante el Creador lo primero que siente es su indignidad y la necesidad que tiene de tributarle el mayor homenaje. Los mismos paganos sentían que debían inclinarse con humildad ante Dios. Y conforme más sublime sea la acción que ha de realizar el hombre, tanto más profunda debe ser su humildad y tanto más pura ha de ser su persona. Se lee ya en el Antiguo Testamento: *"Los sacerdotes, asimismo, que se acercan al*

Señor, purifíquense" (Éxodo 19,22). ¿Quién subirá al monte del Señor? ¿O quién podrá entrar en su Santuario?, pregunta el SALMISTA, y contesta: *"El que tiene las manos limpias y puro el corazón"* (Salmo 23,3-4).

Esto sentían también los primeros cristianos, los cuales eran fuego de amor, pues estaban prestos a dar su vida hasta el martirio. Es la introducción a la santa misa.

Tienen interés especial a este respecto las llamadas "estaciones".

Al principio de algunas misas tienen los antiguos misales un epígrafe extraño que alude a una "estación". Y precisamente en las misas más antiguas figuran dichos epígrafes. Así, por ejemplo, en la misa de Nochebuena se lee éste: "Statio ad S. Mariam Maiorem". El epígrafe de la misa de los pastores, es decir, de la segunda misa de Navidad, es: "Statio ad S. Anastasiam". Y el de la tercera: "Ad S. Mariam Maiorem".

¿Qué cosa eran estas estaciones?

En ciertos días los cristianos se reunían antes de la santa misa en un templo determinado, pero no en el templo en que iba a celebrarse el sacrificio, sino en otro, y de éste partían luego hacia el sitio señalado para la misa. Era el templo de la "stacion". Rezaban las letanías en devota procesión, y cuando estaban para terminarlas llegaban al segundo templo. La última invocación era: "Kyrie Eleison". "Señor, ten piedad". Con estas palabras entraban en la iglesia. Acto seguido empezaba la santa misa con

oraciones, lección y Evangelio. Aún hoy día hay vestigios de ello en la sagrada liturgia. Los hay en la misa de Sábado Santo y de la vigilia de Pentecostés, que empiezan con oraciones, lecciones y Evangelio.

Por regla general la primera oración del celebrante es la que pronuncia *ante las gradas del altar*.

¿Cuál es el origen de esta oración?

Ya en el siglo V encontramos la costumbre de que fieles canten una parte de algún salmo u otro texto grado en consonancia con el pensamiento de la misa de aquel día, mientras el celebrante hace su entrada en el templo. De ahí el principio de la misa actual, el *"Introito"*, "entrada", nombre que nos recuerda precisamente la mencionada costumbre. Lo que corresponde a nuestro Introito se cantaba realmente al principio, mientras el celebrante hacía su entrada en el templo. Venía a ser como el prólogo de la misa, su tónica, o, si se quiere, empleando un término de la música: la obertura de la misa. El celebrante ya llegaba al altar, y el canto del Introito aun proseguía. Por esto se paraba el celebrante ante las gradas del altar, y durante el canto estaba rezando, profundamente inclinado. Al principio rezaba lo que quería. Pero más tarde se estableció la regla —que persiste aún— de *recitar el salmo 42*.

Este salmo lo escribió el rey David cuando huyó de sus enemigos y sintió en el fondo de su corazón la nostalgia de Jerusalén. Quería volver, asistir a los actos de culto en el templo de Dios, allí donde tanta alegría experimento en los días de su juventud: *"¿Por qué me desamparas? ¿Por qué tengo que andar afligido bajo la presión de mi enemigo? Envíame tu luz y tu verdad, que ellas sean mi guía y a tu santa montaña me conduzcan, al lugar donde habitas. Al altar de Dios me acercaré, al Dios de mi alegría"* (salmo 42, 2-4).

Son los sentimientos que nos embargan al acercarnos al altar del Señor. También nosotros llegamos al altar huyendo de la gran turba de los enemigos del alma, de las tentaciones seductoras, y confiadamente imploramos fuerzas y perseverancia.

El sacerdote sube a las gradas del altar y *lo besa*. El altar simboliza al mismo Cristo, de modo que este ósculo matutino, lleno de respeto, se dirige al Señor. Como si dijera: "Estoy aquí, Señor mío. Me presento para servirte. ¿Qué esperas de mí? ¿Qué he de hacer hoy por ti? ¿Cómo podré unirme más estrechamente con tu sagrado Corazón? ¿Cómo podré cumplir hoy tu santísima voluntad?"

La Iglesia siente que no podemos acercarnos a celebrar estos sagrados misterios con el alma impura. De ahí que mande recitar después la confesión pública de los pecados: “Yo confieso (*Confiteor*) ante Dios todopoderoso y ante vosotros hermanos, que he pecado mucho, de pensamiento, palabra y obra; por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa, por eso ruego a la bienaventurada Virgen María, a los santos...”

Confesión humilde, sincera, contrita, que purifica el alma. El sacerdote y los fieles reconocen la propia debilidad, pero tienen puesta su confianza en la gracia de Dios. Saben que no pueden fiarse de sí mismos, que han de apoyarse en Él.

Después dirige dos palabras al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Por tres veces recita, alternando con los fieles, la súplica: “Señor ten piedad”, tres veces, “Cristo ten piedad”, tres veces “Señor ten piedad”.

También se puede decir en griego: “Kyrie eleison”, “Christe eleison”, “Kyrie eleison”. Es el único texto griego que se recita en la misa latina, lo que indica cuán antiguo es, pues pasó de la liturgia de la Iglesia oriental a la liturgia de la Iglesia latina. No puede faltar en ninguna misa. En algunas falta el “Gloria”, en otras no hay Credo, pero en todos figura el “Señor, ten piedad; Cristo, ten piedad; Señor, ten piedad.”. El llamado *Kyrie.*

¡Qué emocionantes recuerdos ocultan estas breves palabras! *Hablan de la confesión valiente de la fe de los primeros cristianos*.

Recordemos lo que era el Imperio Romano: desde el Sahara hasta Escocia, del Océano Atlántico hasta el mar Caspio. El poderoso dueño de este imperio inabarcable era llamado “*Kyrios*” Todos consideraban muy natural entonces que este Kyrios, este Señor, recibiese el honor propio de la divinidad: se le ofrecían incienso, sacrificios, adoración.

¡Espantosa aberración del espíritu humano! Lo monstruoso no es que un loco como Calígula se creyese dios, sino que todo el imperio llegase a adorar a este dios. La adoración del emperador era un deber cívico. Por tanto, el que rehusaba prestar culto ante los altares dedicados al emperador pasaba como ateo y rebelde. ¿Es posible imaginamos degradación más dolorosa de la dignidad humana, que la de tener que adorar como dios a aquel mismo que era odiado como un tirano sanguinario? Y todos le adoraban...

Menos los cristianos. Ellos le rendían tributo de obediencia cívica por ser el emperador, pero no como culto divino.

¡Cuánto les costó su valerosa confesión de fe! Perdían la vida decenas de millares y decenas de millares iban al destierro para trabajar como

esclavos en las minas de las provincias lejanas. ¡No importa! Para ellos no había más que un solo *Kyrios*: ¡Cristo!, Dios. Todas las veces que pronunciaban estas palabras se jugaban la cabeza. No importa. El peligro no les hacía enmudecer.

Nosotros, cuando pronunciamos estas mismas palabras en la santa misa, ¿sentimos el valor que ellas encierran, el coraje por confesar la fe, aun a costa de estar dispuesto a morir?

¿Pronunciamos estas palabras con la fe con que las pronunciaron la mujer cananea cuando suplicaba al Señor por su hija enferma? (Mateo 15, 22) ¿O con la fe del ciego de Jericó (Mateo 20,30), o de los leprosos que fueron milagrosamente curados? También a nosotros nos aqueja la enfermedad... ¡Señor, ten piedad de nosotros! También nosotros estamos ciegos... ¡Cristo, ten piedad de nosotros! También nuestra alma se ve roída por la lepra del pecado... ¡Señor, ten piedad de nosotros!

Mucha gente se inclina ante los falsos dioses, pero nosotros no conocemos otro Señor, otro Dios que el que está en los cielos, ¡solamente a Ti, Dios eterno! Tú eres el único Señor, el único *Kyrios*. Kyrie eleison...

* * *

Hemos llegado al principio de la misa de los catecúmenos, y ya sentimos con qué fuerza puede cambiar nuestra alma. También a nosotros nos puede pasar algo semejante a lo que cuenta la leyenda del monje de Heisterbach. Un día se quedó dormido durante mil años, cuando se despertó y salió a la calle, notó con sorpresa que los transeúntes eran todos desconocidos, y hablaban una lengua completamente distinta a la suya.

También nosotros, si asistimos con toda el alma a la santa misa, notaremos dolorosamente al salir que los que nos rodean hablan un lenguaje distinto, que tienen un modo de pensar diferente, que no caen en la cuenta en muchos casos de sus propios pecados, que no imploran la misericordia divina, y que apenas procuran la gloria del Señor. Y sentiremos que somos responsables de introducir en el mundo la contrición por los propios pecados (Confiteor), la súplica confiada (Kyrie), la alabanza divina (Gloria), y la confesión de fe de la Iglesia (Credo).

Nos llenamos de Dios en la santa misa; en ella recibimos al mismo Dios. Llevémosle y démosle a conocer a este mundo, que vive tan olvidado de Él. *Porque no habrá paz en el mundo hasta que todos los pueblos no supliquen con humildad: ¡Señor, ten piedad!, ¡Cristo; ten piedad! ¡Señor, ten piedad de nosotros!*

CAPÍTULO IX

LAS PARTES DE LA SANTA MISA (II)

Jesucristo ayer y hoy es el mismo por los siglos de los siglos... Por Él elevemos continuamente un sacrificio de alabanza a Dios, es decir, el fruto de los labios que bendicen su Nombre... Y el Dios de la paz que resucitó de entre los muertos al gran pastor de las ovejas, nuestro Señor Jesús, por la sangre de la alianza eterna, os haga perfectos en toda obra buena para hacer su voluntad, obrando Él en vosotros lo que es grato a sus ojos, por medio de Jesucristo a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

(Carta a las Hebreos 13: 8, 15, 20,21)

Llegamos en el capítulo anterior hasta el "Kyrie eleison", que pertenece todavía a la primera parte de la misa de los catecúmenos. Las ceremonias que siguen son a cual más hermosas; hemos de explicarlas antes de pasar al estudio de la "misa de los fieles".

I

LA MISA DE LOS CATECÚMENOS *(Continuación)*

Después del "Señor ten piedad" resuena el canto angélico, el "Gloria", *una de las más hermosas oraciones de alabanza.* Debemos alabar a Dios. El que sólo piensa en Dios cuando sufre una desgracia, no da muestra de amarle demasiado.

Cuando todo nos va bien y nos sonríe, cuando gozamos de paz y estamos felices... ¿le damos gracias a Dios? ¿Le cantamos himnos de alabanza y de júbilo cuando experimentamos Su omnipotencia, santidad y sabiduría? ¿Le ensalzamos por sentirnos sus hijos?

Porque ésta es una de las más hermosas oraciones, la que quiere significar el *"Gloría"*: "Te alabamos. Te bendecimos. Te adoramos. Te glori-

ficamos. Te damos gracias... Porque Tú sólo eres Santo. Tú solo Señor. Tú solo Altísimo Jesucristo.”

El sacerdote levanta los brazos al empezar el Gloria pero debe levantar mucho más el alma. Se siente inundado de gozo, del gozo que sentían los ángeles de Belén al cantar el “Gloria” por primera vez en la noche de Navidad. Siente que sus palabras suben hasta el Cielo para alabar al Dios omnipotente.

El que Cristo sea Dios y Mediador entre el cielo y la tierra, el que haya expiado nuestros, ¿puede expresarse de una manera más solemne y amorosa que con el *Gloria*? ¿Y cuándo podremos encontrar más paz que cuando rezamos este himno de alabanza? Hermano..., si te sientes desasosegado... si te atenaza tu falta de fe... cierra los ojos en la santa misa, inclina la cabeza y reza con el sacerdote: Gloría a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad.

Hay un rasgo peculiar en el texto del Gloria: está redactado en plural. “Te alabamos. Te bendecimos. Te adoramos”... siempre plural. Es un rasgo que se repite después en muchas partes de la santa misa. ¿Qué significa este plural? Que la misa no es una devoción privada, sino el culto oficial de la comunidad de la Iglesia. En la santa misa el sacerdote y los fieles se unen en comunión fraternal y rezan conjuntamente.

De ahí que el sacerdote siga rezando en plural: *“Oremos”*, *“oremos hermanos”, “demos gracias al Señor Dios nuestro”*... Sí, el celebrante y todos los asistentes se unen, y como una sola gran familia se postran ante el Padre común que está en los cielos. ¿Puede haber mayor hermandad? *La Eucaristía es vínculo de caridad.*

Y el Padre celestial, el Dios omnipotente no lo sentimos distante. Está muy cerca de nosotros, en medio de nosotros. Es lo que testimonian las palabras del celebrante poco después del “Gloria”: *“El Señor esté con vosotros”* (Dominum vobiscum), saludo afectuoso, sencillo, consolador y a la vez profundo. Lo repetirá varias veces en la misa.

Jesucristo es el quicio y centro de toda la humanidad y de todo el mundo, el alfa y omega; todo hombre ha de tomar postura en favor suyo o en su contra.

“Sin Él no se ha hecho cosa alguna de cuantas han sido hechas” (Juan 1,3) *“Él es la imagen perfecta del Dios invisible”* (Colosenses 1,15). *“En Él tienen el ser todas las cosas y todas subsisten por Él”* (Col. 1,15). De modo que todo nuestro anhelo y esfuerzo ha de ser que todos los hombres que hay en el cielo y sobre la tierra se unan a Cristo, a su Cabeza.

Y he ahí el hermoso saludo del sacerdote que dirige a los fieles: “El Señor esté con vosotros. ¡Cristo esté siempre con vosotros y vosotros también estéis siempre con Cristo! ¡Vosotros y Cristo, en unión indisoluble! No se trata de un mero augurio, sino de una realidad santa. Sabemos que tras la figura visible del sacerdote está el Cristo invisible; que no importa que el celebrante sea el Papa o un joven párroco de una pequeña aldea... no importa: allí está Cristo; y cuando el celebrante con las dos manos extendidas saluda a los fieles, es el mismo Cristo quien saluda a los que asisten a la misa. Es Él quien dice “El Señor esté con vosotros”, es Él quien bendice, es Él quien consuela, conforta y cura.

¡El Señor esté con vosotros! No temáis ante cualquier percance que tengáis en la vida: con vosotros está el Señor, y nunca os encontráis solos ni abandonados.

Los fieles contestan a este saludo: *“Y con tu espíritu”*. Lo exige la cortesía, lo exige el amor. Sí, el Señor esté también contigo, hermano sacerdote; tú también tienes gran necesidad de su auxilio, para cumplir dignamente tu misión.

Así se transforma cada respuesta *“y con tu espíritu”* en una oración de los fieles por su sacerdote.

Después sigue la oración de la misa del día y a continuación la Epístola y el Evangelio. La Epístola se llama “Lectura” (lectio), porque introduce el texto bíblico que vamos a leer con la palabra “lectura...” (de tal o cual libro de la Sagrada Escritura). El texto se toma de los libros de la Biblia que no sean los Evangelios. Al principio los libros sagrados se leían seguidos, pero más tarde, a medida que fueron multiplicándose las fiestas, se señalaron pasajes especiales para cada día.

¡Con qué recogimiento y emoción escucharían los primeros cristianos la palabra, los consejos, las enseñanzas de los profetas y de los apóstoles que les hablaban por medio de aquellas lecturas!

El respeto a la divina palabra se intensificaba todavía más después de la “lectura”, después de leerse los profetas y los apóstoles, cuando se pasaba a la “buena nueva”, al Evangelio. Por medio de los Evangelistas hablaba el mismo Señor a los fieles. Por eso expresamos nuestro respeto poniéndonos de pie en tan solemne momento.

Todos conocemos la emoción y la solemnidad excelsa con que tributa la Iglesia al canto del Evangelio en la misa solemne. El diácono pide la bendición antes de empezar el canto, arden a su derecha e izquierda, junto

al libro del Evangelio, los cirios; honramos el mismo libro con el perfume del incienso...

Así ha de ser. Parece como si una corriente eléctrica nos atraviesa, al oír la "buena nueva", el "Evangelio", de labios del diácono: "Lectura del Santo Evangelio...".

Y no solamente oímos, sino que nos parece ver a Cristo que se dirige a nosotros. Y contestamos: *"Gloria, a ti, Señor"*. Y al final también decimos: *"Te alabamos Señor, Jesucristo"*.

Aquí acaba la misa de los catecúmenos y comienza la misa de los fieles.

II

LA MISA DE LOS FIELES HASTA EL CANON

La primera parte de la misa de los fieles es *el ofertorio*, es decir, la ofrenda de los dones.

Es muy ilustrativa la historia del ofertorio. En los primeros siglos del cristianismo los fieles iban en larga procesión al altar y entregaban sus dones para la misa. Ofrecían pan y vino, pero también otras cosas: aceite, lino, trigo, cera, frutas, oro.

Después de recibir los dones el celebrante escogía de los mismos lo necesario para el sacrificio y —puesto que durante la colecta las manos del sacerdote se habían ensuciado— antes de proseguir la misa, se las lavaba. Hoy día al lavatorio de las manos le atribuimos un sentido espiritual: ¡cuán puro ha de ser aquel que se acerca al altar del sacrificio!

Como es obvio, la Iglesia procuró por medio de esta ofrenda material animar espiritualmente a los fieles a que estuviesen prontos para el sacrificio, de suerte que la ofrenda exterior fuese símbolo y expresión del espíritu interior de sacrificio con que el creyente asistía al sacrificio de Cristo.

He indicado que los fieles no sólo daban lo necesario para la santa misa, sino algunas otras ofrendas. Con este plus contribuían por una parte al sustento del sacerdote y, por otra, a las obras de caridad. Oían resonar constantemente en sus almas las palabras dichas por el SEÑOR a sus Apóstoles: *"Quien a vosotros recibe, a mí me recibe"* (Mateo 10,40). Y las de SAN PABLO: *"¿No sabéis que los que sirven en el templo se mantienen de lo que es del templo?"* (I Corintios 9,13). Y les parecía percibir también las palabras del SEÑOR respecto de los pobres: *"Cualquier cosa*

que hiciereis uno de estos mis más pequeños hermanos, conmigo lo hicisteis" (Mateo 25,40).

Pero a medida que iba aumentando el número de los fieles, se alargaba y se alargaba la entrega de las ofrendas durante la misa. De ahí que gradualmente se impuso la costumbre de ofrendar sólo dones monetarios, y los que por algún motivo no podían asistir a la misa, enviaban su contribución. Así empezó la doble costumbre que rige hoy día: *la colecta que se hace durante la santa misa*, *y el llamado estipendio*, que entrega aquel que quiere se celebre una misa a su intención.

Son muchos los que no entienden rectamente el significado del estipendio. Quiero subrayar que con el mismo no "compramos una misa" ni "nos suscribimos" a la misma. La misa tiene frutos de que participa toda la Iglesia militante y purgante. Pero tiene otros — como, por ejemplo, los de imprecación y propiciación—que el celebrante puede aplicar a vivos y difuntos, teniendo en cuenta les intenciones de quien encarga la misa.

De esta manera es posible ofrecer la santa misa por una persona viva, enferma o fallecida, mientras la intención sea honesta, y como señal de esta intención, se entrega el estipendio, para contribuir así al sustento del sacerdote. De modo que no se trata de "pagar" la misa, ni de "abonarse" a la misma, sino que es una forma nueva de la antigua costumbre de ofrecer dones en especie.

Examinemos la manera como se hace actualmente el ofrecimiento en la santa misa. *Lo primero es la oblación de la hostia*. La hostia no requiere preparación alguna; esta allí en la pequeña patena dorada. El celebrante la levanta, mira un momento el crucifijo, y después pronuncia la oración: "Bendito, seas, Señor, Dios del universo, por este pan, fruto de la tierra y del trabajo del hombre, que recibimos de tu generosidad y ahora te presentamos, él será para nosotros pan de vida."

No dejemos pasar este momento sin poner también nosotros en la patena del celebrante, ofreciéndoselos a Dios, todos los combates, las tristezas y pruebas de la vida diaria.

Después de la ofrenda de la hostia sigue la del vino. Pero antes hay que preparar el cáliz. El celebrante vierte vino en él y mezcla con el vino algunas gotas de agua. Antes bendice el agua con una oración que pronuncia el sacerdote interiormente en secreto: "El agua unida al vino sea signo de nuestra participación en la vida divina de quien ha querido compartir nuestra condición humana".

El vino simboliza a Cristo; por esto no se le bendice antes de verterlo en el cáliz. En cambio el agua que se mezcla con el vino simboliza a la humanidad, y esta necesita en gran manera la gracia divina; por esto hay que bendecirla. Al mezclar el agua —que nos representa a nosotros— con el vino —que simboliza a Cristo—, suplicamos con humildad al Señor que se revistió de nuestra humanidad, que así como un día tomó naturaleza humana, así también nosotros podamos participar de su vida divina.

De modo que este rito expresa una realidad sublime: la unión del hombre con Dios. "La gota diminuta absorbida por el vino de la misa, soy yo. Y este vino se trueca en sangre del Hombre Dios. Y éste es substancialmente uno con la Trinidad augusta. El hombre de esta manera se ve arrastrado por la corriente de vida de la augusta Trinidad." (MERCIER.),

¡Es algo asombroso! El fin de toda nuestra vida es que Cristo viva en nosotros y nosotros vivamos en Él. Por eso todos nuestros trabajos, oraciones, anhelos y sufrimientos tienen valor de eternidad.

Después el celebrante toma el cáliz y manteniéndolo un poco elevado sobre el altar, dice: "Bendito seas, Señor, Dios del universo por este vino, fruto de la vid y del trabajo del hombre, que recibimos de tu generosidad y ahora te presentamos; él será para nosotros bebida de salvación". Y el pueblo responde: "Bendito seas por siempre, Señor".

¡Qué profundo simbolismo! ¿Qué representa el pan, el pan cotidiano? Representa todos nuestros trabajos, sudores, nuestros pesares y sufrimientos. Y ¿qué significa el vino? La alegría de la vida. Por tanto, ofrecer el pan y el vino a Dios en la santa misa significa colocar en sus manos todos nuestros pesares y alegrías, toda nuestra jornada, toda nuestra vida. Nos entregamos por completo a Él.

Después del ofertorio viene *el lavatorio de las manos*. El sacerdote, de pie a un lado del altar, se lava las manos, diciendo en secreto: *"Lava todo mi delito, Señor, limpia mi pecado"*.

¡Las manos! ¡Nuestras manos! ¡Cuánto bien y cuánto mal se esconde en las manos!, y ¡cuánto dolor y cuánta alegría pueden causar las manos! ¡Cuánto dolor si las manos son pecadoras, y cuánta alegría si son santas! ¿Qué sería el mundo si por lo menos el domingo, el día del Señor, se purificasen todas las manos? ¿Si se purificasen de toda mancha, avaricia, impureza, dureza de corazón? ¿Si todos pudieran enseñar a Dios las manos con la conciencia tranquila y sin tener que ruborizarse?... ¡Cuán distinta sería la vida en esta tierra!...

Si, limpia, Señor, mis manos, así como mi alma. Todo lo mío...

Después del ofertorio y del lavatorio de las manos llegamos a la gran oración de alabanza: *el Prefacio*.

“Levantemos el corazón” (Sursum corda), exclama el sacerdote dirigiéndose a los fieles. *“Lo tenemos levantado hacia el Señor”*, es la respuesta. *“Demos gracias al Señor, nuestro Dios”*, prosigue el celebrante. *“Es justo y necesario”*, contestan los fieles.

¡Qué alegría y qué elevación de espíritu, qué adoración y homenaje se encierran en estas palabras!

Entonces empieza el celebrante la sublime oración de alabanza que lleva el nombre de Prefacio.

La melodía misma con que se canta en la misa solemne es de una dignidad insuperable e invita a la oración. Mozart dijo en cierta ocasión que daría todas sus composiciones por poder ser el autor de esta melodía.

¿Y qué decir del texto? ¡En el Misal actual hay diferentes Prefacios para las diferentes solemnidades! Transcribimos uno. ¿Quién no siente el regocijo y júbilo con que la Iglesia rinde homenaje al Dios omnipotente y eterno?

“En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, por Cristo nuestro Señor. A quien hiciste fundamento de todo y de cuya plenitud quisiste que participáramos todos. El cual, siendo Dios, se anonadó a sí mismo, y por su sangre derramada en la cruz, puso en paz todas las cosas. Y así constituido Señor del universo, es fuente de salvación eterna para cuantos creen en él. Por eso, con los ángeles y los arcángeles y con todos los coros celestiales, cantamos sin cesar el himno de tu gloria: Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo. Llenos están los cielos y la tierra de tu gloria. Hosanna en el cielo. Bendito el que viene en nombre del Señor. Hosanna en el cielo.” (Prefacio común I)

* * *

En este punto de la misa parece como si nos encontrásemos entre los ángeles, olvidados de todo lo mezquino y terreno. El texto que sigue, llamado Canon, no cambia nunca, es siempre el mismo. Las oraciones que le preceden, las lecturas y el Evangelio cambian según el tiempo litúrgico o la fiesta; mas no cambia el Canon. Desde los tiempos de los primeros cristianos la Iglesia espera con el mismo texto la llegada del Salvador, que se hace presente en medio de nosotros.

Casi toda esta parte la reza el sacerdote en voz baja. Lo que precede lo recita en gran parte alternando con el pueblo, pero esta parte de la misa parece que se separa del pueblo, para entrar en el Santo de los Santos, donde se halla a solas con el Señor. A solas, como Moisés en el monte Sinaí. Se acerca el momento emocionante de la transubstanciación, en que el altar se transforma de repente en Belén y Gólgota, en pesebre y cruz. Este momento, en que el Señor vuelve a bajar en medio de nosotros, está rodeado de un silencio tan profundo, como el que debía reinar en la noche de Navidad, cuando bajó a nosotros por vez primera el Verbo encarnado.

Dichosos nosotros que podemos visitar todos los días a Nuestro Señor Jesucristo, que se hace presente entre nosotros en la santa misa. Se cumplen en nosotros las palabras de JESUCRISTO: *“En verdad os digo que yo mismo estaré siempre con vosotros hasta la consumación de los siglos”* (Mateo 28,29)

¡Qué inaudito privilegio! Podernos arrodillar todos los días ante Nuestro Señor Jesucristo, en el momento sublime en que se hace presente nuevamente en medio de nosotros.

De la carta encíclica “La Iglesia vive de la Eucaristía”:

1. La Iglesia vive de la Eucaristía. Esta verdad no expresa solamente una experiencia cotidiana de fe, sino que encierra en síntesis *el núcleo del misterio de la Iglesia*. Ésta experimenta con alegría cómo se realiza continuamente, en múltiples formas, la promesa del Señor: «He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (*Mt* 28, 20); en la sagrada Eucaristía, por la transformación del pan y el vino en el cuerpo y en la sangre del Señor, se alegra de esta presencia con una intensidad única. Desde que, en Pentecostés, la Iglesia, Pueblo de la Nueva Alianza, ha empezado su peregrinación hacia la patria celeste, este divino Sacramento ha marcado sus días, llenándolos de confiada esperanza.

Con razón ha proclamado el Concilio Vaticano II que el Sacrificio eucarístico es «fuente y cima de toda la vida cristiana». «La sagrada Eucaristía, en efecto, contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, nuestra Pascua y Pan de Vida, que da la vida a los hombres por medio del Espíritu Santo».

Por tanto la mirada de la Iglesia se dirige continuamente a su Señor, presente en el Sacramento del altar, en el cual descubre la plena manifestación de su inmenso amor.

CAPÍTULO X

LAS PARTES DE LA SANTA MISA (III)

Llegada la hora de la cena, se puso a la mesa con sus apóstoles, y les dijo: Ardientemente he deseado comer este cordero pascual con vosotros, antes de padecer. Porque os digo que no volveré a comerlo otra vez hasta que tenga su cumplimiento en el reino de Dios.

Tomó entonces un cáliz, dio gracias y dijo: Tomad y repartidlo entre vosotros, porque os aseguro que ya no beberé más el producto de la vid, hasta que llegue el reino de Dios.

Tomó luego pan, dio gracias, lo partió y se lo dio diciendo: Esto es mi cuerpo, que por vosotros es entregado. Haced esto en memoria mía.

Del mismo modo tomó el cáliz, después de haber cenado, diciendo: Este cáliz es la nueva alianza sellada con mi sangre, que se derrama por vosotros.

(Evangelio de San Lucas 22, 14-20.)

Un furioso huracán envolvió a un navío en alta mar. Las olas, azotadas por el viento, echaban montes de espuma y zarandeaban a su antojo la armadura del buque, el cual crujía y gemía, débil juguete de los elementos... los pasajeros, desesperados, ya creían ver abierta la tumba sin fondo del océano que todo lo traga... cuando en el último momento uno de ellos tuvo una idea genial. Cogió en brazos a su hijito, que no tenía más que un año, lo levantó en alto y mirando hacia el cielo, exclamó gritando: ¡Padre nuestro, nos castigas por nuestros pecados, justo lo merecemos! Pero mira a este niño inocente; por amor a éste, ¡ten piedad de nosotros!...

Dondequiera que haya un templo católico, dondequiera que se celebre el santo sacrificio de la misa, se repite día tras día la misma escena... pero de una manera mil veces más sublime. Los hombres, cruelmente zarandeados por la tempestad de la vida, rodean el altar en que se celebra la santa misa: se sienten quebrantados por la desgracia, fatigados por las tentaciones, encorvados bajo el peso sus pecados... Pero llega el momento

conmovedor de la Elevación; los sacerdotes levantan en alto al Hijo de Dios encarnado que acaba de hacerse presente nuevamente entre nosotros, y suplicantes se dirigen al cielo: Padre nuestro, nos castigas en justicia, nosotros no merecemos tu misericordia. Pero mira tu Hijo único, inocente, santo... por amor a Él ten piedad de nosotros...

Llegamos al momento más importante de la santa misa, al centro de la misma: la Consagración.

Hablando con rigor, en este momento se cifra toda la misa; lo que la precede y lo que la sigue, no forman más que su marco, son el engarce en que la Iglesia coloca el diamante celestial. Todo en la misa prepara este momento o lo continúa y termina. Toda la misa y todas las ceremonias convergen en este único momento: la Consagración. Para ella fueron hechos todos los altares. Por ella viven todos los sacerdotes. Por ella está toda la Iglesia católica. Todo por este momento sublime, para el cual nos hemos ido preparado con amor cada vez más creciente, con oraciones cada vez más fervientes.

I

LA CONSAGRACIÓN

Miremos el altar en este momento sublime.

Lo primero que nos cautiva es el silencio que reina en todo el templo.

Cesa todo ruido, todo se calla. El celebrante consagra en voz baja, y después el sonido argentino de la campanilla anuncia que el mismo Cristo otra vez ha bajado a nuestro mundo.

Sí: la oración del mudo silencio es la que mejor armoniza con el acontecimiento inefable que se desarrolla ante nosotros.

Pero ¿cómo? ¿Es posible rezar en silencio, sin proferir ninguna palabra?

¡Por supuesto! Aún más, en los momentos de más sublimes ni siquiera se puede rezar de otra manera. Cuando encontramos palabras con que expresar nuestros sentimientos, es que estos no han alcanzado su máxima exaltación. Mas cuando llegan a su punto máximo las palabras empiezan a faltarnos... Así es como nos detenemos, en silencio, para contemplar, una majestuosa catedral, o una bella aurora, o una cumbre nevada... Y cuanto más sublime es el acontecimiento que presenciamos, más en consonancia estará con el mismo el mudo silencio. La Iglesia llama explícitamente al

Santísimo Sacramento “Sacramento admirable”. Admirémoslo, pues, y no nos hartemos nunca de asombrarnos.

¡Cuán extraño es este silencio —insistirá alguno— en el momento más sublime de la misa! ¿No sería lo más natural que la Iglesia entonase precisamente en este momento sus más vibrantes cánticos de alabanza? Nuestra liturgia se complace tanto con los cánticos. ¿Cómo se comprende este silencio? Ah, sí. Es que acontece algo que no se puede expresar con palabras, ni con canto alguno: no nos queda más que la muda admiración.

Únicamente se oye la voz temblorosa de la campanilla como si nos dijera: ¡Hombres, no olvidéis a que os obliga la muerte de Cristo que en este momento se renueva místicamente! Os obliga a morir ascéticamente a vosotros mismos, dando muerte al hombre viejo del que habla SAN PABLO: *“¿Ignoráis que cuando fuimos bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados en su muerte? Fuimos, pues, sepultados juntamente con Él por medio del bautismo muriendo al pecado, a fin de que así como Cristo fue resucitado de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros caminemos en una nueva vida”* (Romanos 6,3-4).

Nada mejor que la santa misa para estar sepultados con Cristo. Ir a misa significa acompañar a Cristo al Calvario, morir en la cima del monte con Cristo y sepultar al hombre viejo en el sepulcro de Cristo. Por tanto, en el momento silencioso de la transubstanciación todos morimos, no para quedarnos muertos, sino para resucitar a una nueva vida. *“Nosotros sabemos que hemos sido trasladados de la muerte a la vida”* (I Carta Juan 3,14), y a una vida nueva, sobrenatural. Así como no hay misa sin transubstanciación, tampoco hay verdadera vida cristiana sin la transformación del hombre viejo: en la misa la pequeña hostia se transforma en cuerpo de Cristo, y el hombre viejo ha de transformarse en imagen viva de Jesucristo.

Por todas estas cosas ya se ve *cómo hemos de comportarnos durante la Elevación.*

Hemos de estar de rodillas, en actitud humilde.

De rodillas. Ésta es la postura más adecuada cuando se está ante el Santísimo Sacramento. Se comprende. No es posible soportar de pie un misterio tan tremendo; este misterio nos obliga imperiosamente a postrarnos, a hincarnos de rodillas. Unas breves palabras pronunciadas sobre la hostia, y en el mismo momento esta hostia viene a contener el tesoro mayor de todo el universo. Si tuviésemos ojos no turbados por las leyes de la materia, si pudiésemos ver con mirada supraterrena, veríamos como una legión de ángeles bajan en el momento de la transubstanciación y rodean la

Hostia y la adoran llenos de temor santo y asombro jubiloso, ante tamaña humillación de su Señor y Rey. Se pone en movimiento todo el cielo... y nosotros, hombres, ¿vamos a permanecer impasibles?

¡De rodillas ante la Hostia! Y más aún, *en actitud humilde*.

Del Cuerpo místico, que llamamos Iglesia, Cristo es la Cabeza y nosotros los miembros. En los días laborables viven esparcidos los miembros, uno acá, otro allá, cada cual en su oficio. Pero los domingos se congregan todos para la santa misa... no faltan más que las ramas secas que se han desprendido. Los demás todos están presentes. Vienen a saludar a la Cabeza, que en estos momentos santos se hace realmente presente en medio de nosotros.

Vienes, oh Cristo, a nosotros, y nosotros venimos a ti. Y mientras allá fuera, en el mundo, se declaran unos a otros la guerra, nosotros, ante el misterio augusto del Santísimo Sacramento, nos sentimos hermanos, todos, sin excepción: el rico y el pobre, el docto y analfabeto; el técnico y el obrero, el blanco y el negro, y se truecan en realidad las palabras del salmo: *"¡Oh; cuán buena y cuán dulce cosa es vivir los hermanos unidos!"* (Salmo 132,1).

En cuanto termina la consagración el sacerdote exclama: *"Este es el misterio de nuestra fe"*. El pueblo no puede soportar ya la tensión sublime y contesta jubiloso: *"Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, ¡Ven, Señor Jesús!"*. O bien: *"Por tu cruz y resurrección, nos has salvado, Señor"*.

¡Él viene para estar con nosotros! Él viene para ser entre nosotros *"vínculo de caridad"*.

De la carta encíclica "La Iglesia vive de la Eucaristía":

5. «*Mysterium fidei!* – ¡Misterio de la fe! ». Cuando el sacerdote pronuncia o canta estas palabras, los presentes aclaman: «Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, ¡ven Señor Jesús!».

Con éstas o parecidas palabras, la Iglesia, a la vez que se refiere a Cristo en el misterio de su Pasión, *revela también su propio misterio: Ecclesia de Eucharistia*. Si con el don del Espíritu Santo en Pentecostés la Iglesia nace y se encamina por las vías del mundo, un momento decisivo de su formación es ciertamente la institución de la Eucaristía en el Cenáculo. Su fundamento y su hontanar es todo el *Triduum paschale*, pero éste está como incluido, anticipado, y «concentrado» para siempre en el don eucarístico. En este don, Jesucristo entregaba a la Iglesia la actualización pe-

renne del misterio pascual. Con él instituyó una misteriosa «contemporaneidad» entre aquel *Triduum* y el transcurrir de todos los siglos.

Este pensamiento nos lleva a sentimientos de gran asombro y gratitud. El acontecimiento pascual y la Eucaristía que lo actualiza a lo largo de los siglos tienen una «capacidad» verdaderamente enorme, en la que entra toda la historia como destinataria de la gracia de la redención. Este asombro ha de inundar siempre a la Iglesia, reunida en la celebración eucarística. Pero, de modo especial, debe acompañar al ministro de la Eucaristía. En efecto, es él quien, gracias a la facultad concedida por el sacramento del Orden sacerdotal, realiza la consagración. Con la potestad que le viene del Cristo del Cenáculo, dice: «Esto es mi cuerpo, que será entregado por vosotros... Éste es el cáliz de mi sangre, que será derramada por vosotros». El sacerdote pronuncia estas palabras o, más bien, *pone su boca y su voz a disposición de Aquél que las pronunció en el Cenáculo* y quiso que fueran repetidas de generación en generación por todos los que en la Iglesia participan ministerialmente de su sacerdocio.

II

DESPUÉS DE LA CONSAGRACIÓN, HASTA LA COMUNIÓN

Una de las oraciones que el celebrante pronuncia siguiendo a la transubstanciación es *"el momento de los difuntos"*.

Nuestros familiares y amigos queridos ya fallecidos desaparecieron de nuestros ojos, pero están presentes a los ojos de Dios. A medida que pasan los años va alejándose de nosotros, su recuerdo se desvanece cada vez más. Y sin embargo ellos siguen viviendo. Viven y esperan de nosotros lo que por sí mismos no pueden lograr.

Nosotros podemos ayudar a los seres amados que nos dejaron. Por eso corazón materno de la Iglesia hace rezar al celebrante en cada misa por el alma de los fieles difuntos. Así dice el celebrante: "Acuérdate también, Señor, de nuestros hermanos que se durmieron en la esperanza de tu resurrección, y de todos los que han muerto en tu misericordia; admítelos a contemplar la luz de tu rostro. Ten misericordia de todos nosotros y así, con María la Virgen Madre de Dios, los apóstoles y cuantos vivieron en tu amistad a través de los tiempos, merezcamos, por tu Hijo Jesucristo compartir la vida eterna y cantar tus alabanzas".

¡Qué esplendorosa manifestación de hermandad!

Se demuestra de nuevo como la Eucaristía es vínculo de caridad.

Viene después el *Padrenuestro*, la más profunda y sublime oración de esta parte de la santa misa. Delante nosotros, sobre el altar, esta Cristo que se sacrifica por nosotros; y en esta parte importante de la santa misa es donde la Iglesia ha colocado la oración dominical. Son interesantes las palabras con que la preludia: *"Fieles a la recomendación del salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir: Padrenuestro..."*

¡Qué amor filial se revela en estas palabras! Así ha de ser. Es ésta la única oración que hemos aprendido directamente de Jesucristo. La Iglesia desde los primeros momentos la conservó como un precioso tesoro y la guardó de toda profanación.

"Fieles a la recomendación del salvador"; como si la Iglesia se excusase: Nosotros, pobres hombres, no nos atrevemos a pronunciar esta oración, no tenemos tanta confianza como para hacerlo. ¿Cómo osar llamar Padre nuestro a Dios, Señor omnipotente de cielos y tierra?... Mas lo hacemos por mandato expreso de Jesucristo. Dentro de unos momentos recibiremos todos el cuerpo del Señor: ahora, por tanto, antes del banquete común, recitamos la bendición de mesa, el Padrenuestro.

Después viene *el momento de la paz*. "La paz del Señor esté siempre con vosotros." ¡Paz!; Sí, ¡la paz tan ansiada por el hombre! Y he ahí que en el altar está presente el que dijo de sí mismo: *"La paz os dejo; mi paz os doy; no como os lo da el mundo os la doy"* (Juan 14,27). *"Venid a mi todos los que andáis cansados y agobiados, que yo os aliviare, y hallaréis reposo para vuestras almas"* (Mateo 11,28). Sí, danos la paz, Señor.

Sigue *la fracción del pan*. En este momento se rompía el pan del sacrificio, para poderlo llevar a los enfermos y a los presos, y darles la comunión. El celebrante parte en dos la santa hostia, después coge un pequeño fragmento de una de las partes y lo introduce en el cáliz, en la sangre sacratísima.

De la carta encíclica "La Iglesia vive de la Eucaristía":

18. La aclamación que el pueblo pronuncia después de la consagración se concluye oportunamente manifestando la proyección escatológica que distingue la celebración eucarística: *«... hasta que vuelvas»* (cf. *1 Co* 11, 26). La Eucaristía es tensión hacia la meta, pregustar el gozo pleno prometido por Cristo; es, en cierto sentido, anticipación del Paraíso y «prenda de la gloria futura». En la Eucaristía, todo expresa la confiada espera: «mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo». Quien se alimenta de Cristo en la Eucaristía no tiene que esperar el más allá para recibir la vida eterna: *la posee ya en la tierra* como primicia

de la plenitud futura, que abarcará al hombre en su totalidad. En efecto, en la Eucaristía recibimos también la garantía de la resurrección corporal al final del mundo: «El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré el último día» (*Jn* 6, 54). Esta garantía de la resurrección futura proviene de que la carne del Hijo del hombre, entregada como comida, es su cuerpo en el estado glorioso del resucitado. Con la Eucaristía se asimila, por decirlo así, el «secreto» de la resurrección. Por eso san Ignacio de Antioquía definía con acierto el Pan eucarístico «fármaco de inmortalidad, antídoto contra la muerte».

III

DESDE LA COMUNIÓN HASTA EL FINAL DE LA MISA

En tiempos de los primeros cristianos casi todos los que asistían a la santa misa comulgaban. Todos querían confortarse con el cuerpo de Cristo en unos tiempos en que nadie podía saber si el mismo día sería objeto de persecución y quizá sufriría el martirio. El celebrante les colocaba la Eucaristía en la palma de la mano, pronunciando estas palabras: *"El Cuerpo de Cristo*" (Corpus Christi), y ellos inclinando humildemente la cabeza, contestaban: "Amen." Y comulgaban.

Cada fiel que comulga es un tabernáculo vivo. Un gozo inefable se apodera del alma.

Por último el celebrante pronuncia una breve oración de acción de gracias; da la bendición y se despide con estas palabras: *"La misa ha concluido. Podéis ir en paz"* (Ite, missa est).

Salimos de misa... pero aún no está terminado todo, lo recibido debe manifestarse en las obras. De modo que el "podéis ir en paz" no es tan solo una despedida, también significa: ¡podéis iros, ahora comienza vuestra misión! El sacrificio de Cristo ha terminado, ahora comienza el tuyo, debes trocar en sacrificio por la gloria de Dios toda tu vida. La santa misa y la vida de todos los días, nuestra asistencia a la santa misa y el cumplimiento de nuestros deberes deben formar una unidad orgánica, como la forman nuestro cuerpo y nuestra alma.

Nuestra más hermosa acción de gracias será una vida eminentemente cristiana.

"Podéis ir en paz"

¿Adónde? A la calle, a la casa, al trabajo; más no como habéis venido. Habéis recibido a Cristo; trabajad, cumplid vuestros deberes, y amaos

los unos a los otros. Comienza vuestro sacrificio, debéis consagrar el mundo y transformarlo, para que la humanidad arda en amor divino.

* * *

Terminamos aquí la exposición de las diferentes partes de la santa misa; y quizá a muchos lectores les pase lo que a aquel hombre que contempló durante largo rato los ventanales de un templo... mirándolos siempre desde fuera. Un día entró en el templo y se quedó pasmado al descubrir las hermosuras, nunca sospechadas, de aquellos mismos ventanales que él conocía, pero solamente desde fuera.

También nosotros conocemos desde hace tiempo la santa misa. Desde niños la oímos con reverencia. Mas debemos mirarla desde "dentro". Asistiremos a ella con más profunda comprensión y mayor provecho, si conocemos el significado de las partes que la integran.

Quien las conozca, sentirá que cada misa le causa una profunda impresión espiritual y es fuente de abundantísimas gracias. Este tal no se encontrará saldrá de la misa con el alma vacía, sino cargada de tesoros espirituales, porque para él la misa será realmente lo que debe ser: regeneración del hombre mediante la muerte de Cristo.

Se comprende que en tierras de misiones los recién convertidos caminen durante horas y algunas veces durante días, con tal de poder asistir a una misa y participar en el sacrificio incruento del Señor. Lo que no se comprende es que los católicos de nuestros países por pereza y comodidad dejen de asistir a misa hasta el domingo, cuando el templo está a tres pasos de su casa.

¿Puede enorgullecerse de cristiano el país en que los domingos están abarrotados de gente los estadios, cines y lugares de diversión, y al mismo tiempo están medio vacíos muchos templos durante la santa misa?

¿Puede llamarse cristiano el pueblo por cuyas calles siguen las campanas convocando a misa los días de domingo, pregonando como los ángeles de Belén: *"Vengo a daros una nueva de grandísimo gozo para todo el pueblo..."* (Luc 2,13), y no obstante son muchísimos los que no acuden a misa?

El altar es la roca en que se apoya la Iglesia. La santa misa es el centro del cristianismo. Suprimid la santa misa, y los fieles perderán la fuente de toda gracia, y las almas del Purgatorio perderán la fuente más abundante de misericordia.

De la carta encíclica "La Iglesia vive de la Eucaristía":

3. Del misterio pascual nace la Iglesia. Precisamente por eso la Eucaristía, que es el sacramento por excelencia del misterio pascual, *está en el centro de la vida eclesial*. Se puede observar esto ya desde las primeras imágenes de la Iglesia que nos ofrecen los Hechos de los Apóstoles: «Acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones» (2, 42).La «fracción del pan» evoca la Eucaristía. Después de dos mil años seguimos reproduciendo aquella imagen primigenia de la Iglesia. Y, mientras lo hacemos en la celebración eucarística, los ojos del alma se dirigen al Triduo pascual: a lo que ocurrió la tarde del Jueves Santo, durante la Última Cena y después de ella. La institución de la Eucaristía, en efecto, anticipaba sacramentalmente los acontecimientos que tendrían lugar poco más tarde, a partir de la agonía en Getsemaní. Vemos a Jesús que sale del Cenáculo, baja con los discípulos, atraviesa el arroyo Cedrón y llega al Huerto de los Olivos. En aquel huerto quedan aún hoy algunos árboles de olivo muy antiguos. Tal vez fueron testigos de lo que ocurrió a su sombra aquella tarde, cuando Cristo en oración experimentó una angustia mortal y «su sudor se hizo como gotas espesas de sangre que caían en tierra» (*Lc* 22, 44). La sangre, que poco antes había entregado a la Iglesia como bebida de salvación en el Sacramento eucarístico, *comenzó a ser derramada*; su efusión se completaría después en el Gólgota, convirtiéndose en instrumento de nuestra redención: «Cristo como Sumo Sacerdote de los bienes futuros [...] penetró en el santuario una vez para siempre, no con sangre de machos cabríos ni de novillos, sino con su propia sangre, consiguiendo una redención eterna» (*Hb* 9, 11-12).

PARTE TERCERA

CRISTO EN NOSOTROS



CAPÍTULO XI

LOS EFECTOS DE LA SAGRADA COMUNIÓN: FUERZA Y ALEGRÍA

Entonces Jesús les dijo: En verdad, en verdad os digo, que si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y Yo le resucitaré en el último día. Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida.

El que come mi carne, y bebe mi sangre, mora en mí y Yo en él. Así como vive el Padre que me envió, y Yo vivo por el Padre, también aquél que me coma, vivirá por Mí.

Este es el pan que ha bajado del cielo, no como aquel que comieron vuestros padres y murieron. El que come de este pan, vivirá para siempre.

(Evangelio de San Juan 6, 54-58)

Hoy el mundo está lleno de problemas y parece un gran hospital, repleto de enfermos y humanamente no disponemos de medicinas para curarlos. Hemos ensayado todas las formas de gobierno, hemos recurrido a toda clase de alianzas, de reformas y de convenios. Todo esto no son más que alivios transitorios y no nos han traído la paz y la curación anheladas.

Sentimos que la raíz de la enfermedad no es externa, sino que viene de dentro. Nos parecemos al enfermo que continuamente cambia de postura para aliviar su inquietud y malestar, aunque reconozca que su verdadero mal no radica ni en la cama ni en la postura, sino en su cuerpo enfermo.

Es nuestra humanidad la que está enferma, y ésta no la podrá curar más que un solo Médico: Nuestro Señor Jesucristo. Él desde desde la Santísima Eucaristía nos dice: *"Venid a mí todos los que andáis cansados y agobiados, que yo os aliviare."*

En medio de nosotros está el mejor médico del alma, el Señor de la vida y de muerte: ¡el mismo Jesucristo! Está oculto en la Santa Eucaristía, bajo las especies de pan y vino.

¿Por qué escogió precisamente estas especies?

¿Por qué el pan? Porque es un alimento común, uno de los más corrientes y necesarios en todo el mundo. Quiso decirnos con ello: para poder vivir necesitas alimentarte de pan; y para vivir como cristiano, necesitas comer el pan sobrenatural. El pan terreno comunica fuerzas para la vida corporal, mas el pan sobrenatural comunica fuerzas poder vivir en la vida de la gracia.

¿Por qué el vino? Porque el vino da ánimo y alegría de vivir. Así el vino de la Eucaristía significa el ánimo, el empuje, la alegría de la vida espiritual. ¡Cuánto necesita esto el hombre de hoy! No sólo se puede morir de hambre, de sed, también se puede morir de tristeza, de falta de alegría y consuelo.

Hijos míos —nos dice Jesús en la Eucaristía—, yo sé lo que os hace falta: fuerza y alegría. Fuerza para poder sostener la lucha espiritual, y alegría que poder perseverar. Es precisamente lo que yo os comunico. Venid a menudo a comulgar, entregaos a mí, y yo os comunicaré la plenitud de vida.

La santa comunión es fuerza, la santa comunión es alegría.

I

LA SANTA COMUNIÓN ES FUERZA

Dos clases de fuerzas conocemos en este mundo: la fuerza de la materia y la fuerza del espíritu.

Por desgracia el hombre moderno se deja cautivar fácilmente por la fuerza y el poder material. Tenemos más fuerza y poder que nunca sobre las cosas. La ciencia y la tecnología han levantado un palacio magnífico sobre la tierra, pero sus moradores no son felices. No nos sentimos felices. Porque nuestra fuerza espiritual se ha debilitado, se ha atrofiado. Dominamos la materia, mas no nos dominamos a nosotros mismos, no somos capaces de dominar nuestros instintos desenfrenados, nuestras pasiones.

Las palabras del SEÑOR resuenan hoy más que nunca: *"Me han abandonado a mí, que soy manantial de aguas vivas, y se han cavado pozos, pozos agrietados que no retienen el agua"* (Jeremías 2,13). *"Recono-*

ce y comprueba cuán malo y amargo es haber abandonado al Señor Dios tuyo" (Jeremías 2,13).

Como si nos dijese: En Mí está la fuerza que necesitáis, lo único que os puede dar la felicidad. Y me encontraréis en el Santísimo Sacramento.

Desde el altar del sacrificio, como de una fuente, brota la vida, la fuerza, todo lo noble y lo grande. Sin sacrificio, sin abnegación, sin vencimiento propio, no hay nada grande, nada santo, nada sublime. Por esto Cristo se sacrifica en la Eucaristía, Él es el modelo de la abnegación. Recibir la Eucaristía significa acudir al que tiene poder para rejuvenecer nuestra alma.

"En verdad, en verdad os digo que si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros." Por este motivo prescribe la Iglesia que por lo menos una vez al año, en tiempo de Pascua, que cada creyente se alimente del cuerpo de Cristo.

Pero la sola comunión anual es el mínimum; sirve para que no se agoten nuestras fuerzas del todo. Quien tome en serio la vida espiritual, quien sepa lo que significa ser hombre —el tener que luchar sin descanso contra nuestra naturaleza propensa al mal, el tener que estar en pie de guerra sin tregua contra las tentaciones —, quien sepa estas cosas y las experimente en la propia persona, recibirá con frecuencia el sacramento de vida, la Santa Eucaristía, y no dejará que su alma adelgace ni se debilite.

En nuestros días están de moda las dietas para adelgazar. Hay quienes quieren estar delgados a toda costa, y con ese fin pasan hambre durante largas temporadas. No hay duda de que puede ser beneficioso para la salud en bastantes casos. Pero respecto del alma la cosa cambia; nunca será bueno someter el alma a una cura de adelgazamiento, acercándose una sola vez al año a la fuente de la energía espiritual, a la santa comunión.

Y estas personas, las que raramente se acercan a la Eucaristía, son las que más se quejan que la vida cristiana es dura: ¡Que los mandamientos del Señor son harto pesados! ¡Que se ven atormentados de numerosas tentaciones, y es imposible no sucumbir a ellas! Claro que es imposible..., precisamente por la cura de hambre a que someten el alma.

¡Que tienes un temperamento muy dado a la sensualidad! ¡Que tienes un mal carácter! ¡Que eres muy vehemente y precipitado! ¡Qué no puedes remediarlo!

Muchas veces se ponen estas excusas. Desgraciadamente hay en ellas algo de verdad; pero por suerte no son exactas del todo. Quizás nuestra psicología haya heredado algunas taras y malas inclinaciones. Pero en

nuestro poder está el alma. Y el alma tiene arrestos hasta para influir en la psicología y en el cuerpo. No dependen de mí las condiciones en que vengo al mundo, pero el ir subiendo cada vez más alto en la virtud, gracias a la comunión frecuente... esto sí que depende de mí.

Cuán hermosamente dice SAN FRANCISCO DE SALES: "Si te preguntan por qué comulgas con tanta frecuencia, di que lo haces para aprender a amar a Dios y para purificarte de tus mezquindades, y para librarte de tus males, y para obtener consuelo en tus tribulaciones, y para hallar apoyo en tu debilidad. Diles que hay dos clases de personas que deben comulgar con frecuencia: las perfectas, porque hallándose en el estado debido, obrarían mal si no acudiesen a la fuente de la perfección; y las imperfectas, para poderse allegar por el recto camino a la perfección. Los fuertes para no debilitarse, y los débiles para volverse fuertes. Diles que los que no tienen muchas ocupaciones han de comulgar con frecuencia, porque tienen tiempo para ello; y los que están muy ocupados también, porque mucho lo necesitan."

Y hasta qué punto es esto verdad, lo prueba también *la historia de la Iglesia, la cual testimonia la colosal fuerza que irradia de la Eucaristía*. Lo prueban ya los primeros cristianos. Un ejemplo es la mártir SANTA FELICITAS. Fue encarcelada a causa de Cristo; y si no la llevaron inmediatamente al suplicio fue porque estaba embarazada y esperaban primero a que naciese el niño. Estando en la cárcel llegó la hora del parto. Y cuando en medio de los dolores se puso a gemir, el carcelero le preguntó con sorna: "¿Te quejas ahora? ¿qué harás cuando seas arrojada a las fieras?" Y FELICITAS le contestó: "Ahora sufro yo sola; pero entonces habrá en mí Alguien que sufrirá por mí, porque yo también sufro por Él."

¿No vemos como la Eucaristía es manantial de fuerza?

Otro de aquellos grandes mártires es SAN IGNACIO, obispo de Antioquia. En el año 107, bajo el reinado del emperador Trajano, es conducido el santo Obispo de Siria a Roma para servir allí de presa a las fieras. El santo anciano sabe muy bien la suerte que le espera. Y no obstante, mientras le llevan en el barco, escribe siete cartas a las Iglesias cristianas, y dice: "Hacemos la fracción de un mismo pan, ésta es la medicina de la inmortalidad, el contraveneno para que no muramos, mas para que vivamos eternamente en Jesucristo." "Soy trigo de Dios; es necesario que me muelan los dientes de los leones para pueda ser puro pan de sacrificio... Ya me regocijo de antemano a causa de las fieras... Que vengan fuego, cruz, zarpazos de fieras, que venga todo sobre mí con tal de poder allegarme a Jesucristo."

¿Puede haber algo demasiado difícil si la sangre de Cristo corre por nuestras venas? Si podemos repetir lo que otra mártir, Santa Inés, dijo en medio de sus tormentos: “Su sangre pinta de carmín mis mejillas”.

También las épocas posteriores dan testimonio de la fuerza que emerge de la Santa Eucaristía.

Era fuerza para Luis XVI, cuando antes de su decapitación, a las doce de la noche, oyó misa.

Era fuerza para aquella monja enfermera de Francia... Cuando en el año 1901 se cerraron en Francia todos los conventos y se expulsaron de todas partes a los religiosos, se permitió que continuasen en el hospital de Reims las monjas enfermeras. Un día se presentó la comisión inspectora del Concejo Municipal para hacer un reconocimiento de todas las salas. La superiora se las fue mostrando. Abrió la primera sala: todos eran enfermos cancerosos... Los señores concejales pasaron rápidamente. Visitaron la segunda sala, la tercera, la cuarta... todas repletas de enfermos a cuál más graves. Los miembros de la comisión quedaron horrorizados por el ambiente tan espantoso que habían presenciado. Dando fin a su visita, al despedirse, uno de ellos preguntó a la superiora:

—Usted, ¿desde cuándo trabaja aquí?

—Hace cuarenta años.

—Y ¿de dónde saca fuerzas para resistirlo?

—¡Comulgo todos los días! Si no tuviésemos en medio de nosotros al Santísimo Sacramento, ninguna lo aguantaría.

No se molestó a las monjas; y ellas siguieron en el hospital.

¿Verdad que es fuente de fuerzas la santa comunión?

Un último ejemplo. Poco antes de que el dirigible francés “*Pourquoi pas?*” tuviera el fatal accidente, cuando se disponía a realizar su último viaje, su capitán se encontró delante de la iglesia con el párroco.

—Señor capitán, ¿está todo preparado para la partida?

—No, Señor párroco; no lo estará hasta que usted me haya confesado y dado la comunión.

Es el “pan de los fuertes”. Después de cada comunión bien podemos repetir la plegaria: “Líbrame de todo mal, concédeme una auténtica contrición, infunde en mi alma fe, esperanza y caridad, desprecio de las cosas terrenas, ansias por lo celestial. Dios mío, solamente en Ti espero. Tú eres mi bien, mi gloria; todo cuanto tengo me lo diste Tú. Tú eres mi consuelo en el sufrimiento, mi medicina en la enfermedad; mi sostén en los momen-

tos de angustia; arco iris de paz en medio de la agitación; Tú me libras de lo que me esclaviza, Tú me levantas si caigo.”

El que comulga con frecuencia sentirá que su alma se conserva joven y vigorosa, porque recibe la fuerza del Dios, al eternamente joven, al que nunca envejece y es fuerte sobre todas las cosas.

De la carta encíclica “La Iglesia vive de la Eucaristía”:

22. La incorporación a Cristo, que tiene lugar por el Bautismo, se renueva y se consolida continuamente con la participación en el Sacrificio eucarístico, sobre todo cuando ésta es plena mediante la comunión sacramental. Podemos decir que no solamente *cada uno de nosotros recibe a Cristo*, sino que también *Cristo nos recibe a cada uno de nosotros*. Él estrecha su amistad con nosotros: «Vosotros sois mis amigos» (*Jn* 15, 14). Más aún, nosotros vivimos gracias a Él: «el que me coma vivirá por mí» (*Jn* 6, 57). En la comunión eucarística se realiza de manera sublime que Cristo y el discípulo «estén» el uno en el otro: «Permaneced en mí, como yo en vosotros» (*Jn* 15, 4).

Al unirse a Cristo, en vez de encerrarse en sí mismo, el Pueblo de la nueva Alianza se convierte en «sacramento» para la humanidad, signo e instrumento de la salvación, en obra de Cristo, en luz del mundo y sal de la tierra (cf. *Mt* 5, 13-16), para la redención de todos. La misión de la Iglesia continúa la de Cristo: «Como el Padre me envió, también yo os envío» (*Jn* 20, 21). Por tanto, la Iglesia recibe la fuerza espiritual necesaria para cumplir su misión perpetuando en la Eucaristía el sacrificio de la Cruz y comulgando el cuerpo y la sangre de Cristo. Así, la Eucaristía es la *fuente* y, al mismo tiempo, la *cumbre* de toda la evangelización, puesto que su objetivo es la comunión de los hombres con Cristo y, en Él, con el Padre y con el Espíritu Santo.

II

LA SANTA COMUNIÓN ES ALEGRÍA

Quien comulga con frecuencia sentirá que su alma rebosa de gozo, porque la Santa Eucaristía no es solamente es fuente de alegría.

¡Cómo el que comulga se llena de una serenidad sobrenatural! Bien dice la SAGRADA ESCRITURA: “*El ánimo sereno es como un banquete continuo”* (Proverbios 15,15). Banquete continuo es realmente la Santa Eucaristía. El Señor dio este gran sacramento durante la Última Cena. Y con preferencia compara su reino a un gran convite que el rey da a sus leales.

Y puesto que en un banquete reina la alegría y el regocijo, es natural que en el banquete del Cordero divino nos inunden la paz y la alegría espiritual. Por esto la Iglesia repite esta oración: *"¡Oh sagrado banquete en que recibimos a Cristo!"*

Hoy muchas personas adolecen de alegría interior. Sólo gozaremos de esta alegría si vivimos en el amor, si nuestra alma está llena —como dice SAN PABLO— del *"amor de Cristo, que sobrepuja a todo conocimiento"* (Efesios 3,19). Es decir, si le dejamos a Él entrar en nuestro corazón.

En la comunión me uno con Cristo. ¿No es esto algo increíble?

La Santa Eucaristía no es un invento humano, porque nunca habría podido brotar de la mente humana tal pensamiento. No puede ser sino obra del amor divino. Es una cosa inauditamente atrevida y sublime, realmente asombrosa. Es la quinta esencia del cristianismo.

Porque, ¿en qué consiste el Cristianismo? En el acercamiento de Dios al hombre. Primero: el Hijo de Dios se hizo hombre y apareció en medio de nosotros. Después: nos habló continuamente de Dios, de nuestro Padre celestial. Finalmente, al llegar el tiempo de dejar este mundo, puso la corona a toda su obra: el mismo Dios se quedó para siempre en medio de nosotros, en la Santísima Eucaristía.

Al meditar esta realidad, una alegría jubilosa llena el corazón de la Iglesia y hace exclamar a cada sacerdote que se dispone a celebrar diariamente la santa misa: *"Me acercaré al altar de Dios, al Dios que llena de alegría mi juventud"* (Salmo 42,4).

La misma historia de la Iglesia lo confirma. Es interesante notar que la Iglesia tal vez nunca ha sufrido tanto como en la época de las catacumbas; y no obstante, nunca estuvo tan rebosante de alegría como entonces. En los frescos de las catacumbas las imágenes que se repiten —el anillo, la lira, la palma—, todos son símbolos de la alegría. ¿Cómo se explica? Es que la Iglesia vivía en comunión íntima con Cristo.

Nuestra alegría interior correrá pareja con el aprecio que tengamos de la Santísima Eucaristía. Deberíamos apreciarla tanto como la apreciaba el Cardenal Newman. Antes de convertirse al catolicismo era un pastor distinguido de la Iglesia anglicana. Durante largos años estudió la vida del cristianismo primitivo, y cuando ya reconoció la verdad de la doctrina de la Iglesia católica, todavía siguió otros largos años luchando y debatiéndose. Finalmente no pudo resistir más tiempo a la atracción de la Santísima Eucaristía, y se decidió a abrazar el catolicismo.

Pocos días antes de su conversión, uno de sus amigos intentó disuadirle del paso que iba a dar:

—¡Piensa bien lo que vas a hacer! Si te haces católico, perderás tus ingresos considerables, cuatro mil libras al año.

Newman no contestó más que esto:

—Y ¿qué son estas cuatro mil libras en comparación con una sola comunión?...

He ahí también *el gran secreto de porque el cristianismo no envejecerá nunca*. Ya hace dos mil años que existe, y no ha perdido aún nada de su primer empuje. Ni en su fe, ni en su moral, ni en su vida se nota síntoma alguno de envejecimiento, de decrepitud. ¿De dónde le viene la fuerza, la alegría, el empuje? Del cuerpo y de la sangre de nuestro Señor Jesucristo.

¡La sangre de Cristo! De ahí brotan la fuerza y la alegría de la Iglesia. También la Iglesia dice lo que dijo MARÍA ESTUARDO antes de la ejecución: "Me han despojado de todo, más no han podido arrancarme dos tesoros: mi fe y la sangre real que corre por mis venas." Lo mismo dice la Iglesia: Podéis perseguirme, escarnecerme, calumniarme... más no podréis arrancarme estos dos tesoros: mi fe y la sangre de Cristo que corre por mis venas.

Nosotros necesitamos la sangre del Hijo de Dios. Es la sangre que renueva, que conforta y que vivifica.

"Para ir al cielo no se requiere que uno se haga religioso, basta que uno sea cristiano, cristiano que oye misa, cristiano que comulga. Allí está tu cielo... Señor mío, ¡cuán necio es el mundo por no buscar la fuente de las aguas vivas, y vagar a la deriva!..." (PROHAZKA)

No lo olvidemos: Cristo instituyó el Santísimo Sacramento para que tengamos fuerza y alegría, para que la Eucaristía cure nuestra alma herida, robustezca nuestro organismo debilitado, para que venzamos de las tentaciones del mundo. Y si lo instituyó por estos motivos, saquémosle provecho, comulguemos con frecuencia.

Es una pena que el fuego del amor arda en el altar... y que nosotros, por no acercarnos, que estemos a punto de helarnos; que la fuente del consuelo brote del altar... y que nosotros casi muramos de sed; que la luz brilla en el altar.... y que nosotros andemos a ciegas; que el alimento que nos comunica fuerza se nos ofrece en el altar... y que nosotros vayamos tambaleando de pura debilidad; que la alegría se nos brinde en el altar... y que nosotros estemos sumidos en una profunda tristeza.

Hay un dicho popular: “Te quiero tanto que te comería a besos”. Pues así debemos amar a Cristo. Y lo podemos comer en realmente. No os escandalicéis de mi forma de hablar. ¿No es el mismo SEÑOR quien dijo: *“Tomad y comed”*?

¡Acudamos, pues, a la Santísima Eucaristía! ¡Comulguemos con frecuencia!

* * *

Es emocionante contemplar la famosa obra del gran pintor flamenco Jean van Eyck, el retablo de Gante. En este retablo se ve con colores lo que yo he procurado exponer en este capítulo con pobres palabras. En medio del cuadro aparece un altar con el Cordero de Dios sacrificado, y de la víctima parten corrientes de bendiciones en todas las direcciones. En derredor de todas partes acuden presurosos los pueblos para presentar su homenaje al Cordero y apagar su sed en la fuente de la vida. Todo el cuadro no es otra cosa que un himno sacramental, plasmado en la pintura, un grandioso “Tantum ergo” expresado en colores.

Realmente, esto es para nosotros el Santísimo Sacramento: fuente inagotable de aguas vivas, de fuerza y de alegría para el alma.

¡Qué dichoso soy por poder acudir a esta fuente!

¡Qué feliz soy por poder comulgar! Comulgar, recibir a Cristo, y decirle en la comunión:

¡Ven, Cristo sacramentado! ¡Ven, brasa ardiente, llama viva, purifícame de toda mancha, de toda herrumbre que veas en mí!

¡Ven, viento de Pentecostés, arranca con tu soplo todas las pajas que hay en mi alma!

¡Venid, cinco llagas de Jesús! ¡Ven, Corazón sagrado de mi Jesús, y quédate conmigo siempre!

“Quédate con nosotros, Señor, quédate, ilumínanos con tu luz, no permitas que nuestra mente permanezca en tinieblas, Tú, que eres la luz del mundo.”

CAPÍTULO XII

LOS EFECTOS DE LA SAGRADA COMUNIÓN: VALENTÍA, SERENIDAD, HERMOSURA

Jesús llegó a una ciudad de Samaría, llamada Sicar, junto a la heredad que dio Jacob a su hijo José. Allí se encuentra el pozo de Jacob. Jesús, cansado del camino, se sentó junto al pozo. Era como la hora de sexta.

Vino una mujer de Samaría a sacar agua. Jesús le dijo: Dame de beber. Entretanto sus discípulos se habían ido a la ciudad a comprar alimentos.

La mujer samaritana le respondió: ¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana? (Porque los judíos no se tratan con los samaritanos).

Jesús le respondió: Si conocieras el don de Dios y quien es el que te dice dame de beber, le pedirías tú y Él te daría agua viva. La mujer le dijo: Señor, si no tienes con qué sacarla, y el pozo es profundo: ¿de dónde tienes esa agua viva?

¿Eres tú más que nuestro padre Jacob, que nos dio el pozo, del cual bebieron él mismo, sus hijos y sus ganados?

Jesús le respondió: Todo el que bebe de esta agua volverá a tener sed; mas quien beba del agua que yo le daré, no tendrá jamás sed, sino que el agua que yo le daré se hará en él una fuente que brote hasta la vida eterna.

(Evangelio de San Juan 4, 8-14)

Jesús Eucaristía, al entrar en nuestro pecho, viene para lo que le trajo al mundo: *"Yo he venido pare que tengan vida, y la tengan en abundancia"* (Juan 10,10).

El Señor bajó a la tierra para que nosotros tuviésemos vida, vida sobrenatural. Por esto viene también a nuestras almas; éste el objeto de la comunión: acrecentar la vida sobrenatural en nosotros.

El Señor comunica al alma valor, serenidad y hermosura.

I

LA SANTA COMUNIÓN INFUNDE VALOR

Dos clases de valor nos alcanza la santa comunión: Valentía para el sufrimiento y valentía para la lucha.

Valentía para el sufrimiento.

La vida terrena es un viaje cargado de sufrimientos, para el cual se necesita una valentía inquebrantable.

Recordemos las grandes tribulaciones que los exploradores tienen que soportar. Uno de los más famosos exploradores, SVEND HEDIN, escribe: “Sin una fe firme en la Providencia todopoderosa del Señor me habría sido imposible perseverar durante doce años en las regiones inaccesibles del Asía. En todos mis viajes siempre me ha acompañado la santa Biblia, y la he leído todos los días.”

Y si la lectura de la Sagrada Escritura infunde tanto aliento, ¡cuánto más nos infundirá la santa comunión, la cual nos une con Cristo, el que inspiró toda la Sagrada Escritura!

Pero quizá me arguyas: ¡cuántas veces he pedido fuerza y valor en la comunión, y no se me ha concedido! ¡Cuántas cosas ha pedido mi alma atribulada, y cuántas pocas ha recibido!

Sí, las has recibido... mas no como lo pedías y lo cavilabas con tu mezquino saber, sino como la sabiduría infinita de Dios lo juzgó más oportuno.

Nuestra razón finita es incapaz de comprender en su totalidad los planes de Dios; y a pesar de todo, impacientes, interrogamos al Señor sobre la razón de nuestros sufrimientos. Un día los apóstoles le preguntaron a Jesús con curiosidad: “Señor, ¿es éste el tiempo en que vas a restituir el reino para Israel?” (Hechos de los Apóstoles 1,6). Pero el SEÑOR les contestó con evasivas: “No os corresponde a vosotros saber los tiempos y los momentos. Recibiréis, sí, la virtud del Espíritu Santo, que descenderá sobre vosotros” (Hechos de los Apóstoles 1,7-8).

De la misma forma nos responde muchas veces a nosotros, conformémonos con que se cumpla su voluntad. Es decir, no nos responde directamente nuestra pregunta, porque de todos modos no la entenderíamos, mas si nos da la fuerza y aliento para perseverar. Y esto es lo que importa.

Cuando nos abrume la desgracia, no nos dirijamos a Dios preguntándole: ¿Por qué? ¿Por qué he de sufrir precisamente yo? En vez de pedir que nos explique el motivo, imploremos fuerza y aliento para resistir.

¿Dónde encontraremos esta fuerza y aliento? En el "pan de los fuertes", en el Santísimo Sacramento. Acudamos con nuestros sufrimientos, tanto corporales como del alma, a la santa comunión: allí alcanzaremos la fuerza que necesitamos. Necesitamos valor para vencer los combates del alma, para el "martirio incruento" que supone ajustar nuestra vida a la voluntad del Señor.

Si a los primeros cristianos el Señor les pedía el martirio cruento en aras de la fe —rechazando dar culto divino a los emperadores—, a nosotros sobre todo nos pide que vivamos una vida santa, lo cual no deja de ser una especie de martirio incruento por el ambiente neopagano del mundo que nos envuelve.

No me atrevería a juzgar cuál es el martirio más difícil, si el antiguo o el de ahora, si perseverar en la fe ante un público que ebrio de sangre asistía a los espectáculos del circo romano, o perseverar sin mancha hoy día en un mundo lleno de cinismo y frivolidad. Pongamos por caso, por ejemplo, la vida sexual, el matrimonio, la honradez... Si llamamos mártires a aquellos que morían por la fe cristiana, con derecho podemos otorgar el nombre de "mártires incruentos" a los que hoy día viven conforme a la moral cristiana.

Todos necesitamos sacar fuerzas del Santísimo Sacramento para ser santos.

SAN PABLO también tuvo que llevar una ardua lucha espiritual: "¡Oh, desgraciado de mí!, ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?". Y hasta tres veces pidió al Señor que le eximiera de la lucha. ¿Qué le contestó JESÚS?: "Te basta mi gracia" (II Corintios 12,8-9).

Realmente, si comulgamos con frecuencia, por muy arduo que nos resulte cumplir con los mandamientos divinos, nunca nos parecerá el camino demasiado difícil y notaremos como SAN PABLO que "todo lo puedo en Aquel que me conforta" (Filipenses 4,13).

No temamos por muchas tentaciones que tengamos, pues tenemos la fuerza de Jesús Sacramentado. Aunque debamos trabajar largos años para poder extirpar un solo defecto. Llegaremos a ser santos si perseveramos, si no huimos tal como huyó el ermitaño de la leyenda. Este ermitaño tenía un temperamento muy vehemente, y fácilmente montaba en cólera armando gran alboroto. El mismo se avergonzaba de este defecto, y un día hasta

pensó que debía dejar la comunidad e irse al desierto para vivir allí solo, donde no habría nadie con quien discutir. Y así lo hizo, y vivió solo desde entonces.

Cierto día sacaba agua de la fuente y puso el cántaro en el suelo. El cántaro se volcó. El ermitaño lo llenó nuevamente de agua... y nuevamente se volcó el cántaro. Sacó agua por tercera vez... y por tercera vez se volcó el cántaro.

El ermitaño montando en cólera, cogió el cántaro y lo tiró al suelo con tal furia, que lo hizo añicos.

Inmediatamente se dio cuenta de lo que había hecho y se llenó de vergüenza. Pero aprendió la lección: se dio cuenta de que el remedio no estaba en huir del defecto, sino en tratar de vencerlo; no en huir de sí mismo, sino en trabajar contra uno mismo con paciencia y con la gracia de Dios. No basta que tomemos una decisión en un momento dado, sino estamos dispuestos a luchar durante años, durante decenios, con tenacidad. Pero ¿de dónde podemos sacar las fuerzas y el aliento para perseverar? De la comunión frecuente.

II

LA SANTA COMUNIÓN DA SERENIDAD Y HERMOSURA

¿Quién no ha sentido la tranquilidad que se siente después de una comunión bien hecha? ¿Por qué deja esta paz?

Primeramente, porque en la comunión nos sostiene la mano de Cristo. Entonces podemos repetir con derecho lo que escribió un oficial de Marina a su madre: “En caso de que nuestro buque se hunda, y nadie se salve, no llores. Aunque mi cuerpo se hunda en el mar, me sostendrá la mano de mi Redentor, de la que nadie podrá arrancarme.”

Al comulgar se cumple en nosotros la promesa de CRISTO: “Mi paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy como os la da el mundo” (Juan 14,27). En cada comunión recibimos muchísimas gracias. Al recibirle en la comunión me parece oír su voz que me dice: ¿Eres débil? Yo seré tu fortaleza. ¿Estás cansado? Yo seré tu descanso. ¿Eres pobre? Yo seré tu tesoro. ¿Estás solo? Yo seré tu compañía. ¿Estás triste? Yo seré tu consuelo.

Y la santa comunión es el medio más eficaz para moldear en nuestra alma la imagen de Dios. Para esto estamos en esta vida. Cuando un artista pone su mirada en un bloque de mármol, descubre en el mismo la silueta de la figura que quiere esculpir. No le falta más que quitar del bloque los

trozos superfluos... para que quede terminada la estatua. No falta más... Pero ¡cuánto trabajo! ¡Cuántas fatigas! ¡Cuánta habilidad y perseverancia se necesita para labrarla!

De esta manera mira Dios al alma humana, y descubre en ella su propia imagen y semejanza... De nuestra colaboración depende que pueda esculpir en el alma la imagen del Hijo de Dios. Como dice SAN PABLO, hemos de hacernos "conformes a la imagen del Hijo de Dios" (Rom. 8,29).

Cuando comulgo puedo rezar de esta manera:

"Dios mío, yo soy el mármol, sé Tú el escultor. Lo que no ha de haber en mí, lo que no es digno de mí, quítalo. Si es posible, quítalo con suavidad; sino, quítalo aunque me hagas sufrir."

¡Qué obra maestra obtendríamos si dejásemos a Jesús modelar nuestra alma! ¡Cuántas imperfecciones tenemos de las que no nos damos cuenta siguiera! En la comunión la luz de Jesús ilumina nuestra alma y nos permite ver nuestros defectos. Y no solamente los vemos; Dios nos comunica fuerzas para extirparlos. De ahí que quede el alma hermoseada y renovada.

El mundo mejorará en la medida en que nos santifiquemos, y esto no podremos conseguirlo si no acudimos a la Eucaristía.

Las reformas superficiales no cambiarán el mundo. Nos sentimos incapaces de reformar el mundo, pero sí podemos reformar nuestra alma, y sólo así mejorará el mundo. Deber nuestro es reformarnos a nosotros mismos. Deber nuestro es ocupar lo más perfecta y dignamente posible el puesto que la divina Providencia nos ha señalado, el puesto de sacerdote, sabio, político, periodista, religioso, madre...

Cuán diferente sería el mundo si cada sacerdote se asemejase a un cura de Ars o a un San Juan Bosco; si cada intelectual fuese otro San Agustín o Tomás de Aquino; si cada político se pareciese a Tomás Moro o Donoso Cortés; si cada periodista fuese otro Veuillot; si cada religioso reprodujese la figura de San Bernardo o de San Benito; si cada madre se pareciese a Santa Isabel de Hungría; si cada joven viviese como San Emérico o San Luis Gonzaga; si cada jovencita fuese un retrato vivo de Santa Inés o Santa Margarita...

¿Dónde encontrar la fuerza para conseguirlo? ¿Quién educó a las Ineses, Margaritas, Isabeles, a los Eméricos y Luises? La Santa Eucaristía, la sagrada comunión. El mundo sólo mejorará por la renovación espiritual, y ésta no será posible si no acudimos a la santa comunión. Porque la comunión es alegría, fuerza, aliento, paz, belleza espiritual.

* * *

Se fabricaron unas campanas nuevas para una iglesia. Antes de sacarlas de la fundición se quiso hacer un ensayo, para ver si sonaban como se esperaba.

El ensayo consistió en esto: el maestro que había hecho la fundición producía en el interior de cada campana el sonido que ella había de tener. Si producía otro sonido... la campana seguía muda. Pero en cuanto daba la nota correspondiente, la campana contestaba con la misma nota. Diríamos que esta nota —la voz verdadera de la campana—estaba oculta en ella, y sólo esperaba el momento de poderse manifestar.

Cada alma humana esta afinada desde el principio en el tono de Dios. Cuando comulgamos, el mismo Maestro, que creó el alma, entona en nosotros la nota de Dios, y yo reproduzco esta nota armónicamente.

CAPÍTULO XIII

LA COMUNIÓN BIEN HECHA

Entró Jesús en Jericó, e iba andando por la ciudad, cuando un hombre, llamado Zaqueo, jefe de publicanos y rico, quería ver a Jesús y cómo no podía a causa del gentío, por ser pequeño de estatura, corrió delante y se subió a un sicómoro para verle, porque había de pasar por allí.

Al llegar a aquel sitio, levantó Jesús los ojos y le dijo: Zaqueo, baja enseguida, porque he de hospedarme en tu casa. Bajó enseguida y le hospedó gozoso. Todos, al verlo, se pusieron a murmurar y a decir: Entró a hospedarse en casa de un pecador. Mas Zaqueo se levantó y dijo al Señor: ¡Mira Señor! Voy a dar la mitad de mis bienes a los pobres, y si en algo defraudé a alguno, le devolveré cuatro veces más. Jesús le dijo: Hoy ha entrado la salvación en esta casa, pues también éste es hijo de Abraham. El Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido.

(Evangelio de San Lucas 19, 1-10)

Es costumbre en Filadelfia realizar los brindis en una forma muy peculiar. En otras partes se brinda chocando las copas llenas de vino y deseándose mutuamente la salud. Allí, en cambio, los que van a brindar, primero aprietan contra su corazón la copa mientras se miran profundamente a los ojos durante unos segundos, después beben y al final vuelven a mirarse a los ojos.

¡Mucho respeto, finura y amor denotan estas miradas!

Algo semejante prescribe nuestra Santa Madre la Iglesia para la santa comunión. Antes de recibir el Cuerpo de Jesucristo hemos de mirarle profundamente a los ojos, es decir, debemos prepararnos con esmero. Después de comulgar nuevamente hemos de mirarle a los ojos haciendo la acción de gracias.

Jesucristo no solamente ofrece su cuerpo y su sangre por nosotros, sino que nos los entrega a nosotros. Se entrega por nosotros todas las veces

que en la santa misa renueva el sacrificio ofrecido al Padre celestial; y se entrega a nosotros todas las veces que le recibimos en la santa comunión. En una sola comunión bien hecha recibimos tal abundancia de gracias, que nos bastaría para llegar a ser santos.

En una comunión bien hecha...

¿De modo que no siempre comulgamos bien?

Claro que no. Lo afirma SAN AGUSTÍN cuando escribe, refiriéndose al mártir San Lorenzo: "Cristo vivía en Lorenzo. Y permaneció en él en la prueba, en el interrogatorio cruel, en medio de espantosas amenazas, hasta la muerte. Y ¿por qué permaneció en él Jesucristo? Porque había recibido con las debidas disposiciones el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo" (Tract. 27 in Je.).

Para poder comulgar es suficiente que nuestra alma no esté en pecado grave. Mas esto no basta para que la comunión sea fructuosa. Para ello se necesita una buena preparación y una adecuada acción de gracias. Los primeros cristianos tenían una hermosa costumbre: al recibir el Cuerpo del Señor cruzaban los brazos sobre el pecho, en señal querer entregarse del todo a Él. ¡Qué profundo significado encierra este signo! Es necesario que al comulgar demos algo también nosotros, y no sólo recibamos. ¿Qué hemos de dar? Nuestra prontitud, nuestro ánimo de combate, nuestra cruz...

Todos queremos comulgar bien. Examinemos, pues, ¿cuál ha de ser nuestra preparación, y qué hemos de hacer después? ¿Cómo hemos de mirar a los ojos de Cristo antes de recibirle, y como hemos de mirarle una vez recibido?

De la carta encíclica "La Iglesia vive de la Eucaristía":

36. La comunión invisible, aun siendo por naturaleza un crecimiento, supone la vida de gracia, por medio de la cual se nos hace «partícipes de la naturaleza divina» (*2 Pe* 1, 4), así como la práctica de las virtudes de la fe, de la esperanza y de la caridad. En efecto, sólo de este modo se obtiene verdadera comunión con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. No basta la fe, sino que es preciso perseverar en la gracia santificante y en la caridad, permaneciendo en el seno de la Iglesia con el «cuerpo» y con el «corazón»; es decir, hace falta, por decirlo con palabras de san Pablo, «la fe que actúa por la caridad» (*Ga* 5, 6).

La integridad de los vínculos invisibles es un deber moral bien preciso del cristiano que quiera participar plenamente en la

Eucaristía comulgando el cuerpo y la sangre de Cristo. El mismo Apóstol llama la atención sobre este deber con la advertencia: «Examínese,

pues, cada cual, y coma así el pan y beba de la copa» (*1 Co* 11, 28). San Juan Crisóstomo, con la fuerza de su elocuencia, exhortaba a los fieles: «También yo alzo la voz, suplico, ruego y exhorto encarecidamente a no sentarse a esta sagrada Mesa con una conciencia manchada y corrompida. Hacer esto, en efecto, nunca jamás podrá llamarse comunión, por más que toquemos mil veces el cuerpo del Señor, sino condena, tormento y mayor castigo».

Precisamente en este sentido, el *Catecismo de la Iglesia Católica* establece: «Quien tiene conciencia de estar en pecado grave debe recibir el sacramento de la Reconciliación antes de acercarse a comulgar». Deseo, por tanto, reiterar que está vigente, y lo estará siempre en la Iglesia, la norma con la cual el Concilio de Trento ha concretado la severa exhortación del apóstol Pablo, al afirmar que, para recibir dignamente la Eucaristía, «debe preceder la confesión de los pecados, cuando uno es consciente de pecado mortal».

37. La Eucaristía y la Penitencia son dos sacramentos estrechamente vinculados entre sí. La Eucaristía, al hacer presente el Sacrificio redentor de la Cruz, perpetuándolo sacramentalmente, significa que de ella se deriva una exigencia continua de conversión, de respuesta personal a la exhortación que san Pablo dirigía a los cristianos de Corinto: «En nombre de Cristo os suplicamos: ¡reconciliaos con Dios!» (*2 Co* 5, 20). Así pues, si el cristiano tiene conciencia de un pecado grave está obligado a seguir el itinerario penitencial, mediante el sacramento de la Reconciliación para acercarse a la plena participación en el Sacrificio eucarístico.

El juicio sobre el estado de gracia, obviamente, corresponde solamente al interesado, tratándose de una valoración de conciencia. No obstante, en los casos de un comportamiento externo grave, abierta y establemente contrario a la norma moral, la Iglesia, en su cuidado pastoral por el buen orden comunitario y por respeto al Sacramento, no puede mostrarse indiferente. A esta situación de manifiesta indisposición moral se refiere la norma del Código de Derecho Canónico que no permite la admisión a la comunión eucarística a los que «obstinadamente persistan en un manifiesto pecado grave».

I

¿QUÉ HEMOS DE HACER ANTES DE LA COMUNIÓN?

Para obtener con mayor facilidad los frutos de la santa comunión, debemos prepararnos avivando los sentimientos de fe, esperanza y caridad.

Nuestro primer paso, por tanto, ha de ser *avivar nuestra fe*. Creo, Señor mío, con fe firme, humilde y agradecida, que Tú estás presente en el Santísimo Sacramento.

Todos conocemos por el Evangelio la magnífica confesión de fe hecha por Pedro en las cercanías de Cesárea de Filipo. "¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?" (Mateo 16, 13-16), pregunta el SEÑOR a los Apóstoles.

Y éstos le refieren las opiniones que cunden en medio del pueblo respecto de Cristo. Algunos creen que es Juan Bautista; otros, que es Elías o un profeta. *"Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?"*, les pregunta el SEÑOR.

Y PEDRO, en nombre de todos, responde con fe: *"Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo".*

Cuando nos preparamos para la santa comunión no parece sino que desde la sagrada Hostia el Señor nos pregunta también: ¿Quién dicen los hombres que soy yo?

Y hoy día también tendríamos que decir: Algunos creen que eres sencillamente un trozo de pan; otros afirman que eres un mero recuerdo o símbolo de la Pasión.

—*Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?*

¿Cuál será nuestra respuesta?

Mirando la blanca Hostia, diremos con la fe ardorosa de Pedro: *Tú eres Cristo, el Hijo del Dios vivo...* Yo lo creo, Señor, pero acrecienta mi fe. Acreciéntala para que no solamente lo confiese aquí, en el momento de comulgar, sino en toda mi vida, en la oficina, en la fábrica, en la escuela, en la cocina, en la sociedad.

Sin avivar esta fe no podemos comulgar bien.

Más difícil todavía, si venimos de un ambiente que es completamente mundano, alejado de Cristo.

Avivemos nuestra fe: viene Cristo, el Hijo del Dios vivo, mi Rey. Con Él hablo. A Él le doy gracias. A Él le pido favores. A Él le debo exponer mis enfermedades y preocupaciones.

He recibido a Cristo. *"No soy ya quien vive, es Cristo quien vive en mí".* (S. PABLO). Después de comulgar, mi madre, mi esposa, mi marido, mi familia, mis compañeros de oficina, quedarán admirados de lo amable, cariñoso, comprensivo y paciente que me he vuelto. ¿Cuál es la causa? Ellos no lo saben, pero yo sí. ¡Cristo está en mí!

Es lo primero que debo hacer para recibir la Santa Comunión: avivar mi fe.

De la carta encíclica "La Iglesia vive de la Eucaristía":

54. *Mysterium fidei!* Puesto que la Eucaristía es misterio de fe, que supera de tal manera nuestro entendimiento que nos obliga al más puro abandono a la palabra de Dios, nadie como María puede ser apoyo y guía en una actitud como ésta. Repetir el gesto de Cristo en la Última Cena, en cumplimiento de su mandato: «¡Haced esto en conmemoración mía!», se convierte al mismo tiempo en aceptación de la invitación de María a obedecerle sin titubeos: «Haced lo que él os diga» (*Jn* 2, 5). Con la solicitud materna que muestra en las bodas de Caná, María parece decirnos: «no dudéis, fiaros de la Palabra de mi Hijo. Él, que fue capaz de transformar el agua en vino, es igualmente capaz de hacer del pan y del vino su cuerpo y su sangre, entregando a los creyentes en este misterio la memoria viva de su Pascua, para hacerse así "pan de vida"».

También debo avivar mi esperanza.

En Cafarnaúm se amotinó el pueblo cuando Cristo hizo la promesa de la Santísima Eucaristía. Uno tras otro le abandonaron. Cristo preguntó entonces a sus apóstoles: *"¿También vosotros queréis iros?"* (Juan 6, 68).

Otra vez es PEDRO quien contesta, y dice con el desbordamiento de su corazón: *"Señor, ¿a quién iremos? Tú sólo tienes palabras de vida eterna"* (Juan 6,69).

Esta es la confianza que hemos de despertar en nuestro interior antes de la comunión. Señor mío, ¿a quién iremos, a quién podremos acudir? Aunque se trate del hombre más sabio, mejor y más fuerte del mundo, ¿qué puede darnos, cómo puede ayudarnos contra el pecado, el sufrimiento y la muerte?

Esta confianza ilimitada, filial, es, a la vez, señal de un profundo respeto hacia Jesucristo.

Pensemos que es muy diferente venerar a un hombre que venerar a Dios.

Cuanto más encumbrada es la persona con quien hablamos, más encogidos estamos en su presencia. ¡Cuán encumbrado es Jesús!... y sin embargo, no nos sentimos encogidos ante su presencia.

Cuanto más poderosa es la persona con quien hablamos, tanto más largo es el título con que la saludamos y más insigne el rango que le concedemos. Mas si hablamos con el Señor del mundo, con el Rey de los reyes, tratamos de hacerlo con sencillez y con una confianza amorosa.

Cuando el celebrante sostiene en la mano la santa Hostia, la miramos, miramos a Cristo con fe, con fervor, y decimos: *“Señor, ¿a quién iremos? Tú sólo tienes palabras vida eterna.”*

Así, con sentimientos de esperanza y confianza, debemos prepararnos para comulgar.

Debemos también avivar el amor.

Otra vez nos servirá de modelo San Pedro.

Después de la Resurrección, está el SEÑOR, a orillas del lago de Genesaret, rodeado de sus Apóstoles. De repente, se vuelve a Pedro, y le pregunta: *“Simon, hijo de Juan, ¿me amas tú más que estos?”* (Juan 21,15).

PEDRO contesta: *“Si, Señor; tú sabes que te amo.”*

Le pregunta Jesús lo mismo, y PEDRO le contesta de la misma forma. Y cuando el SEÑOR le pregunta por tercera vez: *“¿Me amas?”* PEDRO estalla con toda la fuerza del sentimiento, hasta entonces reprimido, y con el corazón hecho una hoguera, dice: *“Señor, tú lo sabes todo; tú sabes bien que te amo”* (Juan 21,17).

Pues bien, este es el amor que he de avivar en mí antes de la sagrada comunión. Un amor que no sea mero sentimiento, sino que llegue a traducirse en actos y sea principio de una profunda vida religiosa.

Exclamemos también nosotros: Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te amo, es decir, que quiero amarte sobre todas las cosas, y no tan sólo con el sentimiento, sino con mi vida entera. Tú nos has dicho: *“El que me ama guarda mis mandamientos”* (Juan 14,21). Así es, Señor, como quiero amarte.

II

¿QUÉ HEMOS DE HACER DESPUÉS DE LA COMUNION?

Llega el momento anhelado: ¡está aquí el Señor!

¡Qué alegría y qué humildad siente mi alma! ¿Qué debo hacer? ¿Cómo he de recibir a Jesús?

¿Qué dicha he de sentir cuando el mismo Jesucristo entra en mi pecho y hace de mi alma su morada?

En los primeros momentos no pronuncio palabra, ni siquiera rezo: *me callo embelesado*.

Un silencio mudo envuelve mi alma. Es la primera muestra de gratitud y alabanza que ofrezco al Señor.

¡Qué impresionante es este silencio!

Hay muchas clases de silencio. Existe el silencio puro de las altas cumbres, en que el alma se extasía ante lo que contempla. Está el silencio misterioso de lo profundo de los bosques, un silencio que nos habla con gran elocuencia... Está también el silencio melancólico de los cementerios... O el silencio abrumador que precede al huracán... O el silencio lleno de secretos que a la hora de la puesta del sol reina sobre las aguas... Y el silencio de vigilia de las noches estrelladas...

Sentimos algo de todos esos silencios; y algo que los sobrepuja más todavía, cuando después de la comunión nos envuelve el silencio de Su presencia.

En esos momentos sentimos intensamente lo que canta la Iglesia en la fiesta del Santo Nombre de Jesús:

"Jesús, dulcísimo recuerdo, Tú das alegría a nuestro corazón.

Ni la miel ni cosa alguna puede ser más dulce que tu presencia... La lengua no puede expresarlo, ni consignarlo palabra escrita; solamente quien lo ha experimentado puede saber lo que es amar a Jesús... ¡Jesús, dulzura del corazón, fuente viva, luz de la inteligencia, goce sobre todo goce, que sobrepuja todo anhelo!"

En medio del profundo silencio nos vamos dando cuenta de la alta distinción que es para nosotros la comunión y del deber que nos impone.

La comunión es una alta distinción.

Tan alta como la que cupo en suerte a Zaqueo, el publicano.

Iba el Señor acompañado de un inmenso gentío. Zaqueo era un hombre de baja estatura, que difícilmente habría podido llegar a ver al Señor. Por este motivo se subió a un árbol.

El Señor se detuvo al pasar, y quiso premiar el amor de aquel hombre arrepentido. *"Zaqueo, baja pronto, porque conviene que me hospede hoy en tu casa*" (Lucas 19,5).

¿Quién podría describir la alegría con que bajó Zaqueo del árbol? ¡Cómo debió de correr a su casa! ¡Con qué afán lo arreglaría todo! "Todo", en el sentido estricto de la palabra; también su alma, como lo denotan las palabras con que se dirigió a Jesús. "Voy a dar la mitad de mis bienes a los pobres, y si en algo defraudé a alguno, le restituiré cuatro veces más" (Luc 19, 8).

Y Jesús le dijo: *“Hoy ha entrado la salvación a esta casa.”*

Lo mismo tengo que sentir yo en la comunión: El día de hoy ha sido de salvación... para esta casa. Pero en un grado más alto todavía que para la casa de Zaqueo; porque Jesucristo sólo entró en la casa del publicano, mientras que entra en mi alma y se une conmigo. Si yo me viese obligado a abrazar y besar a un leproso, no sé si sería capaz de hacerlo. ¡Y Cristo, el completamente puro, el que no tiene ninguna mancha, abraza y besa mi alma! ¡Qué distinción!

¡Y también qué deber!

El que recite la Santísima Eucaristía no solamente recibe un don excelso, sino que contrae un grave deber: el de trabajar en serio para asemejarse a Cristo, para tener los pensamientos y sentimientos de Cristo.

Cuando en la sinagoga de Cafarnaúm el Señor anunció por vez primera que iba a dar como alimento su propio Cuerpo y su Sangre, y el pueblo, incrédulo, se amotinó y escandalizó, Él prosiguió de esta manera: *“¿Esto os escandaliza? Pues ¿qué será si viereis al Hijo del hombre subir adonde antes estaba? El espíritu es quien da la vida; la carne de nada sirve para entender este misterio. Y las palabras que os he dicho son espíritu y vida.”* (Juan 6, 13).

Estas palabras del Señor, señalan con toda claridad el deber del que comulga; ya que el Cuerpo de Cristo se une a él, él debe unirse espiritualmente a Cristo; tratar que ser semejante a Jesús. *“Quien dice que mora en él debe seguir el mismo camino que él siguió”* (I Carta Juan 2, 6).

Somos dos: Jesús y yo. Fíjate: no yo y Jesús. En la comunión todo depende de quién es el primero y quién el segundo, quién el personaje principal y quién el secundario.

Es posible comulgar de manera que yo sea el personaje principal y Cristo el secundario. Así comulgan los tibios, y después se quejan de no sentir los efectos de la comunión.

Pero también se puede comulgar —y así debemos hacerlo— de modo que Cristo sea el primero, y yo el segundo. Así comulgan los fervorosos, y reciben las bendiciones del Santísimo Sacramento.

Es cierto, también los tibios reciben a Cristo; mas no se unen con Él; diríamos que Cristo no hace más que pasar a su vera. ¿Basta, por ejemplo, comer un buen alimento? No. Es necesario digerirlo, asimilarlo; de lo contrario, de nada sirve.

De aquí se deriva una enseñanza de extraordinaria importancia: *la mejor acción de gracias por la santa comunión es pasar todo el día haciendo la voluntad de Dios.*

El que comulga ha de ser Cristóforo, portador de Cristo.

En el Medioevo vivía un hombre de gran estatura, que servía a los prójimos llevándolos sobre los hombros de una orilla a la otra de un río.

Un día el gigante llevó sobre sus hombros un niño encantador. El niño pesaba mucho. Nunca había llevado tan exorbitante peso.

—¡Ay! —le dijo, vadeando el agua—, eres muy pesado.

—No te sorprenda, llevas en hombros a aquel que lleva sobre los suyos todo el universo —dijo el niño y desapareció.

El niño era Cristo. Quiso dispensar este obsequio al héroe del "amor al prójimo", quien desde entonces llevó el nombre de *"Christophoros"* (portador de Cristo), San Cristóbal.

El que comulga se transforma en Cristóforo, portador de Cristo. *"Quien come mi carne y bebe mi sangre, mora en mí y yo en él"* (Juan 6, 57). ¡Cristo en nosotros! Nos transformamos, por tanto, en verdaderos Cristóforos. Sin embargo, no sentimos ningún peso que nos agobie: al contrario, nos parece recibir alas que nos levantan. Llevamos a Cristo, pero sin cansarnos. Le llevamos con alegría.

Al ingerir un alimento, éste se transforma, se asimila, porque yo soy más fuerte que el alimento. En la sagrada comunión ocurre lo contrario: el más fuerte es Aquel a quien recibo en forma de alimento. Es Él, por tanto, quien me transforma a mí. En el bautismo somos admitidos entre los redimidos. En la comunión recibimos fuerzas para poder cumplir los deberes propios de los redimidos: vencer la resistencia de nuestra naturaleza corrompida, hacernos cada vez más semejantes al Hijo de Dios trocándonos en "otros Cristos".

"Quien dice que mora en él, debe seguir el mismo camino que él siguió" (I Carta Juan 2,6).

La historia de la liturgia consigna una costumbre muy interesante de los primeros cristianos. Colocaban la palma de la mano derecha debajo de la izquierda, y en ésta recibían el Cuerpo del Señor. Antes de comerlo, se lo aplicaban suavemente a la frente, a los ojos y a los demás sentidos, como pidiendo al Señor que se apoderase por completo de sus sentidos y los santificase, lo mismo que de todo su ser. Hoy, aunque no comulguemos así, la intención debe ser la misma: hacer entrega de la propia persona.

Después de la comunión Cristo debe reinar en todos nuestros sentidos, en todo nuestro ser.

Estemos en acción de gracias durante un cuarto de hora conversando con el Señor. Después continuémosla en casa, en la oficina, en el taller, en el despacho. Lo más difícil, sin duda, es esto: *santificar el día en que comulgamos.*

Mucha razón tenía PAZMANY al decir, con su estilo original: "Si nos espanta enviar a una taberna el cáliz en que estuvo la Sangre sacratísima del Señor, por temor de que allí lo ensucien, ¡ah!, entonces tampoco consintamos que esté al servicio del diablo y de pecados nefandos mi alma, donde Cristo quiso meterse."

Pasar en oración fervorosa los momentos que siguen a la comunión no resulta difícil; mucho más difícil es, sin embargo, sostener victoriosamente, por amor a Cristo que ha bajado a nosotros, las luchas espirituales de todo el día. Y con todo, es lo que debemos hacer.

Esta mañana he comulgado; he de ser, por tanto más pacífico, más manso y comprensivo. Por amor a Cristo.

Esta mañana he comulgado; he de ser más esforzado contra las tentaciones. Por amor a Cristo.

Esta mañana he comulgado; he de soportar, por tanto, con más paciencia los sufrimientos.

Recibamos a Cristo, pero fijémonos bien: la comunión nos urge a unirnos con Él, a ser una sola cosa con Él. El alma de Cristo y la mía han de fundirse. ¿Cuándo se funden? Cuando tienen un mismo pensamiento, un mismo querer; cuando aman la misma cosa, cuando están tristes por el mismo motivo. ¿Cuándo podré decir que ha sido buena la comunión? Cuando procure tener los pensamientos de Cristo, cuando avive en mí los sentimientos de Cristo, es decir, cuando procure después de la comunión que mi vida se asemeje lo mejor posible a Su vida.

De la carta encíclica "La Iglesia vive de la Eucaristía":

58. En la Eucaristía, la Iglesia se une plenamente a Cristo y a su sacrificio, haciendo suyo el espíritu de María. Es una verdad que se puede profundizar releyendo el *Magníficat en perspectiva eucarística*. La Eucaristía, en efecto, como el canto de María, es ante todo alabanza y acción de gracias. Cuando María exclama «mi alma engrandece al Señor, mi espíritu exulta en Dios, mi Salvador», lleva a Jesús en su seno. Alaba al Padre «por» Jesús, pero también lo alaba «en» Jesús y «con» Jesús. Esto es precisamente la verdadera «actitud eucarística».

Al mismo tiempo, María rememora las maravillas que Dios ha hecho en la historia de la salvación, según la promesa hecha a nuestros padres (cf. *Lc* 1, 55), anunciando la que supera a todas ellas, la encarnación redentora. En el *Magníficat*, en fin, está presente la tensión escatológica de la Eucaristía. Cada vez que el Hijo de Dios se presenta bajo la «pobreza» de las especies sacramentales, pan y vino, se pone en el mundo el germen de la nueva historia, en la que se «derriba del trono a los poderosos» y se «enaltece a los humildes» (cf. *Lc* 1, 52). María canta el «cielo nuevo» y la «tierra nueva» que se anticipan en la Eucaristía y, en cierto sentido, deja entrever su 'diseño' programático. Puesto que el *Magníficat* expresa la espiritualidad de María, nada nos ayuda a vivir mejor el Misterio eucarístico que esta espiritualidad. ¡La Eucaristía se nos ha dado para que nuestra vida sea, como la de María, toda ella un *magníficat!*

III

LA COMUNIÓN FRECUENTE

Quien medite estas cosas tendrá claro la *suma importancia que tiene la comunión frecuente.*

Es, de todos sabido como el PAPA Pío X trató por todos los medios posibles para que los fieles no solamente cumpliesen con la prescripción pascual, sino que comulgasen con la mayor frecuencia.

Desde entonces —¡alabado sea Dios!— esta costumbre va conquistando cada vez más terreno, y en todo el mundo hay muchas personas que comulgan frecuentemente: cada mes, cada semana y aun cada día.

Es lo que pedimos también en el Padrenuestro: *"Danos hoy nuestro pan de cada día"* (Lucas 11,3). Porque según la interpretación de los Santos Padres, este pan que se menciona en la oración dominical no significa tan sólo el pan terreno, el alimento corporal, sino también el manjar del alma, el pan eucarístico, el Cuerpo del Señor.

Entre los fieles de edad avanzada hay muchos a quienes les cuesta comprender estas cosas. "¿Para qué la comunión frecuente? En mi infancia, hace cincuenta años, solamente comulgábamos por Pascua. Y la Iglesia tampoco hoy prescribe más. ¿No basta esta sola comunión para seguir viviendo?".

Nadie afirma que no se pueda sostener de ninguna manera la vida del alma con una sola comunión anual. Porque de no ser así, la Iglesia subiría este "mínimum" de la comunión anual. Pero éste es el mínimum, lo aconsejable es comulgar con la mayor frecuencia posible.

Fijémonos en los pájaros cuando alzan el vuelo. La mayoría no consigue levantarse del suelo en línea vertical, sino que se despegan oblicuamente. Fijémonos, por ejemplo, en el gorrión; no puede levantarse sino de esta manera. Son pocos los pájaros que, como una saeta, se lancen verticalmente hacia el cielo, cantando y gorjeando, como la alondra... Pues bien, el que no quiera ser un gorrión sino una alondra, para cantar las alabanzas del Señor, necesita la fuerza que comunica la comunión frecuente.

¿En qué se distingue el creyente que comulga una vez al año y el que comulga con frecuencia? Aparentemente no se diferencian en nada, ambos cumplen con el mandamiento de la Iglesia. *Pero fácilmente se nota la diferencia cuando viene la tribulación, la desgracia, la enfermedad.*

La comunión frecuente *desarrolla en el alma una fino instinto para darse cuenta de las trampas que se le tienden, y una especial sensibilidad para reaccionar ante los peligros y las tentaciones*.

¡Qué importancia tiene esto para el progreso espiritual! ¡Cuántas almas, llamadas a la santidad, se estrellan y sucumben por no haber conocido en su debido tiempo el peligro y por no haber evitado suficientemente las ocasiones de pecar!

El ave de rapiña más peligrosa de la extensa cordillera los Andes es el cóndor. Se dice que es capaz de matar un becerro. Y no obstante, fácilmente se deja engañar. Se pone un poco de carne en el fondo de un estrecho hoyo. La vista aguda del cóndor hambriento nota desde las alturas el rico bocado, y se lanza al fondo del hoyo. El cebo le atrajo y le hizo prisionero.

El que comulga con frecuencia descubre con más facilidad la trampa del pecado y se mantiene más fuerte contra las tentaciones.

¿Qué diremos de aquellos que ni siquiera comulgan una vez al año y están cerrados a las bendiciones de la Santísima Eucaristía?

Ellos mismos se imponen el castigo con esa "huelga de hambre" espiritual. Dejan que se debilite su alma, y la dejan que se muera de hambre, no acudiendo a la fuente de la divina gracia.

Ojalá oyesen estos voluntarios huelguistas lo que dijo una persona que durante años no pudo confesarse ni comulgar, por vivir en matrimonio no válido: "Regularmente iba a misa los domingos, pero me resultaba insufrible el momento en que los fieles se acercaban al comulgatorio... ¡y yo no podía!"

Por fin triunfó; para poder comulgar rompió los lazos que le ataban.

* * *

Nadie escribió sobre el Santísimo Sacramento con un amor tan fervoroso y a la vez con tanta profundidad de pensamiento como Santo Tomás de Aquino. Es de todos conocido el episodio:

Tomás, humilde y absorto, reza, de rodillas en su estrecha celda, delante de la cruz, y Cristo le dice: “Has escrito bien de mí.

Tomás. ¿Qué me pides de galardón?”

¿Qué va a pedir? ¿Más sabiduría? ¿Mayor luz divina? No. Todo ello no le basta. Con una confianza inaudita contesta Tomás:

“Nada pido, Señor; solo te deseo... a Ti.”

Antes y después de comulgar, miremos a los ojos de Jesucristo larga y profundamente. Y en estos momentos benditos y santos también nosotros oiremos en el fondo de nuestra alma que el Señor nos pregunta: “¿Qué me pides?”. Sea ésta nuestra única petición: “Nada, Señor, nada más que a Ti.” Y repitamos con Santo Tomás:

“Buen pastor, Jesús misericordioso;
tu manjar, sea fuente de gracias,
que nos proteja y apaciente,
y en la altas regiones
haznos ver tu gloria, oh Dios.

Tú el poder, la ciencia tienes;
Tú, a los mortales nos sostienes;
al banquete perenne,
al festín de eternos bienes,
con tus santos llámanos.”

PARTE CUARTA

CRISTO ENTRE NOSOTROS



CAPÍTULO XIV

ADOREMOS A JESÚS SACRAMENTADO (I)

Me hizo dar recorrer el valle en todos los sentidos; los huesos esparcidos por el suelo eran muy numerosos, y estaban completamente secos. Entonces me dijo: ¿Hijo de hombre, podrán revivir estos huesos? Respondí: Señor, tú lo sabes.

Me dijo: Profetiza con respecto a estos huesos, les dirás: Huesos secos, escuchen la palabra del Señor. Cuando mi santuario esté en medio de ellos para siempre, las naciones sabrán que yo soy el Señor, el que santifica a Israel.

(EZEQUIEL 37, 2-4, 28)

Es una preciosa costumbre el santiguarse al pasar por delante de una iglesia. Esta señal de respeto, como es natural, no se dirige al edificio de piedra, sino al templo vivo, a Aquel que mora continuamente en el altar: a Jesús Sacramentado.

Por esto están abiertos nuestros templos no sólo los domingos, sino los días laborables; no sólo cuando se celebran las misas, sino durante todo el día. Están abiertos porque Nuestro Señor Jesucristo está continuamente, de día y de noche, en el sagrario.

De la fe brota otra hermosa costumbre. No solamente nos santiguamos al pasar por delante de una iglesia, sino que entramos en ella. Entramos aunque no se celebre misa, ni se predique ningún sermón. Entramos aun cuando tengamos prisa y debamos ir a la escuela, a la oficina, al taller, al mercado... Entramos por unos momentos, porque queremos saludar a Cristo, que vive entre nosotros en la Santa Eucaristía.

Los prosélitos de otras religiones se sorprenden de ello, y no lo entienden: ¿Por qué entran tanto a la iglesia aunque no se esté celebrando ninguna función religiosa? ¿Qué hacen allí tanto tiempo?

¿Qué hacemos en esos momentos que arrancamos al trajín de las ocupaciones diarias? Simplemente adorar a Jesús Sacramentado.

Veamos cómo esta adoración de unos momentos —si los aprovechamos bien— nos puede enriquecer mucho espiritualmente.

No sólo Cristo se ofrece por nosotros: *Cristo por nosotros*. No sólo entra en nuestras almas en la sagrada comunión: *Cristo en nosotros*. También se queda entre nosotros, para que a cualquier hora podamos visitarle y conversar con Él: *Cristo entre nosotros*.

Preguntémonos entonces: ¿cómo podemos aprovechar estas visitas al Santísimo Sacramento de la mejor forma posible?

> De la carta encíclica "La Iglesia vive de la Eucaristía":
>
> 25. El *culto que se da a la Eucaristía fuera de la Misa* es de un valor inestimable en la vida de la Iglesia. Dicho culto está estrechamente unido a la celebración del Sacrificio eucarístico. La presencia de Cristo bajo las sagradas especies que se conservan después de la Misa –presencia que dura mientras subsistan las especies del pan y del vino–, deriva de la celebración del Sacrificio y tiende a la comunión sacramental y espiritual. Corresponde a los Pastores animar, incluso con el testimonio personal, el culto eucarístico, particularmente la exposición del Santísimo Sacramento y la adoración de Cristo presente bajo las especies eucarísticas.

I

PREPARACIÓN

Por cuanto llevamos expuesto, ya se ve claramente que *el centro y la fuente de toda la vida cristiana es la Santísima Eucaristía*. Todas nuestras iglesias, todos nuestros cálices dorados, los ricos ornamentos, todo el lujo y esplendor de las iglesias se destinan a servir de marco al Santísimo Sacramento. El centro de los templos católicos no lo forman las imágenes ni las estatuas de los santos; no las de María; ni las de San Antonio... sino el Santísimo Sacramento, a cuyo lado arde la lámpara de continuo.

> De la carta encíclica "La Iglesia vive de la Eucaristía":
>
> 50. En este esfuerzo de adoración del Misterio, desde el punto de vista ritual y estético, los cristianos de Occidente y de Oriente, en cierto sentido, se han hecho mutuamente la «competencia». ¿Cómo no dar gracias al Señor, en particular, por la contribución que al arte cristiano han dado las grandes obras arquitectónicas y pictóricas de la tradición greco-bizantina y de todo el ámbito geográfico y cultural eslavo? En Oriente, el arte sagrado ha conservado un sentido especialmente intenso del misterio, impulsando a los artistas a concebir su afán de producir belleza, no sólo como manifesta-

ción de su propio genio, sino también como *auténtico servicio a la fe*. Yendo mucho más allá de la mera habilidad técnica, han sabido abrirse con docilidad al soplo del Espíritu de Dios.

El esplendor de la arquitectura y de los mosaicos en el Oriente y Occidente cristianos son un patrimonio universal de los creyentes, y llevan en sí mismos una esperanza y una prenda, diría, de la deseada plenitud de comunión en la fe y en la celebración. Eso supone y exige, como en la célebre pintura de la Trinidad de Rublëv, *una Iglesia profundamente «eucarística»* en la cual, la acción de compartir el misterio de Cristo en el pan partido está como inmersa en la inefable unidad de las tres Personas divinas, haciendo de la Iglesia misma un «icono» de la Trinidad.

¿Qué me recuerda la luz parpadeante de esta lámpara? Me recuerda que Dios me ha dicho: *"Te amo con amor eterno."* (Jeremías 31,3)

¡Dios me ama! ¡Me ama desde toda la eternidad! En Belén había una estrella sobre la gruta. Parecía decir: "Hombres, almas sencillas, pastores que buscáis a Jesús, venid aquí." Y ahora es la lámpara del Sagrario la que me dice: "Venid. Aquí está el Señor en medio de vosotros." Aquí se cumple lo que el SEÑOR prometió a su pueblo por el profeta EZEQUIEL: *"Colocaré en medio de ellos mi Santuario para siempre, y tendré junto a ellos mi tabernáculo, y yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo"* (Ezequiel 37,26-27).

De ahí que al entrar en el templo es natural que mi primer saludo sea para Jesús Sacramentado y que consagre a Él la mayor parte de mi tiempo.

Al pasar el umbral del templo y santiguarme con el agua bendita, antes de sentarme hago una genuflexión. Doblo la rodilla delante del Santísimo Sacramento y le saludo con amor y veneración: *"Tú eres el Rey de la Gloria, ¡oh Cristo! ¡Tú eres el Hijo eterno del Padre!"*

No olvidemos, pues, que al entrar en el templo lo primero que tenemos que hacer es saludar a Jesús Sacramentado. Es lícito practicar alguna otra devoción ante una imagen de la Virgen Santísima, ante las imágenes de los santos, pero después, sólo después de haber conversado con Jesús Eucaristía.

Me encuentro arrodillado delante del Santísimo. Un profundo silencio me envuelve. Un silencio que apacigua mi alma.

Lo primero que haré será avivar mi fe.

Allá fuera se está poniendo el sol. El templo se ve sumido en una misteriosa penumbra. La luz de la lámpara parece avivarse y expandirse;

oigo que me llega confusamente el ruido estrepitoso de la calle..., y yo en silencio, sin proferir palabra, estoy de rodillas a los pies del Maestro...

Antes de todo, *renuevo mi fe inquebrantable en la Eucaristía*: Creo, Señor, que estás aquí presente bajo las especies sacramentales. Creo que estas presente Tú, el mismo Cristo que nació en Belén por amor a mí; el mismo que calmó el mar alborotado y perdonó a la Magdalena pecadora; el mismo que dio su vida en el árbol de la cruz por mi amor. ¡Ave, Cristo, en la Santísima Eucaristía!

San Francisco de Asís se complacía en repetir al Señor: *"Dios mío, Dios mío, nada soy, pero soy tuyo."* Yo también le digo: "Señor,

Dios mío, soy tu pequeño hijo, nada valgo, pero... soy tuyo."

Lo primero que tengo que hacer es caer en la cuenta por la fe que me encuentro de lleno en la presencia de Dios.

¡Me encuentro en la presencia de Dios! No es posible expresar la transformación que puede obrar en el alma este pensamiento.

Si un hilo de alambre rodea un trozo de hierro y hacemos pasar, por el hilo la corriente eléctrica, el trozo de hierro, antes inerte, se transforma en imán y atrae los objetos de metal que hay en su cercanía. Así el alma humana viene a ser semejante a un trozo de hierro inerte e insensible hasta que pasa por ella la corriente del amor divino. Desde este momento brota de ella una fuerza sobrenatural; germinan pensamientos, deseos y afanes no terrenos. Estas mociones y resoluciones espirituales son obra de la gracia de Dios. Por tanto, cuando adoro al Santísimo recibo abundantes gracias.

Mi fe se ha avivado, pero todavía no he empezado a rezar...

Permanezco todavía en profundo silencio.

"Bueno es aguardar en silencio la salud que viene de Dios" (Lamentaciones 3,26), leemos en un pasaje de la Sagrada Escritura. Y así es en realidad. Dios es tan inauditamente grande y el amor de Cristo en la Santísima Eucaristía es tan inconcebible, que nuestra única respuesta no puede ser sino la admiración muda y silenciosa. No veo, no oigo, no digo nada; me envuelve un silencio de asombro. Media una sima tan grande entre la grandeza, la bondad y la santidad de Dios y mi pequeñez, debilidad y mezquino estado de pecador, que lo mejor que puedo hacer es "enmudecer". Este asombro y humillación silenciosa es una forma excelsa de adorar al Santísimo Sacramento.

¡Momentos benditos y santos! Estoy arrodillado, en fervoroso silencio, delante del Sagrario... Acaso no haya otra persona en la iglesia, pero

yo creo, lo creo con toda la fuerza de mi fe cristiana, que aquí, delante de mí, en el altar, está el Señor.

Abro mi alma y descubro todos sus repliegues, para que irradie misteriosamente sobre ella el augusto Sacramento. ¡Qué benditos momentos!

Es conocido que la radioterapia es una de las formas que se emplean para curar el cáncer. Se irradia el tumor canceroso con una sustancia radiactiva para intentar detener su crecimiento y reducirlo. También en los momentos silenciosos de adoración ante Jesús sacramentado recibo la irradiación de la fuerza divina, la única capaz de curar todas las miserias y llagas de mi alma.

Podemos ya empezar a abrir nuestra alma, podemos comenzar ya —después del silencio— nuestra oración e impetración.

De la carta encíclica “La Iglesia vive de la Eucaristía”:

25. Es hermoso estar con Él y, reclinados sobre su pecho como el discípulo predilecto (cf. *Jn* 13, 25), palpar el amor infinito de su corazón. Si el cristianismo ha de distinguirse en nuestro tiempo sobre todo por el «arte de la oración», ¿cómo no sentir una renovada necesidad de estar largos ratos en conversación espiritual, en adoración silenciosa, en actitud de amor, ante Cristo presente en el Santísimo Sacramento? ¡Cuántas veces, mis queridos hermanos y hermanas, he hecho esta experiencia y en ella he encontrado fuerza, consuelo y apoyo!

Numerosos Santos nos han dado ejemplo de esta práctica, alabada y recomendada repetidamente por el Magisterio. De manera particular se distinguió por ella San Alfonso María de Ligorio, que escribió: «Entre todas las devociones, ésta de adorar a Jesús sacramentado es la primera, después de los sacramentos, la más apreciada por Dios y la más útil para nosotros». La Eucaristía es un tesoro inestimable; no sólo su celebración, sino también estar ante ella fuera de la Misa, nos da la posibilidad de llegar al manantial mismo de la gracia. Una comunidad cristiana que quiera ser más capaz de contemplar el rostro de Cristo, en el espíritu que he sugerido en las Cartas apostólicas *Novo millennio ineunte* y *Rosarium Virginis Mariae*, ha de desarrollar también este aspecto del culto eucarístico, en el que se prolongan y multiplican los frutos de la comunión del cuerpo y sangre del Señor.

II

LA ADORACIÓN DEL SANTÍSIMO

No invirtamos el orden. No empecemos pidiendo aquello que nuestro egoísmo más nos inspira: por nuestros propios asuntos. Bien sé que es muy lícito que expongamos nuestros asuntos, pero hagámoslo después, al final de todo.

¿Cuál es el orden correcto?

La predisposición predominante ha de ser la de *"adoración"*. Los mismos ángeles se estremecen ante la presencia de Dios y constantemente están proclamando: *"Santo, Santo, Santo es el Señor Dios del Universo"*. ¿Qué diré yo, hombre mezquino, a Jesucristo oculto en la Santísima Eucaristía?

Te adoro, mi Dios, devotamente,
oculto en ese cándido accidente;
a ti mi corazón queda rendido,
y contemplando en ti, desfallecido...

A la adoración ha de seguir la acción de gracias. Por desgracia, no es la gratitud lo que más abunda entre los hombres. Gustosamente recibimos el auxilio y el regalo, mas no solemos entretenernos mucho en dar las gracias demostrando nuestra gratitud... ni a los hombres ni a Dios.

"Pero —me preguntas acaso— ¿por qué he de dar gracias a Dios?"

¿Por qué? Por muchísimas razones. Porque te ha otorgado la vida y te la mantiene (dale gracias por cada año, cada hora y cada minuto que vivas); porque a cada paso te inunda de bienes corporales y espirituales; porque te ha concedido nacer de padres cristianos...

Agradécele que se haya encarnado, padecido y entregado a la muerte por ti. Y el que se haya quedado en el Santísimo Sacramento... por ti.

Pero —por desgracia— no tenemos únicamente motivos de agradecimiento, sino también de arrepentimiento y expiación. *Hemos de completar la acción de gracias con vivos sentimientos de reparación*.

Y por fin llegamos a la última parte de la visita: *la impetración*. Porque es lícito también presentar nuestras peticiones. Pero empecemos a pedir ordenadamente, no buscando nuestros propios intereses, sino pidiendo por los problemas más grandes y graves de la Iglesia.

¡Cuántas cosas podemos pedir! ¡Por cuántos asuntos podemos rezar en esos momentos! Por la difusión del reino de Dios, por los buenos sacerdotes, por los cristianos que son perseguidos, por los que agonizan, por los que sufren, por la conversión de los pecadores, por los que van por mal camino, por las misiones...

Después, al final de todo, pidamos por nuestros propios asuntos. Que nadie tenga miedo que vaya a salir perjudicado por dejar los negocios personales para el último momento, Dios nos conoce y premiará nuestro desprendimiento.

Pongo fin a la visita. Doy una última mirada al Sagrario, me santiguo, doblo la rodilla y salgo a la calle.

Ya ha obscurecido. La gente transita como siempre por la calle, unos buscando su sustento, otros en busca del placer. Desasosiego, preocupación, dolor, sufrimiento, lágrimas en muchos rostros... y yo, con el alma en paz, camino entre los hombres como si acabase de llegar de otro mundo.

Y es que realmente he estado en otro mundo en ese rato precioso en que he visitado al Santísimo. De este mundo distinto he salido fortalecido y consolado, con nuevos ímpetus de combate para enfrentarme a las luchas que tiene la vida.

Cuantas más veces visite al Santísimo más se fortalecerá mi alma. Bien se puede decir que el que visita diariamente a Jesús Sacramentado ha encontrado el secreto de la santidad y de la dicha.

Hace años murió Mercier, el famoso cardenal belga, Arzobispo de Malinas. Todo el país veneraba profundamente a este santo, sucesor de los Apóstoles, no solo por su vida cristiana, sino por su encendido patriotismo, el cual se manifestó de un modo especial cuando, durante la guerra mundial, su país fue ocupado por los alemanes.

“Quiero revelaros —dijo en cierta ocasión MERCIER— el secreto de la santidad y de la dicha. Si todos los días, por espacio de cinco minutos, sabéis imponer silencio a vuestra imaginación y cerráis los ojos a todas las cosas exteriores, y los oídos a todos los ruidos de la tierra, para entrar dentro de vosotros mismos, y allí, en el santuario de vuestra alma bautizada, que es el templo del Espíritu Santo, habláis a este divino Espíritu y le decís: ‘¡Oh Espíritu Santo!, alma de mi alma, yo te adoro; ilumíname, guíame, fortifícame, consuélame, dime lo que debo hacer, ordena. Te prometo someterme en todo a tus deseos y aceptar cuanto quieras enviarme. Enséñame solamente tu voluntad.’ Si hacéis esto, repito, seréis felices, viviréis en paz, y recibiréis la gracia en proporción de las pruebas a que os veréis

sometidos, y tendréis fuerzas para sobrellevarlas, y llegaréis al cielo cargados de méritos. Esta sumisión al Espíritu Santo es el secreto de la santidad.”

Pedir consejo todos los días al Espíritu Santo... Este es el secreto de la santidad. Lo mismo podemos decir respecto de Nuestro Señor Jesucristo. Él nos prometió que enviaría el Espíritu Santo. Por consiguiente, pedir consejo a Cristo... es el secreto de la santidad.

De la carta encíclica “La Iglesia vive de la Eucaristía”:

> 23. La Eucaristía consolida la incorporación a Cristo, establecida en el Bautismo mediante el don del Espíritu. La acción conjunta e inseparable del Hijo y del Espíritu Santo, que está en el origen de la Iglesia, de su constitución y de su permanencia, continúa en la Eucaristía. Bien consciente de ello es el autor de la *Liturgia de Santiago*: en la epíclesis de la anáfora se ruega a Dios Padre que envíe el Espíritu Santo sobre los fieles y sobre los dones, para que el cuerpo y la sangre de Cristo «sirvan a todos los que participan en ellos [...] a la santificación de las almas y los cuerpos». La Iglesia es reforzada por el divino Paráclito a través la santificación eucarística de los fieles.

De lo que cada día acontece delante del Santísimo no es posible hacer cálculos estadísticos. Hasta el día del Juicio no sabremos cuántas vidas quebrantadas encontraron allí nuevas fuerzas, cuántas almas que luchaban con el pecado se levantaron de nuevo, cuántas personas que apenas podían ya seguir llevando su cruz sacaron de allí nuevas fuerzas, y cuántas otras perdidas en las tinieblas recibieron luz.

Aunque te escasee el tiempo, aunque sólo dispongas de unos fugaces momentos, no dejes de entrar en la iglesia. Basta que digas: “¡Señor mío Jesucristo! Me has llamado; aquí me tienes. No tengo mucho tiempo, me acosa el trabajo. Dame tu bendición.” Tu falta de tiempo súplela con mayor amor. Es lo que espera de nosotros Jesús Sacramentado.

Cuando estamos arrodillados delante de Él, también nos pregunta a nosotros lo que pregunto un día a San Pedro, a orillas del lago de Genesaret: “¿Me amas?” (Juan 21,16).

Dime, amigo: si el Señor, saliese del Sagrario y te dirigiese la misma pregunta, ¿qué podrías contestarle? Y a Pedro le preguntó por segunda vez... Y por tercera vez... ¿Quién podría contestar a semejante pregunta? Ni el mismo Pedro podía. Si le dice que “sí”, protesta contra tal aserción la triple negación de antes. Si le dice que “no”, protesta su ardoroso corazón.

Por esto contesta: “Señor, tú lo sabes todo; tú sabes bien que te amo” (Juan 21,17). Y el Señor se da por satisfecho.

También estará satisfecho conmigo, si digo delante del Santísimo: Señor mío, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo, o, por lo menos, que te quiero amar. ¡Hay tantas tentaciones en la vida, tantos peligros, Señor mío! ¡Haz que te ame cada vez más!

¡Cuánta fuerza espiritual, cuánta paz, cuánto ánimo puede brotar de una visita al Santísimo! Por desgracia, hay cristianos que no saben nada de esto; cristianos para quienes los conceptos expuestos son completamente desconocidos. Un día tal vez lamentarán el no haberlo sabido antes y haber dejado pasar a su vera esta abundante y preciosa corriente de vida espiritual, sin poder aprovecharla.

Son como aquel hombre que tenía en su finca una gran cascada, y no la aprovechaba para nada. Siendo ya viejo se decidió por poner en ella una turbina para que produjese energía eléctrica. Terminada la obra, gracias a la corriente eléctrica que suministraba, tenía luz, calefacción, y las máquinas funcionaban. Y nuestro hombre se hizo estos amargos reproches: ¿cómo pude ser tan necio durante tantos años? ¡cómo no aproveché esta inagotable fuente de energía, cómo no me preocupé lo más mínimo de explotarla!

Una sublime fuente de energía está oculta en el Santísimo Sacramento. Cuántos hombres se harán también estos amargos reproches: ¡Cuántas veces necesité en la vida orientación, luz, consuelo espiritual! Me esperaba Jesús Sacramentado en el sagrario, y yo ni siquiera daba un paso hacia Él. No era malo en el fondo. Trabajaba por mi alma, luchaba contra el pecado, resistía a las tentaciones... Pero ¡cuán diferente habría sido el resultado si me hubiese aprovechado de las energías ocultas del Santísimo Sacramento!

¡Cuán diferente sería la vida de cada ser humano, y la de toda la humanidad, si en todas las luchas nos dejásemos guiar y confortar por la Santísima Eucaristía...!

* * *

En la capital de Dinamarca se ve una estatua colosal, obra del célebre artista Sinding. El título que lleva es éste: *Madre-Tierra*. Consiste en una figura de mujer, de tamaño imponente, a cuyos pies un muchacho y una muchacha se estrechan contra sus rodillas, mostrando unos rostros llenos de espanto, de agobio y de impotencia. La mujer ni siquiera los mira; no

mira al muchacho ni a la muchacha, que, abrumados, se aprietan contra ella; no tiene para ellos un solo gesto de aliento, una mirada que los anime. Su mano no los protege... su mirada vacía se pierde en la lejanía... Es la imagen de la *Madre-Tierra*, la cual no tiene una palabra de aliento para sus hijos que luchan.

Ved ahí otra imagen... no diré ya imagen, sino realidad santa: Cristo viviendo en medio de nosotros, bajo las humildes especies sacramentales. Delante de Él también hay muchachos y muchachas de rodillas, hombres y mujeres, enfermos y sanos, pobres y ricos, pecadores y santos... Pero Él no pasa su mirada de forma altanera por encima de sus cabezas, sino que con gesto amable abre sus dos brazos, y les dice: *"Venid a mí todos los que andáis cansados y agobiados, que, yo os aliviare"* (Mateo 21,28).

¿Cuál será nuestra respuesta a la invitación de Cristo? ¿Con que gesto hemos de contestar al suyo? Hinquemos las rodillas, abramos nuestro corazón y susurremos esta oración:

"Te adoramos, Cuerpo y Sangre de Cristo, que estás aquí presente. Aunque no lo comprenda nuestra razón, lo sabe nuestra fe. Alabanza y honor al Padre y al Hijo, juntamente con el Espíritu Santo. Para ellos la bendición y la gloria eterna. Todas las generaciones bendigan al único Dios santo, en Trinidad de Personas."

De la carta encíclica "La Iglesia vive de la Eucaristía":

6. Contemplar el rostro de Cristo, y contemplarlo con María, es el «programa» que he indicado a la Iglesia en el alba del tercer milenio, invitándola a remar mar adentro en las aguas de la historia con el entusiasmo de la nueva evangelización. Contemplar a Cristo implica saber reconocerle dondequiera que Él se manifieste, en sus multiformes presencias, pero sobre todo en el Sacramento vivo de su cuerpo y de su sangre. *La Iglesia vive del Cristo eucarístico*, de Él se alimenta y por Él es iluminada. La Eucaristía es misterio de fe y, al mismo tiempo, «misterio de luz». Cada vez que la Iglesia la celebra, los fieles pueden revivir de algún modo la experiencia de los dos discípulos de Emaús: «Entonces se les abrieron los ojos y le reconocieron» (*Lc* 24, 31).

CAPÍTULO XV

ADOREMOS A JESÚS SACRAMENTADO (II)

Por aquel tiempo dijo Jesús: Yo te alabo, Padre, Señor de cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y prudentes, y las has revelado a los pequeñuelos. Sí, Padre, porque así te ha parecido bien.

Todo me ha sido dado por mi Padre, y nadie conoce plenamente al Hijo sino el Padre, y al Padre nadie conoce sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar.

Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y Yo os aliviaré. Tomad mi yugo, y aprended de Mí, pues soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es suave y mi carga ligera.

(Evangelio de SAN MATEO 11, 25-30)

¿Qué ocurriría si en uno de los grandes diarios se publicase la siguiente noticia? "¡JESUCRISTO HA VUELTO A LA TIERRA! En la pequeña ciudad de Belén se ha aparecido Jesucristo, el mismo que nació allí hace dos mil años. Vive en una pequeña casa, no hay la menor duda. Lo atestigua también el Patriarca de Jerusalén. Se han congregado grandes multitudes delante de la casa esperando poder verle."

Otros muchos diarios difundirían la noticia. Las agencias de viajes organizarían vuelos especiales para ir a Belén. Muchos estarían dispuestos a vender cuanto tuviesen para poder emprender el viaje, sin importar todas las incomodidades que tuviesen que pasar. Llegados a Belén tendrían que hacer cola y esperar durante días su turno para verle... Nada importaría con tal de poder ver una sola vez a Jesús cara a cara, para poder exponerle todas sus peticiones, penas y preocupaciones. ¡Nada importaría con tal de poder postrarse siquiera una vez ante sus divinos pies! ¡Con tal de poderle besar una sola vez sus manos benditas!...

Y sin embargo, la realidad supera con creces a esta supuesta aparición. Nuestro Señor Jesucristo está realmente en medio de nosotros; y no solamente en Belén, en un solo lugar, sino en los miles y miles de iglesias

católicas que hay en el mundo. Y si nuestra fe fuera tan viva como la que pedía Jesús a sus seguidores, ningún templo católico estaría vacío; la muchedumbre haría cola en hileras, y siempre habría alguien delante de Cristo, alguien haciendo una visita a Jesús Sacramentado.

Precisamente para esto está Cristo en medio de nosotros. ¿Qué hace en la Santa Eucaristía? Espera. Ya dijo en cierta ocasión: "Y cuando yo sea levantado en alto, atraeré todo hacia mí" (Juan 12,32). Antes, el hombre esperaba a Dios; ahora es Dios quien espera al hombre. Antes el hombre esperaba que Dios se le manifestase; ahora Dios espera a que el hombre se le acerque.

Pensemos detenidamente, cuando visitamos a Jesús-Eucaristía, ¿cómo han de ser nuestra adoración, reparación y acción de gracias?

De la carta encíclica "La Iglesia vive de la Eucaristía":

34. La Eucaristía se manifiesta, pues, como culminación de todos los Sacramentos, en cuanto lleva a perfección la comunión con Dios Padre, mediante la identificación con el Hijo Unigénito, por obra del Espíritu Santo. Un insigne escritor de la tradición bizantina expresó esta verdad con agudeza de fe: en la Eucaristía, «con preferencia respecto a los otros sacramentos, el misterio [de la comunión] es tan perfecto que conduce a la cúspide de todos los bienes: en ella culmina todo deseo humano, porque aquí llegamos a Dios y Dios se une a nosotros con la unión más perfecta». Precisamente por eso, es conveniente *cultivar en el ánimo el deseo constante del Sacramento eucarístico*. De aquí ha nacido la práctica de la «comunión espiritual», felizmente difundida desde hace siglos en la Iglesia y recomendada por Santos maestros de vida espiritual. Santa Teresa de Jesús escribió: «Cuando [...] no comulgáredes y oyéredes misa, podéis comulgar espiritualmente, que es de grandísimo provecho [...], que es mucho lo que se imprime el amor ansí deste Señor».

I

NUESTRA ADORACIÓN

El primer deber del hombre finito frente al Dios infinito es reconocer la soberanía del Señor, esto es, adorarle.

Lo que es la respiración para el pulmón, esto es la oración para el alma. La oración y la fe se corresponden; con la oración se acrecienta nuestra fe, con la fe se intensifica nuestra oración. Sin oración se apaga nuestra fe, sin la fe muere nuestra oración.

Y nunca adoraremos y alabaremos mejor a Dios que poniéndonos delante de Cristo-Eucaristía. Lo atestigua el sacerdote en la misa: “Por Cristo, con Él y en Él, a ti Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria, por los siglos de los siglos”.

“Muchos dicen: Me voy al bosque, allí rezaré mejor, me voy a la orilla del mar, ahí sentiré la infinidad de Dios... Yo os digo: Me voy delante del Santísimo Sacramento; puesto que si para orar necesito sentirme muy cerca de Dios, esto en ninguna parte lo puedo experimentar mejor que delante del Santísimo. Yo necesito estar cerca de Dios.” (PROHÁSZKA)

Y en ningún lugar podemos decir a Dios, mejor que aquí, cuanto le amamos.

“Que Dios nos ame es incomprensible —dijo un santo—; más incomprensible es aún que quiera que le amemos, pero lo más incomprensible es que a pesar de todo esto no le amemos.”

Pues bien; el que hace bien la visita al Santísimo da muestras de que ama realmente a Dios.

Y estas frecuentes visitas Jesús-Eucaristía las necesitamos más que nunca. Porque todos estamos expuestos a que esta vida terrena, inquieta y agitada, llena de preocupaciones, nos trague por completo. Después de tanta propaganda, de tantas noticias sensacionalistas, de tanto desasosiego, trajín y ocupaciones, llegan por fin unos momentos de silenciosa adoración ante el Santísimo Sacramento. En esos momentos sentimos como poco a poco se tranquiliza nuestra alma, y empezamos de nuevo a ser personas.

No “hombres-máquinas”, sino criaturas dotadas de alma, llamados a una vida eterna.

¡Cuánto puede influir en nuestra vida la visita a Jesús-Eucaristía! Con una visita que le haga por la mañana, antes de ir al trabajo, me cargaré de energía como si fuese un acumulador eléctrico, y de esta manera durante todo el día no haré más que irradiar amor, perdón, alegría, ejemplaridad en el trabajo, dominio de sí mismo...

Y si hago la visita por la noche, al final de un día de trabajo agotador, o de un día en que he sufrido algo de lo que es la maldad humana, por las envidias o recelos que he tenido que soportar, parecerá que en mi alma se abre una válvula de seguridad. Y gracias a que la abro, la fuerza acumulada no hace estallar la caldera.

II

NUESTRA REPARACIÓN

La sola oración muda ante el Santísimo, llena de reverencia y amor, ya es un acto de desagravio e impetración.

Es indecible el cúmulo de humillaciones y ofensas que Nuestro Señor Jesucristo ha de soportar en la Eucaristía. ¡Cuántas irreverencias, cuántos olvidos, cuánta indiferencia aun de parte de los cristianos! ¡Y cuántas ofensas públicas y profanaciones de parte de los malvados e incrédulos!

Todo lo previó Jesucristo al darnos este Sacramento; lo previó, y a pesar de ello su Corazón amante no quiso negarnos este don infinito. Y si lo previó todo, ¿no nos toca a nosotros sus hijos, arrodillados delante de Él, procurar consolarle y desagraviarle de estas ofensas con nuestra fidelidad y amor?

¿Puede haber algo más noble y humano? Si en una familia uno de los hijos lleva una vida de pecado, degradando su dignidad y entristeciendo a sus padres, los demás hijos suelen repararlo multiplicando las muestras de amor para con ellos, y les consuelan como diciendo: "No os apenéis, que aquí estamos nosotros para consolaros por el hijo que habéis perdido; nosotros queremos amaros por el que no os ama."

¿No deberíamos amar nosotros a Jesús Sacramentado de la misma manera, desagraviándole y consolándole? "Muchos te ofenden y te maltratan, pero aquí estamos nosotros, Señor, tus hijos fieles; y queremos amarte cada día más."

Precisamente la idea de esta reparación dio origen a una devoción que goza de gran aceptación: el culto del Sagrado Corazón cada primer viernes de mes.

III

NUESTRA ACCIÓN DE GRACIAS

Después de la adoración y reparación, dediquemos un rato a la acción de gracias.

¡Por cuántas cosas hemos de dar gracias a Dios!

“¿Que tú no tienes por qué dar gracias? ¿Que tu vida es un continuo penar? ¿Que sufres mucho y vives en la miseria? ¿Que nada tienes que agradecer a Dios?...

¡Cuidado! ¡No blasfemes!

¿Que no tienes por qué dar gracias? Escucha lo que sucedió en la India a un viajero europeo.

Un maharajah le invita a su palacio. Una elegante carroza va a buscar al invitado: tiran de ella dos preciosos caballos negros.

El ingente palacio blanco está sobre un promontorio, bajo el cual se extiende la ciudad. Al pararse la carroza delante del mismo, al pie de la escalera, camareros y servidores reciben al invitado. En derredor, establos y cocheras, llenos los mejores caballos, y de los más hermosos carruajes. En el patio están poniendo los arreos a veinticinco elefantes... Realmente, no se escatima nada.

Se acompaña al invitado. Suben. Salas y corredores sin término. Por doquiera mire el ojo, no parece sino que toman vida fantásticos cuentos orientales; lujo y ostentación por todas partes... pieles, alfombras, oro, piedras preciosas...

Por fin se detiene el cortejo en una sala. Se adelanta un ayudante de cámara, y con un saludo solemne ruega al invitado que espere unos momentos.

Nuestro hombre se queda solo. Mira por la ventana, mira el lago que se extiende allá abajo. Dos islotes en el lago; en cada uno se ve un magnífico castillo de verano para el maharajah, construidos los dos de blanquísimo mármol. El invitado espera algo nervioso el momento de ser conducido a la presencia del poseedor de tantas riquezas.

Llega el ayuda de cámara y se inclina con solemnidad: “Su majestad le espera.”

“Me dirijo a la puerta —así describe el viajero el momento solemne—. La grandiosa puerta parece abrirse por sí sola. Paso. Los criados la cierran sin hacer ruido detrás de mí... Me encuentro delante de su majestad. Es un sillón de oro está sentado un hombre elegantemente vestido; es de baja estatura y está como encogido en un sillón. Me doy cuenta enseguida: este hombre está paralítico, es un lisiado. Apenas puede mover sus manos y pies; apenas puede volver un poco la cabeza. Me detengo asombrado. No sé qué decirle, pero siento el ánimo con que me mira; mira mi constitución robusta y sana; siento que el daría todas sus riquezas por poder levantarse y extender el brazo...” Hasta aquí la narración del viajero...

Permíteme, amigo, una pregunta: Dime, ¿no tienes realmente nada por qué dar gracias a Dios? ¿Nada, nada?

IV

LOS ATRIBULADOS ADORAN AL SANTÍSIMO

He de añadir algo a lo que llevo dicho, y exponer más detalladamente un pensamiento. Me refiero al acto de adoración por parte de los atribulados.

Es tan grande en el mundo el número de los atribulados, de los que se quejan, que hoy día *el sufrimiento es la ocupación principal de la humanidad*.

Pero entendámonos: el sufrimiento no es un estado acabado; es una lucha que puede tomar todavía diferentes cursos..., de nosotros depende su solución. El sufrimiento puede resolverse en amargura, en obstinación, en terquedad, en rebeldía, en desesperación; pero puede también resolverse en homenaje, en propio vencimiento, en amor, en un acercamiento a Dios.

Estos momentos decisivos en que están abiertas varias posibilidades para elegir son a la vez los momentos más preciosos para la divina gracia. Se comprende que Jesucristo atribuya tan alto significado al acto de "llevar su cruz", y por qué dijo que el que quiera seguirle que tome su cruz y le siga (Mateo 16,26).

Entre los fieles fervorosos de la Edad Media cundió una costumbre que en algunas partes —como en algunos países de Hispanoamérica— todavía se observa. Si alguno tenía un hijo o familiar enfermo, o abrumado por algún otro motivo, dirigía sus suplicas al Señor, hacia voto de llevar durante cierto tiempo —en caso de cumplirse la petición— el hábito de alguna Orden religiosa. Entre el pueblo era muy frecuente semejante voto, pero aun entre la gente distinguida se podía descubrir de vez en cuando, debajo de los trajes de moda, un hábito religioso. Hubo reyes españoles que quisieron ser enterrados así en El Escorial...

No cabe duda de que tiene su mérito esta buena costumbre de hacer voto de vestir un hábito religioso... pero mucho más provecho hace al alma, por encima de vestir un hábito religioso, el ir por la vida vestido con el traje de Cristo. *Y el traje de Cristo es su Pasión. Su mejor traje es la cruz.*

Si alguno de nosotros hubiese vivido en tiempos de Jesucristo, y un día se hubiese encontrado con el Niño Dios y éste le hubiese abrazado, ciertamente el agraciado se habría llenado de gozo y de gratitud.

Y si hubiese estado en medio de la turba y se hubiese encontrado con Cristo, y el Señor acercándose a él le hubiese besado con cariño en la frente... ¿se habría rebelado acaso el agraciado, se habría dolido, habría rechazado el beso de Cristo?

Pues el beso de Cristo es el sufrimiento. Cada vez que nos quejamos y amargamos por el sufrimiento, es como si rechazásemos el beso de Cristo, el saludo que nos dirige Cristo crucificado. El sufrimiento es el brazo que Cristo nos tiende, ¡Con qué agradecidos ojos miraría mis sufrimientos, con cuánta valentía los soportaría, si tuviera presente de continuo este pensamiento: El padecimiento es el beso que me da Cristo crucificado!

Pero nadie es capaz de soportar con ánimo esforzado el sufrimiento *a no ser que esté unido a Dios en medio del sufrimiento,* y tras el velo del dolor descubra el rostro de Cristo. Por otro camino el sufrimiento puede hacer del hombre un gran solitario, y si hemos de soportar el dolor ahogándolo en la propia persona, esto nos aplasta y quebranta. Hemos de explayarnos con alguien.

¿Con quién? ¿Con un hombre? Es por demás. No podría ayudarnos. Vamos a explayarnos con Cristo al sagrario.

Solemos llamar al Santísimo Sacramento centro vital del cristianismo, el corazón de la Iglesia. Si quisiéramos usar un símil completamente moderno, podríamos llamarlo central eléctrica del cristianismo. Todos los países construyen centrales eléctricas, desde donde parte la energía a dilatadas regiones, para dar luz, suministrar calor y poner en funcionamiento las grandes máquinas. Pues bien; semejante central —no para determinadas regiones, ni para tal o cual país, sino para todo el cristianismo— viene a ser el Santísimo Sacramento. A toda alma que envuelta en tinieblas se presenta suplicante ante Él, Él la ilumina; a toda alma que enfriada en la vida espiritual acude ante Él, el Señor la calienta; a toda alma cansada por las preocupaciones de la vida que le invoca, Jesús la fortalece.

¡Lástima que sean tantos los que lo ignoran! Corren de una parte a otra, llenan la cabeza de todos sus conocidos con sus quejas..., y se olvidan del único que puede consolarles y dar fortaleza: Jesús-Eucaristía.

Pero, ¿es lícito y razonable acudir con nuestras quejas al Santísimo Sacramento?

No sólo lícito y razonable, sino necesario. *Es lícito*, porque, según las enseñanzas y oraciones de la Iglesia, la Santísima Eucaristía es recuerdo de la Pasión de Cristo. “Oh Dios, que en este admirable Sacramento nos has dejado un memorial de tu Pasión...”, así empieza la “oración” de la misa

del Corpus.” ¡Oh sagrado convite en que se recibe al mismo Jesucristo! En él se renueva el memorial de su Pasión...”. ¿Adónde dirigir nuestro corazón adolorido, sino al memorial eterno de la Pasión de Cristo, a la Santísima Eucaristía?

De la carta encíclica “La Iglesia vive de la Eucaristía”:

> 14. La Pascua de Cristo incluye, con la pasión y muerte, también su resurrección. Es lo que recuerda la aclamación del pueblo después de la consagración: *«Proclamamos tu resurrección»*. Efectivamente, el sacrificio eucarístico no sólo hace presente el misterio de la pasión y muerte del Salvador, sino también el misterio de la resurrección, que corona su sacrificio. En cuanto viviente y resucitado, Cristo se hace en la Eucaristía «pan de vida», «pan vivo». San Ambrosio lo recordaba a los neófitos, como una aplicación del acontecimiento de la resurrección a su vida: «Si hoy Cristo está en ti, Él resucita para ti cada día». San Cirilo de Alejandría, a su vez, subrayaba que la participación en los santos Misterios «es una verdadera confesión y memoria de que el Señor ha muerto y ha vuelto a la vida por nosotros y para beneficio nuestro».

¿No nos sirve de argumento el mismo proceder de los primeros cristianos? No permitían que quien no hubiese sido confortado antes con la Eucaristía, que fuese nadie a la arena del circo; porque se temía que el cristiano no fuera lo bastante fuerte y que no se mantuviera inquebrantable. En la Eucaristía encontramos también la fuerza para poder perseverar hoy en la vida cristiana. Mientras estoy arrodillado delante del Santísimo, Cristo me enseña a participar en su propia Pasión y al mismo tiempo reclama también su parte en mi propio sufrimiento. Poco a poco voy sintiendo que la espina que me punza es propiamente una espina de su corona, y que no es tan aguda, pues se rompió primero y quedó clavada en la frente divina.

No solamente es lícito quejarnos ante el Santísimo, sino también razonable. Debemos acudir a Él y no llenar con nuestras quejas el mundo entero que bien poco puede hacer para consolarnos.

Hay quienes recurren primero a todos los conocidos, y después acuden a Cristo... y no encuentran consuelo. No lo encuentran porque el ramo de flores que Cristo esperaba de ellos ya está marchito cuando se lo ofrecen; se ha marchitado de pasar por muchas manos. En cambio, si cuando nos viene alguna desgracia o dolor, acudimos inmediatamente a Cristo, si permanecemos en unión silenciosa e íntima con Él, entonces notaremos con sorpresa que todas las espinas de nuestra corona se van transformando en flores.

Jesucristo no cerró los ojos ante el dolor; ni quiso resolver el gran problema del sufrimiento diciendo que "no tiene importancia".

No resuelve el problema del sufrimiento el negar sencillamente que exista. Ah, no. Nosotros lloramos bajo el sufrimiento, como lloró Cristo. De poco nos serviría que alguien nos aconsejase que en la hora del dolor nos mostremos insensibles e indiferentes. De poco nos sirve la mirada sonriente de Buda, indiferente a nuestro dolor.

Cristo, sin embargo, nos comprende y se compadece de nuestro dolor. Él pasó por todos los tormentos y sufrimientos; sabe de ellos mucho más que cualquiera de nosotros.

De la carta encíclica "La Iglesia vive de la Eucaristía":

> 4. *La hora de nuestra redención*. Jesús, aunque sometido a una prueba terrible, no huye ante su «hora»: «¿Qué voy a decir? ¡Padre, líbrame de esta hora! Pero ¡si he llegado a esta hora para esto!» (*Jn* 12, 27). Desea que los discípulos le acompañen y, sin embargo, debe experimentar la soledad y el abandono: «¿Conque no habéis podido velar una hora conmigo? Velad y orad, para que no caigáis en tentación» (*Mt* 26, 40-41). Sólo Juan permanecerá al pie de la Cruz, junto a María y a las piadosas mujeres. La agonía en Getsemaní ha sido la introducción a la agonía de la Cruz del Viernes Santo. *La hora santa*, la hora de la redención del mundo. Cuando se celebra la Eucaristía ante la tumba de Jesús, en Jerusalén, se retorna de modo casi tangible a su «hora», la hora de la cruz y de la glorificación. A aquel lugar y a aquella hora vuelve espiritualmente todo presbítero que celebra la Santa Misa, junto con la comunidad cristiana que participa en ella.

«Fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos». A las palabras de la profesión de fe hacen eco las palabras de la contemplación y la proclamación: *«Ecce lignum crucis in quo salus mundi pependit. Venite adoremus»*. Ésta es la invitación que la Iglesia hace a todos en la tarde del Viernes Santo. Y hará de nuevo uso del canto durante el tiempo pascual para proclamar: *«Surrexit Dominus de sepulcro qui pro nobis pependit in ligno. Aleluya»*.

Nos sucede cuando acudimos a Él en nuestro dolor lo que les sucedió a los tres Magos de Oriente. Por caminos difíciles y fatigosos fueron a adorar al Niño Jesús; y cuando hubieron explayado su alma ante Él en Belén, *"regresaron a su país por otro camino"* (Mateo 2,12).

También nosotros regresaremos por otro camino después de adorar al Santísimo: Fuimos tristes a Él, volvemos aliviados. Fuimos cansados, vol-

vemos ágiles. Fuimos débiles, volvemos fuertes. Nos debatimos para ir, ahora nos sentimos vencedores.

Se realiza en nosotros lo del SALMISTA: *"Aunque camine por cañadas oscuras, en medio de sombras de muerte, nada temo, porque Tú estás conmigo"* (Salmo 22,4). Así vencemos el dolor delante del Santísimo Sacramento.

Y es esta la verdadera solución del problema: no quebrantarnos bajo el sufrimiento, ni despreciarlo con indiferencia; sino *pasar por encima del mismo con el alma confortada*.

* * *

En muchas iglesias y capillas del mundo está permanentemente expuesta la Santísima Eucaristía. Esto se puede hacer gracias a las monjas contemplativas que viven en el convento adosado al templo, las cuales montan guardia día y noche, de rodillas, en adoración silenciosa ante el Cristo Sacramentado. Para esto se han consagrado en especial muchas contemplativas.

¿Se puede consagrar toda una vida a esto? —exclama el hombre moderno—. ¿No tiene cosas más urgentes en que ocuparse la Iglesia católica?

Esto no lo puede comprender sino el que tiene una fe viva en la Santísima Eucaristía. Solamente la Iglesia católica ha podido aprobar dichos estados de vida. Solamente la Iglesia sabe que en ninguna otra parte se puede adorar y desagraviar mejor a Dios, darle gracias y suplicarle las gracias que necesita el mundo para salvarse, como delante de la Santísima Eucaristía.

De la carta encíclica "La Iglesia vive de la Eucaristía":

> 19. La tensión escatológica suscitada por la Eucaristía *expresa y consolida la comunión con la Iglesia celestial*. No es casualidad que en las anáforas orientales y en las plegarias eucarísticas latinas se recuerde siempre con veneración a la gloriosa siempre Virgen María, Madre de Jesucristo, nuestro Dios y Señor, a los ángeles, a los santos apóstoles, a los gloriosos mártires y a todos los santos. Es un aspecto de la Eucaristía que merece ser resaltado: mientras nosotros celebramos el sacrificio del Cordero, nos unimos a la liturgia celestial, asociándonos con la multitud inmensa que grita: «La salvación es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero» (*Ap* 7, 10). La Eucaristía es verdaderamente un resquicio del cielo que se abre sobre la tierra. Es un rayo de gloria de la Jerusalén celestial,

que penetra en las nubes de nuestra historia y proyecta luz sobre nuestro camino.

CAPÍTULO XVI

¡AVE, SANTÍSIMO SACRAMENTO!

Yo, en realidad, he recibido del Señor lo que también he transmitido a vosotros: que el Señor Jesús, la noche en que fue entregado, tomó el pan y, habiendo dado gracias, lo partió y dijo: esto es mi cuerpo, que es entregado por vosotros; haced esto en memoria mía. Así también, después de haber cenado, tomó el cáliz diciendo: este cáliz es la nueva alianza en mi sangre, haced esto cuantas veces lo bebáis en memoria mía. Porque cuantas veces comáis este pan y bebáis este cáliz, anunciáis la muerte del Señor hasta que venga. De suerte que quien comiere el pan o bebiere el cáliz del Señor indignamente, será reo del cuerpo y de la sangre del Señor. Pruébese a sí mismo el hombre, y así coma del pan y beba del cáliz, porque quien come o bebe sin discernir el cuerpo del Señor, come y bebe su propia condenación. Por esto hay entre vosotros muchos débiles y enfermos y mueren bastantes. Sí, en cambio, nos examinásemos a nosotros mismos, no seríamos juzgados. Mas siendo juzgados por el Señor, somos corregidos para no ser condenados con el mundo.

(Carta a das Corintios 11, 23-32)

En el Medioevo se edificó una magnífica catedral en honor de la Santísima Eucaristía. Todos contribuyeron gustosos, cada cual según sus posibilidades. Aun la pobre viuda, que nada tenía, habría querido dar algo. No tenía más que una moneda de poco valor, y la ofreció en honor de la Santísima Eucaristía para la construcción del templo. Pero el señor feudal la rechazó: ¿de qué podía servir aquella miseria?

Al terminar de construir la catedral se grabaron con letras de oro, en una lápida de mármol, los nombres de los que más contribuyeron. En el primer puesto estaba el nombre del señor feudal.

Pero al día siguiente se notó una cosa extraña: este nombre había desaparecido, y en su sitio brillaba el nombre de la pobre viuda. Como es

natural, se grabó enseguida otra lápida... Pero el caso se repitió. Se hizo una tercera lápida..., y ocurrió lo mismo.

En esto el señor feudal hizo llamar a la mujer, y le preguntó:

—¿Qué has dado tú para la construcción de la catedral?

—Nada, mi buen señor; sólo quise dar algo. Quise dar una pequeña moneda. Mas vos no quisisteis aceptarla. Compré heno y lo di a los caballos que acarreaban piedras para la construcción... Esto hice, señor.

En quince capítulos he procurado yo levantar en vuestra un templo vivo en honor de la Santísima Eucaristía; pero este templo sólo pudo terminarse mediante vuestra participación, gracias a que habéis contribuido con vuestra oración, abnegación, espíritu de sacrificio y benevolencia.

Con este capítulo terminamos el libro; terminamos la construcción del templo. Vamos a abrir de par en par sus puertas para que irradie al mundo entero la alabanza de Jesús Sacramentado. Podemos decir ya a cada fiel estas palabras: "Sursum corda", "arriba los corazones". Y no puede haber más que una sola respuesta: "Habemus ad Dominum", "los tenemos levantado hacia el Señor".

Procedamos, pues, en este último capítulo a la consagración del templo que hemos levantado y resumamos, a manera de despedida, los principales pensamientos de todo el libro, para que se enciendan las almas en amor a la Eucaristía.

I

CRISTO POR NOSOTROS

Hemos dicho que la Eucaristía brota del santo sacrificio de la misa. Y *la santa misa es el resumen y la renovación de todo cuanto Cristo hizo por nosotros*.

¡Cristo por nosotros!

Un día consta de veinticuatro horas; en veinticuatro horas hay mil cuatrocientos cuarenta minutos, y en mil cuatrocientos cuarenta minutos, ochenta y seis mil cuatrocientos segundos. Hay 300.000 sacerdotes católicos en el mundo. Por consiguiente, a cada segundo corresponden tres misas. De día y de noche, en invierno y en verano, se repiten a cada segundo, en tres puntos de la tierra, dentro del marco de la santa misa, las palabras de la Última Cena, para que en aquel mismo momento se haga presente en medio de nosotros Nuestro Señor Jesucristo.

¡Cristo por nosotros! Así es, en efecto; extendiendo sus benditas manos sobre nosotros, sobre sus hijos, que se debaten y luchan. Mientras haya un sacerdote en la tierra Jesucristo prosigue y proseguirá sin interrupción su obra salvadora.

¡Cristo por nosotros!

¡Es el amanecer! El sol todavía no ha enviado sus primeros rayos al mundo que se despierta, y ya las velas están encendidas en muchos altares. Los sacerdotes celebran la santa misa. Inclinados sobre una blanca hostia y un poco de vino pronuncian conmovidos las palabras que pronunció Cristo por vez primera en la Última Cena. Los fieles arrodillados inclinan la frente, porque en aquel momento Cristo se sacrifica por nosotros los hombres.

El Sol va subiendo. Más lucecitas se encienden en miles y miles de altares. Miles y miles de sacerdotes en todo el mundo se acercan al altar, y el cántico triunfal de miles y miles de campanillas anuncian que Cristo se hace presente en el mundo en el momento de la Elevación.

Realmente, Jesús Sacramentado con la mano levantada pasa por el mundo y nos da su bendición.

¡Ave, Santísima Eucaristía, divinidad oculta!

II

CRISTO EN NOSOTROS

Mas la Santísima Eucaristía no es solamente Cristo que se sacrifica por nosotros, sino también Cristo que se nos da en alimento. No es solamente "Cristo por nosotros"; sino también *"Cristo en nosotros"*. En la santa comunión se realiza el más atrevido de nuestros sueños: *entramos en contacto personal con el Dios infinito*.

Cuando hace algunos años se hicieron grandes excavaciones en Roma, se encontró debajo de una calle de mucho tráfico un templo pagano, probablemente el templo de Pitágoras, del siglo V A.C. Por las paredes había muchos frescos que representaban con escenas simbólicas la escuela de Pitágoras. La esencia de su doctrina consiste en que el alma ha de librarse del servicio de las cosas exteriores y abismarse en Dios; así llegará a descubrirse a sí misma, y partiendo de este su propio yo, como del punto céntrico, podrá ordenar y modelar su vida personal.

¡Admirable! Una doctrina tan excelsa escondida allá bajo, en el seno de la tierra, entre las ruinas, mientras que por encima continua la vida es-

trepitosa y alocada de la gran ciudad, que nada quiere saber de todas esas cosas, porque se cree autosuficiente, y ni siquiera sospecha que el peso de esa calle lo soportan los muros de ese templo subterráneo.

Esos frescos están pregonando *el anhelo santo y eterno del alma humana*: liberarse de la esclavitud de los instintos y de las pasiones, para levantarse y acercarse a la fuente última de toda vida: Dios. ¡Ay de la humanidad que ahoga en sí este anhelo! ¡Ay del estilo de vida que empuja al hombre a una carrera alocada, sin apenas tiempo para la meditación, para el auto examen!

En el ábside del mencionado templo hay un fresco muy instructivo: Safo, la poetisa más celebrada y más insigne de la antigüedad, hastiada de la vida, se arroja al mar desde las rocas de Léucades. Busca en el fondo del mar el reposo y la paz que la vida le ha negado; ¡a ella, la poetisa celebrada, ensalzada hasta las nubes!

¡Qué gran parecido a lo que le ocurre al hombre moderno! ¡Al hombre enorgullecido con los avances de la ciencia y de la técnica, y que, no obstante, es infeliz!

¡Qué diferente sería si en vez de arrojarse en el mar de este mundo, se arrojase en los brazos de Cristo, que baja a nosotros en la Eucaristía!

No en vano llamamos al Santísimo Sacramento "pan de los fuertes"; y es que realmente nos da las fuerzas para surcar esta vida como Dios quiere.

Un grupo de amigos salen de excursión por una región montañosa. Todos se deleitan con el paisaje, cuando de repente empieza a fallar el motor y el auto se para. El conductor se pone a arreglarlo, lo intenta... pero en vano, no llega a ponerlo en marcha. Los amigos lo empujan a ver si de una vez arranca... es por demás. Por fin, después de largas tentativas, encuentran el fallo, un fallo insignificante: el tubo de goma que conectaba con el depósito se había obturado y no pasaba la gasolina. Bastó con limpiar el tubo, y el auto prosiguió su carrera.

¡Cuántas veces se para el auto de nuestra vida, y no quiere moverse! Vanos son todos los esfuerzos; no podemos más: nos falta fuerza, no tenemos ánimo ni esperanza. ¿Dónde está el fallo? Se ha cortado la comunicación con Dios. Solamente si la restablecemos, si Cristo vive de nuevo en nosotros, podremos adelantar en la vida espiritual.

Uno de los grandes obispos y mártires de los primeros siglos del cristianismo, SAN CIPRIANO, al ver que iba a decretarse una persecución sangrienta contra la naciente Iglesia, se dirigió con estas palabras a sus fie-

les: “Nos enfrentamos a una lucha dura y cruel, y los soldados de Cristo han de disponerse con una fe inalterable y una valentía esforzada, de ahí que deben pensar que beben a diario el cáliz de la sangre de Cristo, para que también ellos sean capaces de derramar su sangre por Él.” (10 Epíst. 58, 1, 9)

Hoy día nosotros también necesitamos la fuerza que comunican el cuerpo y la sangre de Cristo para poder vivir nuestra fe en medio del mundo.

Cerca de las costas del Brasil, en una zona tropical, bajo un sol abrasador, navegaba un buque mercante. De repente divisan un pequeño velero, cuyos pasajeros desesperados hacen señas hacia el buque. Este toma inmediatamente rumbo hacia el velero, y ya cerca se pueden oír los gritos de los pasajeros: “¡Dadnos agua! ¡Nos morimos de sed!” Y los del buque contestan: “¡Bebed del agua del mar, que es potable!”.

Y tenían razón. Los desgraciados ya estaban a punto de perecer de sed, cuando el agua que les rodeaba era agua potable, porque se encontraban cerca de la desembocadura del Amazonas, y la corriente de este río caudalosísimo hace potable el agua del mar en un radio de varias millas.

A cuántas almas sedientas, a cuántas almas que luchan y se desesperan en el mar borrascoso de esta vida, tendríamos que gritar: ¿Por qué no sacáis fuerzas del mar inmenso de la gracia divina que tenéis a vuestra disposición? ¿Por qué no coméis el “pan de los fuertes”?

La Eucaristía *nos comunica fuerza para hacer frente a los peligros y tentaciones*.

Quien se enfrenta las tentaciones que desatan, ya va subiendo, ya se aproxima a Dios. Fijaros en los pájaros: levantan el vuelo yendo contra el viento; si quisiesen hacerlo en dirección del viento éste los arrojaría inmediatamente contra el suelo. Observad los navíos: se amarran en el sentido contrario a la corriente, porque sino ésta los arrojaría contra el malecón. Así nos robustece la comunión para la vida espiritual: ¡Contra la corriente! ¡Contra el viento! ¡Contra las voces seductoras de la tentación!

El emperador romano Aureliano (213-275) tenía un oficial distinguido, de alto graduación, llamado Mario, y precisamente iba a encumbrarle aún más cuando uno de los adversarios del agraciado le reveló al emperador que Mario era cristiano.

El emperador llamó inmediatamente a su oficial y le propuso la alternativa: o abandonaba su fe cristiana y entonces le enaltecía subiéndole de grado en el escalafón militar, o bien le esperaba una muerte segura.

Mario fue en busca del obispo y le pidió consejo. El obispo le llevó a la iglesia, le hizo arrodillar ante el altar, le colocó delante la espada que solía llevar y el libro de los santos Evangelios sobre el que había jurado fidelidad a Dios el día de su bautismo. "Escoge", le dijo el obispo. El oficial sin titubear extendió la mano para coger el libro. Salió del templo, se fue derecho al emperador, enseguida lo metieron en la cárcel y al poco tiempo le llegó la muerte.

¡Cuántas veces nos coloca la vida ante semejantes disyuntivas! Ojalá no olvidásemos nunca lo que dijo JESUCRISTO respecto de sí mismo: *"Las obras que yo hago en nombre de mi Padre, ésas están dando testimonio de mí"* (Juan 10,25). Así hemos de decir nosotros: no deis crédito al nombre de cristiano que llevamos, sino mirad nuestra vida, nuestras palabras, nuestras obras; son ellas las que pregonan que somos cristianos.

Pero ¡ay si dicen otra cosa! ¡Ay si existe un doloroso contraste entre el nombre cristiano y la vida real! ¡Ay! si los otros, los que no conocen a Cristo, si al observar mis obras, mis palabras y mi vida, se escandalizan y dicen: "No pensaba que ésta persona que se dice cristiana fuese a actuar así."

Los demás nos reconocerán por el brillo de nuestros ojos.

Porque el que recibe con frecuencia, con fe y con amor la Santa Eucaristía, tiene que reflejar a la fuerza la luz del Señor y su admirable encanto: el alma que comulga con frecuencia va adquiriendo una amable hermosura.

¿Somos nosotros buena propaganda de la santa comunión? Preguntémonos si los que observan nuestro proceder, nuestra caridad y nuestra simpatía, no tienen más remedio que admitir: ¡Que de vida brota de la Santa comunión!

III

CRISTO ENTRE NOSOTROS

Mediante la Eucaristía Jesús está entre nosotros.

Desde la institución de la Santísima Eucaristía *no estamos a obscuras*.

Jesucristo, luz del mundo, ilumina con su presencia a todo aquel que le recibe, su alma deja de vivir en tinieblas.

Y no sólo ya no está a obscuras, *ya no está sola*. Ya no está sola en los combates de esta vida.

¿Qué hemos de hacer en el rato de adoración? Dos cosas bien sencillas y fáciles: cerrar y abrir nuestra alma.

Cerrar nuestra alma.

Debe hablar con urgencia una persona con un amigo. Le llama desde un teléfono público. Hablan, hablan... pero no se comprenden. Por fin, el amigo descubre la causa y le dice: “Oye, cierra la puerta, que el ruido de la calle dificulta la comunicación.” En efecto, una vez eliminado el estrépito de fuera, se entienden perfectamente.

Hay quienes se quejan de no saber rezar delante del Santísimo, de “no saber concentrarse”, de “no oír la voz de Cristo”.

¿No será que lo estorban las voces humanas, los deseos y planes humanos? ¿No será que antes de empezar a rezar se descuidan de cerrar la puerta?

Cerremos la puerta: cerremos nuestra alma a cualquier estrépito y estorbo humanos.

Y abramos nuestra alma.

¿Qué he de decirle, cómo he de rezar? No olvidemos que Jesucristo no espera de nosotros muchas palabras, sino unas pocas pero que salgan del alma. Y aunque no sepamos formular una bella frase ante el tabernáculo, podremos hacer lo que hizo un campesino en el pueblecito de Ars. Durante horas y horas estaba rezando ante el Sanísimo Sacramento. El santo cura de Ars un día le preguntó:

—¿Qué haces aquí tanto tiempo?

—Yo le miro, Él me Mira. Nada más.

¿Qué haces tú un cuarto de hora o quizá medía hora delante del Santísimo? ¿Miras y miras?...

—Sí: miro, y modelo la imagen de Cristo en mi alma.

Si se quiere hacer el retrato de alguien, si se quiere esculpir su figura, el artista mira cien y cien veces su cara; y cuantas más veces le mira, mejor le sale el retrato. Así voy yo moldeando la imagen de Jesucristo en mi alma, mirándole en silencio, sin proferir palabra, en la Santa Eucaristía.

No es maravilla que la Iglesia dedique siempre y en todas partes su mayor solicitud a la Santísima Eucaristía. Si el tesoro más preciado que posee la Iglesia es el Santísimo Sacramento, ¿cómo vivir sin él, sea donde fuere? Donde quiera que se presente la Iglesia, aunque no sea más que en

la persona de un misionero, lo primero que hace es construir una capilla, tal vez de madera o con una simple tienda, pero siempre con un altar, para que en la santa misa pueda Cristo bajar de nuevo a este mundo.

¿Qué sería de la Iglesia sin la Eucaristía? ¿Qué sería de las espléndidas catedrales, obras maestras de la arquitectura, si les faltase la Santísima Eucaristía? Serían casas vacías, monstruos de piedra. No habría por qué encender cirios, no tendrían por qué acudir allí los fieles, si no estuviese allí Cristo en persona, si no estuviese allí la Santísima Eucaristía.

De la carta encíclica "La Iglesia vive de la Eucaristía":

33. Cuando, por escasez de sacerdotes, se confía a fieles no ordenados una participación en el cuidado pastoral de una parroquia, éstos han de tener presente que, como enseña el Concilio Vaticano II, «no se construye ninguna comunidad cristiana si ésta no tiene como raíz y centro la celebración de la sagrada Eucaristía». Por tanto, considerarán como cometido suyo el mantener viva en la comunidad una verdadera «hambre» de la Eucaristía, que lleve a no perder ocasión alguna de tener la celebración de la Misa, incluso aprovechando la presencia ocasional de un sacerdote que no esté impedido por el derecho de la Iglesia para celebrarla.

En cambio, ¡qué calor comunica a nuestras iglesias la luz parpadeante de la lámpara del Sagrario! Como si recibiese gozosa a los que entran y les anunciase esta noticia: ¡Arrodíllate y alégrate porque aquí está el Señor!

* * *

Nosotros creemos en la Santísima Eucaristía. Creemos que en el Santísimo Sacramento está Cristo por nosotros, en nosotros y entre nosotros.

¡Cristo por nosotros! Creemos que en la santa misa, en el momento de la transubstanciación, Cristo se hace presente real, verdadera y substancialmente entre nosotros, para renovar una y otra vez el sacrificio de la Cruz.

¡Cristo en nosotros! Creemos que en la santa comunión, bajo el velo de la sagrada Hostia, el mismo Cristo entra en nuestro pecho para alimentar y robustecer nuestra alma.

¡Cristo entre nosotros! Creemos que en nuestros altares está presente el mismo Jesucristo, para recibirnos y escucharnos a cualquier hora. Adoremos, bendigamos, alabemos y festejemos a Jesucristo.

¡Ave, Santísima Eucaristía! Divinidad admirable y santa. Te adoro de todo corazón, te bendigo en tu trono real. ¡Ave, Santísimo Sacramento! ¡Ave mil y mil veces, Jesús mío!

De la carta encíclica "La Iglesia vive de la Eucaristía":

62. Sigamos, queridos hermanos y hermanas, *la enseñanza de los Santos*, grandes intérpretes de la verdadera piedad eucarística. Con ellos la teología de la Eucaristía adquiere todo el esplendor de la experiencia vivida, nos «contagia» y, por así decir, nos «enciende». Pongámonos, sobre todo, *a la escucha de María Santísima*, en quien el Misterio eucarístico se muestra, más que en ningún otro, como *misterio de luz*. Mirándola a ella conocemos la *fuerza trasformadora que tiene la Eucaristía*. En ella vemos el mundo renovado por el amor. Al contemplarla asunta al cielo en alma y cuerpo vemos un resquicio del «cielo nuevo» y de la «tierra nueva» que se abrirán ante nuestros ojos con la segunda venida de Cristo. La Eucaristía es ya aquí, en la tierra, su prenda y, en cierto modo, su anticipación: *«Veni, Domine Iesu!»* (*Ap* 22, 20).

En el humilde signo del pan y el vino, transformados en su cuerpo y en su sangre, Cristo camina con nosotros como nuestra fuerza y nuestro viático y nos convierte en testigos de esperanza para todos. Si ante este Misterio la razón experimenta sus propios límites, el corazón, iluminado por la gracia del Espíritu Santo, intuye bien cómo ha de comportarse, sumiéndose en la adoración y en un amor sin límites.

Hagamos nuestros los sentimientos de santo Tomás de Aquino, teólogo eximio y, al mismo tiempo, cantor apasionado de Cristo eucarístico, y dejemos que nuestro ánimo se abra también en esperanza a la contemplación de la meta, a la cual aspira el corazón, sediento como está de alegría y de paz:

« Bone pastor, panis vere, Iesu, nostri miserere... ».

"Buen pastor, pan verdadero, o Jesús, piedad de nosotros: nútrenos y defiéndenos, llévanos a los bienes eternos en la tierra de los vivos.

Tú que todo lo sabes y puedes, que nos alimentas en la tierra, conduce a tus hermanos a la mesa del cielo, a la alegría de tus santos".

APÉNDICE

EL SANTÍSIMO SACRAMENTO ES EL VÍNCULO DE AMOR QUE NOS UNE CON DIOS

(Discurso pronunciado el 26 de mayo de 1938 en la primera sesión pública del XXXIV Congreso Eucarístico Internacional, celebrado en Budapest)

¡Aclamen al Señor toda la tierra, estallen en gritos de alegría!

Canten con la cítara al Señor, con la cítara y con voces armoniosas, al son de la trompeta y del cuerno aclamen el paso del Rey, el Señor.

(Salmo 97, 4-6)

Así ser regocijaba el rey David alabando al Dios augusto.

Decidme, hermanos, ¿es posible repetir más dignamente este salmo que ante la Santísima Eucaristía? Al adorar a Jesús Sacramentado se realiza de alguna manera la sublime visión del Apocalipsis:

"Vi una gran muchedumbre que nadie podía contar, de todas las naciones, pueblos y lenguas, que estaban ante el trono, delante del Cordero y exclamaban a grandes voces, diciendo: La salvación viene de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero" (Apocalipsis 7,9-10).

¡La salvación viene de nuestro Dios y del Cordero! *La Eucaristía es vínculo de caridad.* Vínculo inquebrantable que nos une a todos al Dios Uno y Trino: al Padre, al Hijo, y al Espíritu Santo.

I

LA SANTÍSIMA EUCARISTÍA ES VÍNCULO DE CARIDAD PARA CON EL PADRE

Antes de dar la comunión, el sacerdote coge una hostia, se vuelve hacia los fieles y dice: "He aquí el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo." Podría decir también con justo título: *"He ahí todo el cielo."*

Porque el cielo no es más que la posesión de Dios.

"Yo en vosotros... y vosotros en Mí..." Motivo de alegría increíble, distinción inaudita que el hombre siempre anheló, pero que sin Cristo nunca habría podido lograr: *"Yo en el Padre"*. *"Vosotros en el Padre" y "el Padre en vosotros"*. El demonio, la serpiente seductora, había dicho al hombre: "Seréis como dioses" (Génesis 3,5). Y no se cumplió. Ahora es Cristo quien dice: Seréis una misma cosa con el Padre... y Él dice la verdad.

Seréis una misma cosa con Él. ¿Qué es la Eucaristía? El pan del cielo. *"Les has dado pan del cielo, en que están todas las delicias."* ¡Pan de la patria del cielo! ¡Pan de la propia casa!

La Eucaristía es un trozo del hogar eterno, un pedazo de cielo: el que lo come saborea fragancia de inmortalidad, se siente junto al Padre, entra en comunión con el Padre.

¿Quién no ve la gran necesidad que tenemos de esta comunión? ¡Cuánto necesitamos estar unidos a Dios! El hombre, que por soberbia se ha separado del Señor, paga las consecuencias: no es feliz.

Y Jesús en la Eucaristía nos enseña de nuevo cómo debemos rendir culto a Dios, cómo debemos amar al Padre.

¿Qué debe el hombre a Dios?

Le debe alabanza. Y nadie puede alabar de una manera más digna a Dios que su propio Hijo.

Le debe gratitud. Y nadie puede rendirle gracias de una manera más digna que por medio del Hombre Dios.

Le debe desagravio. Y nadie puede implorar mejor al Padre la misericordia para nosotros que el Hijo de Dios.

El camino hacia el Padre pasa por la Eucaristía. Adoro al

Padre... mediante este Sacramento. Desagravio al Padre mediante este sacramento. Suplico al Padre mediante este Sacramento. Doy gracias al

Padre mediante este sacramento. “Por Él, con Él y en Él, a ti Dios Padre omnipotente, todo honor y toda gloria, en unidad con el Espíritu Santo” (Del Canon de la Misa)

No cabe duda: la Eucaristía es vínculo de caridad para con el Padre.

II

LA EUCARISTÍA ES VÍNCULO DE CARIDAD PARA CON EI HIJO

No pudiendo contener el fuego de amor que ardía en el corazón de Nuestro Señor, le dio salida instituyendo la Santísima Eucaristía.

Cuando el hierro se pone al fuego, se vuelve rojo candente; si aumenta más la temperatura, entonces su color pasa a ser blanco incandescente. De forma análoga el Corazón de Cristo llega al grado supremo de su amor en el misterio de la blanca Hostia.

¡Oh Hijo Unigénito de Dios! ¿Podrías amarnos más de lo que nos amas en este Sacramento? En este sacramento, en que tu cuerpo sacratísimo e inmaculado se sacrifica por nosotros pecadores. En este sacramento, en el que la sangre preciosísima se derrama por nosotros. ¡Qué cascadas de caridad caen sobre nosotros desde el Santísimo Sacramento!

Fascinado por esta Hostia blanca, por esta Sangre sacratísima, mi alma resurge impelida por su amor. Jesucristo me atrae y me une con Él.

Por muy descuidado que este un retoño, si injertamos en él un brote noble, dará frutos sabrosos. Y por muy descuidada que este el alma, si le injertamos la noble rama del Santísimo Sacramento, dará un fruto que dure para la vida eterna.

El memorial de la Pasión de Cristo nos libra del poder del pecado. La Pasión de Cristo nos abre el camino del cielo. La Pasión de Cristo es el precio de nuestro rescate, y en la sagrada comunión se nos aplica este rescate.

Así como la piel se broncea cuando se expone largo tiempo a la irradiación solar, el alma se blanquea cuando se postra ante la Eucaristía.

¿Tu vida está llena de preocupaciones y temores? ¿Te sientes solo y desamparado? ¿Te sientes tentado? Ahí está el cuerpo de Cristo, el cual te ama y se sacrifica por ti. ¡Tómalo! ¡Recíbelo!

III

LA EUCARISTÍA ES VÍNCULO DE CARIDAD PARA CON EL ESPÍRITU SANTO

¡Cuán hermoso eres, oh Jesús adorable, oculto en la Hostia santa! ¡Y cuánto hermoseas al alma que se llena de Ti! Enciendes en ella una hoguera de amor que reduce a cenizas toda la paja; y después siembras en ella las más hermosas flores y frutos.

Los granos verdes, agraces y duros que cuelgan de la vid, cuando se les expone al sol, se convierten en un racimo sabroso y atrayente. También el alma humana agraz y dura cuando le da el sol de la Santísima Eucaristía se hace hermosa y amable.

El Espíritu Santo es fuego, y fuego es la Sangre de Cristo.

El Espíritu Santo es fortaleza, y fortaleza es la Sangre de Cristo.

El Espíritu Santo es caridad, y caridad es la Sangre de Cristo: caridad ardiente, llameante, que se entrega completamente. El único tesoro verdadero de la tierra, el diamante que nunca se empaña, el sol que nunca se enfría es la Sangre de Cristo vertida por cada uno de nosotros. Sangre que refresca y enamora. Sangre que purifica, hermosea y vivifica. Sangre que fortalece y conforta para la vida eterna.

¡Cuánto necesitamos esta fortaleza! ¡Hasta qué punto experimentamos el peso abrumador de nuestra debilidad humana! ¡Cuántas veces sentimos en nuestra carne los zarpazos de los instintos que se desatan! ¡Cuántas veces nos agobiamos en medio de combates y huracanes! Es entonces cuanto más necesitamos oír las palabras alentadoras de CRISTO: *"Yo soy el pan de vida: el que viene a mí no tendrá hambre; y el que cree en mí no tendrá sed jamás"* (Juan 6, 35).

¡Cuántas veces nos invade la triste melancolía de esta vida que se acaba! ¡Cuántas veces nos estremecemos ante la muerte! Cuánto necesitamos que Cristo nos diga desde la Eucaristía: *"Yo soy el Pan vida... Quien coma de este pan vivirá eternamente"* (Juan 6,51-52).

¿Estás abrumado, desanimado o angustiado? Ve a comulgar, y tu alma recobrará la paz.

Si el mundo actual está lleno de almas desilusionadas, desengañadas o quebrantadas, no seamos pesimistas, pues tenemos la solución: acudamos a la Eucaristía. *"Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, que yo os aliviaré"* (Mateo 11,28).

¡Oh misterio bendito y santo, que unes a Dios nuestra pobre alma, que de Dios viene y hacia Dios se encamina! ¡Cuán vacía sería la vida sin Ti! ¡Y cuán rica y hermosa y fraternal se vuelve gracias a Ti, pues no sólo nos unes con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo, sino también a unos con otros por el vínculo de la caridad!

De la carta encíclica “La Iglesia vive de la Eucaristía”:

17. Por la comunión de su cuerpo y de su sangre, Cristo nos comunica también su Espíritu. Escribe san Efrén: « Llamó al pan su cuerpo viviente, lo llenó de sí mismo y de su Espíritu [...], y quien lo come con fe, come Fuego y Espíritu. [...]. Tomad, comed todos de él, y coméis con él el Espíritu Santo. En efecto, es verdaderamente mi cuerpo y el que lo come vivirá eternamente ». La Iglesia pide este don divino, raíz de todos los otros dones, en la epíclesis eucarística. Se lee, por ejemplo, en la *Divina Liturgia* de san Juan Crisóstomo: «Te invocamos, te rogamos y te suplicamos: manda tu Santo Espíritu sobre todos nosotros y sobre estos dones [...] para que sean purificación del alma, remisión de los pecados y comunicación del Espíritu Santo para cuantos participan de ellos ». Y, en el *Misal Romano*, el celebrante implora que: «Fortalecidos con el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo y llenos de su Espíritu Santo, formemos en Cristo un sólo cuerpo y un sólo espíritu ». Así, con el don de su cuerpo y su sangre, Cristo acrecienta en nosotros el don de su Espíritu, infundido ya en el Bautismo e impreso como « sello » en el sacramento de la Confirmación.

IV

LA EUCARISTÍA ES VÍNCULO DE CARIDAD ENTRE LOS CREYENTES

Es emocionante comprobar el anhelo con que el Salvador imploró por la unión de sus discípulos, en el momento de la despedida en la Última Cena, inmediatamente antes de instituir la Santísima Eucaristía.

“¡Oh Padre Santo! Guarda en tu nombre a estos que me has dado, a fin de que sean una misma cosa, así como nosotros somos uno” (Juan 17,11).

“Yo les he dado la gloria que me diste, para que sean uno, como nosotros somos uno; Yo en ellos y Tú en Mí, para que sean perfectamente uno, y el mundo conozca que Tú me enviaste, y los amaste como a Mí me has amado” (Juan 17, 22-23). Tal es la voluntad de Cristo. Seremos per-

sonas distintas, pero hemos de ser una sola en lo que se refiere a los sentimientos y al amor.

¿Puede ser uno enemigo de otro, no tener compasión uno del otro cuando todos comemos del mismo pan? "¿Qué es este pan? El Cuerpo de Cristo. ¿En que se transforman los que comulgan? En Cuerpo de Cristo, mas no en varios cuerpos, sino en un solo Cuerpo" (San Juan Crisóstomo).

De muchos granos de trigo se hace la sagrada Hostia. De muchos granos de uva sale el vino que se convertirá en la Sangre de Cristo. De la multitud de personas que reciben a Jesús Sacramentado se constituye el Cuerpo místico del Salvador.

No importa que vivamos en diferentes sitios, ni que seamos de raza o cultura diferentes. La Eucaristía, vínculo de caridad, hace de todos nosotros el Cuerpo místico de Cristo; un pueblo cuyos hijos se comprenden y mutuamente se ayudan.

De la carta encíclica "La Iglesia vive de la Eucaristía":

> 24. El don de Cristo y de su Espíritu que recibimos en la comunión eucarística colma con sobrada plenitud los anhelos de unidad fraterna que alberga el corazón humano y, al mismo tiempo, eleva la experiencia de fraternidad, propia de la participación común en la misma mesa eucarística, a niveles que están muy por encima de la simple experiencia convival humana. Mediante la comunión del cuerpo de Cristo, la Iglesia alcanza cada vez más profundamente su ser «en Cristo como sacramento o signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano».
>
> A los gérmenes de disgregación entre los hombres, que la experiencia cotidiana muestra tan arraigada en la humanidad a causa del pecado, se contrapone *la fuerza generadora de unidad* del cuerpo de Cristo. La Eucaristía, construyendo la Iglesia, crea precisamente por ello comunidad entre los hombres.

"La Eucaristía es vínculo de caridad" que nos une con Dios y con los demás, para que todos los pueblos lleguen a ser hermanos en Jesucristo.

Señor Jesucristo, Tú dijiste que al ser levantado en alto todo lo atraerías a Ti (Juan 12,2). Estaba profetizado que morirías para congregar en un solo cuerpo a los hijos de Dios que andaban dispersos (Juan 11,52). Te suplicamos que nos unas a todos en tu amor para que formar tu Cuerpo místico.

De la carta encíclica "La Iglesia vive de la Eucaristía":

39. Además, por el carácter mismo de la comunión eclesial y de la relación que tiene con ella el sacramento de la Eucaristía, se debe recordar que «el Sacrificio eucarístico, aun celebrándose siempre en una comunidad particular, no es nunca celebración de esa sola comunidad: ésta, en efecto, recibiendo la presencia eucarística del Señor, recibe el don completo de la salvación, y se manifiesta así, a pesar de su permanente particularidad visible, como imagen y verdadera presencia de la Iglesia una, santa, católica y apostólica». De esto se deriva que una comunidad realmente eucarística no puede encerrarse en sí misma, como si fuera autosuficiente, sino que ha de mantenerse en sintonía con todas las demás comunidades católicas.

La comunión eclesial de la asamblea eucarística es comunión con el propio *Obispo* y con el *Romano Pontífice*. En efecto, el Obispo es el principio visible y el fundamento de la unidad en su Iglesia particular. Sería, por tanto, una gran incongruencia que el

Sacramento por excelencia de la unidad de la Iglesia fuera celebrado sin una verdadera comunión con el Obispo. San Ignacio de Antioquía escribía: «se considere segura la Eucaristía que se realiza bajo el Obispo o quien él haya encargado». Asimismo, puesto que «el Romano Pontífice, como sucesor de Pedro, es el principio y fundamento perpetuo y visible de la unidad, tanto de los obispos como de la muchedumbre de los fieles», la comunión con él es una exigencia intrínseca de la celebración del Sacrificio eucarístico. De aquí la gran verdad expresada de varios modos en la Liturgia: «Toda celebración de la Eucaristía se realiza en unión no sólo con el propio obispo sino también con el Papa, con el orden episcopal, con todo el clero y con el pueblo entero. Toda válida celebración de la Eucaristía expresa esta comunión universal con Pedro y con la Iglesia entera, o la reclama objetivamente, como en el caso de las Iglesias cristianas separadas de Roma».

61. El Misterio eucarístico –sacrificio, presencia, banquete –*no consiente reducciones ni instrumentalizaciones*; debe ser vivido en su integridad, sea durante la celebración, sea en el íntimo coloquio con Jesús apenas recibido en la comunión, sea durante la adoración eucarística fuera de la Misa. Entonces es cuando se construye firmemente la Iglesia y se expresa realmente lo que es: una, santa, católica y apostólica; pueblo, templo y familia de Dios; cuerpo y esposa de Cristo, animada por el Espíritu Santo; sacramento universal de salvación y comunión jerárquicamente estructurada. (...)

Al dar a la Eucaristía todo el relieve que merece, y poniendo todo esmero en no infravalorar ninguna de sus dimensiones o exigencias, somos realmente conscientes de la magnitud de este don. A ello nos invita una tradición incesante que, desde los primeros siglos, ha sido testigo de una

comunidad cristiana celosa en custodiar este «tesoro». Impulsada por el amor, la Iglesia se preocupa de transmitir a las siguientes generaciones cristianas, sin perder ni un solo detalle, la fe y la doctrina sobre el Misterio eucarístico. No hay peligro de exagerar en la consideración de este Misterio, porque «en este Sacramento se resume todo el misterio de nuestra salvación».

* * *

De la carta encíclica "La Iglesia vive de la Eucaristía":

53. Si queremos descubrir en toda su riqueza la relación íntima que une Iglesia y Eucaristía, no podemos olvidar a María, Madre y modelo de la Iglesia. En la Carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae,* presentando a la Santísima Virgen como Maestra en la contemplación del rostro de Cristo, he incluido entre los misterios de la luz también la *institución de la Eucaristía*. Efectivamente, María puede guiarnos hacia este Santísimo Sacramento porque tiene una relación profunda con él.

A primera vista, el Evangelio no habla de este tema. En el relato de la institución, la tarde del Jueves Santo, no se menciona a María. Se sabe, sin embargo, que estaba junto con los Apóstoles, «concordes en la oración» (cf. *Hch* 1, 14), *en la primera comunidad reunida después de la Ascensión en espera de Pentecostés*. Esta presencia suya no pudo faltar ciertamente en las celebraciones eucarísticas de los fieles de la primera generación cristiana, asiduos «en la fracción del pan» (*Hch* 2, 42).

Pero, más allá de su participación en el Banquete eucarístico, la relación de María con la Eucaristía se puede delinear indirectamente a partir de su actitud interior. *María es mujer «eucarística» con toda su vida*. La Iglesia, tomando a María como modelo, ha de imitarla también en su relación con este santísimo Misterio.

55. En cierto sentido, María ha practicado su *fe eucarística* antes incluso de que ésta fuera instituida, por el hecho mismo de *haber ofrecido su seno virginal para la encarnación del Verbo de Dios*. La Eucaristía, mientras remite a la pasión y la resurrección, está al mismo tiempo en continuidad con la Encarnación. María concibió en la anunciación al Hijo divino, incluso en la realidad física de su cuerpo y su sangre, anticipando en sí lo que en cierta medida se realiza sacramentalmente en todo creyente que recibe, en las especies del pan y del vino, el cuerpo y la sangre del Señor.

Hay, pues, una *analogía profunda* entre el *fiat* pronunciado por María a las palabras del Ángel y el *amén* que cada fiel pronuncia cuando recibe el cuerpo del Señor. A María se le pidió creer que quien concibió «por

obra del Espíritu Santo» era el «Hijo de Dios» (cf. *Lc* 1, 30.35). En continuidad con la fe de la Virgen, en el Misterio eucarístico se nos pide creer que el mismo Jesús, Hijo de Dios e Hijo de María, se hace presente con todo su ser humano-divino en las especies del pan y del vino.

«Feliz la que ha creído» (*Lc* 1, 45): María ha anticipado también en el misterio de la Encarnación la fe eucarística de la Iglesia. Cuando, en la Visitación, lleva en su seno el Verbo hecho carne, se convierte de algún modo en «tabernáculo» –el primer « tabernáculo » de la historia– donde el Hijo de Dios, todavía invisible a los ojos de los hombres, se ofrece a la adoración de Isabel, como «irradiando» su luz a través de los ojos y la voz de María. Y la mirada embelesada de María al contemplar el rostro de Cristo recién nacido y al estrecharlo en sus brazos, ¿no es acaso el inigualable modelo de amor en el que ha de inspirarse cada comunión eucarística?